

Literatura Abierta



NÚM. 3. JUNIO 2021.

© 2021, Revista Literatura Abierta
Revista literaria Núm. 3
Junio de 2021

Dirección: Gonzalo Sáenz
Diseño de cubiertas: Marta Díaz
Maquetación y corrección: Carlos Aycart Capote

www.consultorliterario.com
literaturaabierta@gmx.com

ISSN: 2697-1755

Editada en Córdoba (España)

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Sumario

Editorial

La literatura en tiempos de pandemia	5
--	---

Entrevistas

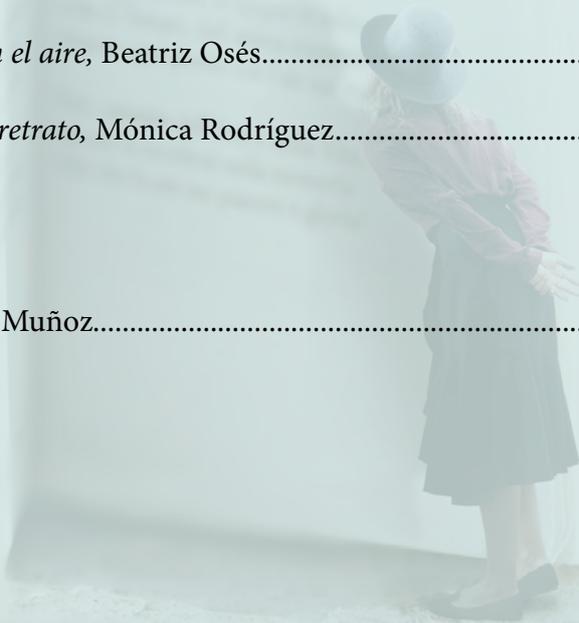
Entrevista de Ginés J. Vera a Fernando J. Múñez.....	11
Entrevista de Ginés J. Vera a Susana Pérez.....	15
Entrevista de Ginés J. Vera a Blue Jeans	18
Entrevista de Miguel Ángel Pérez a Rafael Jordá para Revista Oceanum.....	20
Entrevista de Bárbara Sáenz a Samuel Ferro	27
Entrevista de Lluna Vicens a José Luis Muñoz.....	29
Entrevista de Ginés Vera a Gonzalo Sáenz.....	35

Reseñas

Reseña: <i>Mercancía robada</i> , Lluna Vicens	39
Reseña: <i>Agitación</i> , Jorge Freire	41
Reseña: <i>Cocina de resistencia</i> , Alberto Chicote	42
Reseña: <i>Salud con razón</i> , Dra. Judit Soto	43
Reseña: Un abrazo lector, <i>El artista que pintó un caballo azul</i> , Eric Carle.....	44
Reseña: Un abrazo lector, <i>Un Bosque en el aire</i> , Beatriz Osés.....	45
Reseña: Un abrazo lector, <i>La mujer del retrato</i> , Mónica Rodríguez.....	46

Artículos

Artículo: Virginia Woolf, por José Luis Muñoz.....	48
--	----



Relatos

Relato: <i>El hotel encantado del Salto de Tequendama</i> , fragmento del libro <i>Casas encantadas del mundo</i> , Jose Manuel García Bautista	53
Relato: <i>Indelenda</i> , Julián Granado.....	55
Relato: <i>Cruzar los puentes</i> , fragmento del libro <i>Esta no es tu ciudad y otros cuentos</i> , Javier Tenías	60
Relato: <i>El ladrón de Villa Urquiza</i> , Carlos Simoes.....	61
Relato: <i>Drácula en La Puna</i> , Araceli Yada.....	64
Relato: <i>El sahumero</i> , Gabriela Quintana Ayala.....	67

Poesía

Poesía: <i>De la luz al verso</i> , Antonio Puente Mayor.....	70
Poema: <i>Si tuviera</i>	71
Poema: <i>Setecientas noches</i>	72
Poema: <i>Nada ha sido en vano</i>	73
Poema: <i>Inmune al tiempo</i>	74
Poesía: <i>Recitando fantasías al viento</i> , Luis Felipe Medina Campo	75
Poema: <i>Recitando fantasías al viento</i>	76



Editorial: La literatura en tiempos de pandemia



Abrimos la revista del mes de junio con la primera tertulia de Literatura Abierta, en la que debatimos, desde distintos puntos de vista, cómo está el panorama literario en estos tiempos de pandemia.

Gonzalo Sáenz: Para hablar de este tema tenemos a Miguel Ángel Pérez, director de la revista Oceanum, escritor y profesor universitario. Tenemos también a José Luis Muñoz, un escritor con muchísimas obras ya publicadas, más de cincuenta. Y bueno, un escritor que no necesita presentaciones. Tenemos también a María Casal. María es, como todos sabéis, una famosa actriz, también es dramaturga... Ha escrito obras de teatro que están triunfando y en las que ella misma hace de actriz como *Ballenas asesinas*. Tenemos también a Pravia Arango, doctora en Filología y que es colaboradora habitual de la revista Oceanum. Y bueno, yo invito a todos a leer sus reseñas literarias, que son realmente fantásticas. Tenemos también a Rafael Gutiérrez, que es librero y presidente de los librerías asturianos, y nos va a poder dar su visión con datos estadísticos de cómo está el panorama de ventas hoy en día. Tenemos a Rafael Jordá, que algunos le conoceréis como presentador de los informativos de Tele-

visión Española, pero lo cierto es que hoy en día es un escritor con varias novelas publicadas y con un reconocimiento y premios literarios muy importantes, entre ellos el Nostromo, de literatura marítima. Y aquí me tenéis a mí de moderador, que soy abogado y consultor y estoy relacionado con el mundo literario de varias maneras, entre ellas dirigiendo la revista Literatura Abierta. Y sin más, empezamos, y me gustaría dar la palabra a Rafa Gutiérrez y preguntarle, desde su punto de vista de presidente de los librerías, qué nos puede decir de cómo está afectando este tiempo de pandemia a la literatura.

Rafael Gutiérrez: Bueno, habría dos vertientes, por una parte cómo le puede estar afectando a la literatura, y otra a las ventas de libros. Yo a lo mejor puedo hablaros un poco de las dos. Empezaré por lo de las ventas de libros y tengo que decir que es sorprendente, no solamente las ventas sino los índices de lectura. La pandemia trajo esos dos meses de confinamiento, y hubo la experiencia, porque esto es palpable, de gente que por una parte, y me incluyo, lectores que dejamos de leer porque no nos podíamos concentrar. A mí me pasó y tardé un tiempo en volver al libro, pero tam-

bién hubo mucha gente, testimonios directos y además es general, que aprovechó esos meses de pandemia para leer y para recuperar esos libros que tenían ahí un poco almacenados. Y de repente descubrió que la literatura, que los libros que tenía en casa, le gustaban y siguieron comprando. A nivel general de ventas, los índices de ventas de 2020 no fueron muy diferentes a los de 2019, teniendo en cuenta que hubo dos meses en que las librerías físicas estuvimos cerradas. ¿Cómo está afectando? Pues está afectando a que se esté potenciando la venta online, y eso se ve en dos plataformas, a través de del gremio de librerías, que es CEGAL, que son la plataforma Todos tus libros, o la plataforma Bookshop, que apareció ahora recientemente. Este lunes se hizo su aparición. Son plataformas que unen a librerías independientes para tratar de entrar en la venta online, que es algo que está presente, y eso somos conscientes que lo que hizo con la pandemia fue acelerar la venta online. Y a nivel de lectura, sobre los índices de lectura salió un estudio a principios de año, también había aumentado. Hay un punto, que es el de préstamos bibliotecas, que bajó, pero es completamente normal porque las bibliotecas están cerradas. En muchas de ellas ahora sacar un libro, por lo menos en el caso de Asturias, es engorroso, y creo que no se puede valorar porque ahora mismo hay una dificultad en sacar los libros. Después, desde el punto de vista literario, pues desde la experiencia que puedo tener de libros que recibo, pues lógicamente la pandemia sirvió para para que muchos escritores terminaran sus libros y se concentran, y durante dos meses se sacaran, y después un aluvión de libros de tratar de explicar la pandemia y lo que se estuvo viendo. En general, nosotros desde las librerías también notamos, y lo digo en militancia librera, que hubo mucha gente, muchos lectores y muchas lectoras, que también percibieron la importancia de la librería de proximidad, de la librería cercana, y se acercaron a esa librería y se dieron cuenta también del valor que tenían. También es verdad que durante esos dos meses hay que agradecer, y aquí está María, la gente de la cultura, que se prestó a volcar todos sus contenidos gratis en esos dos meses para tratar de aliviar la soledad que podíamos sentir. En ese momento nos dimos cuenta todos de lo importante que es la cultura, pero también creo que se pudo percibir, no sé si es exacto, pero también puede haber una percepción de que todo lo relativo a la cultura tiene que ser gratis. Y eso es peligroso. Eso es peligroso porque no se valora.

Gonzalo Sáenz: El fin último de las obras de teatro es ser representadas sobre un escenario. Y en ese sentido el mundo del espectáculo se está viendo muy

afectado. Quería preguntarle directamente a María Casal cómo es el panorama, ella que lo está viviendo en primera persona. ¿Qué nos puedes contar?

María Casal: El panorama es desolador, porque creo que nuestro gremio, sobre todo el mundo de los actores, ni siquiera ha protestado, no sé qué ha pasado. Estamos ya tan acorchados que es como que ya nos da igual todo. El último bolo que tuvimos nosotras con *Ballenas asesinas*, la obra publicada en Torre de Lis, fue el 7 de marzo en Torrejón de Ardoz, que era el epicentro del cómic. Y hemos estado paradas, muchísimos meses confinados igual, como todos sabemos. Ahora hemos empezado a funcionar un poco. Hemos hecho algunos bolos por Madrid Capital y alguno por la Comunidad de Madrid. Llevamos como seis o siete bolos. Tenemos unos cuantos aquí también en Madrid. Hemos estado en Valladolid, por ejemplo, trabajando en Boecillo, que es un pueblo en el que estaba todo cerrado. Solamente estaba abierta la panadería y la farmacia, y con un aforo de un treinta por ciento. Entonces, claro, eso es inviable. No se puede hacer, y te digo la verdad, no sé cómo se va a solucionar, ni sé de qué vive la gente. Entonces para mí es un misterio todo. No sé qué tiene que decir el Ministerio de Cultura, porque veo que aquí hay otros gremios que sí están manifestándose y diciendo lo que está pasando, desde la hostelería hasta creo que los del circo han salido en alguna televisión diciendo algo. No veo a nadie del teatro diciendo nada.

Gonzalo Sáenz: Sí, estamos viendo que esto ha caído como una bomba atómica en el mundo del espectáculo.

María Casal: Estábamos mal antes, pero es que lo de ahora es horrible. Además, me pregunto de qué vive mucha gente que conozco, no sé si tenían ahorros, o si viven de su familia. No lo sé.

Gonzalo Sáenz: Sí, es cierto que está complicado. Lo que no afecta la pandemia es a las musas, por así decirlo, porque se está escribiendo mucho. De hecho, varios de los que estáis aquí presentes que habéis publicado libros recientemente. José Luis, ¿cómo te está afectando a ti a nivel personal la pandemia en el sentido de escritor? Quizá te haya dado más tiempo para escribir. ¿Cómo ves también el mundo editorial, la receptividad de los editores para publicar nuevas obras... ¿Qué nos puedes contar?

José Luis Muñoz: La pandemia nos ha afectado a todos muchísimo, hemos estado mucho tiempo encerrados y eso ha afectado negativamente en nosotros.

Por otra parte, como habéis dicho, y eso es cierto, la gente se ha echado un poco a los libros, porque claro, en estos tiempos de soledad en los que la gente está encerrada en casa y tiene mucho tiempo libre, los libros son un recurso que sirve como antídoto para combatir esta terrible epidemia, que se ha llevado a muchos seres queridos y a muchos colegas nuestros. A mí literariamente la pandemia no me ha afectado en exceso. He publicado tres libros, así que a nivel productivo a mí no me ha ido mal, y ha habido editoriales que han apostado por mí y me han publicado en estos tiempos tan terribles. Y antes de la pandemia redacté un par de novelas, de las cuales una la llevaba tiempo sin terminar, y están un poco relacionadas con este sentimiento de aislamiento que estamos viviendo por culpa de esta maldita enfermedad.

Gonzalo Sáenz: Miguel Ángel Pérez ha escrito un ensayo, *Una fina capa social*. No lo escribió con motivo de la pandemia, pero es un ensayo que ha sido premiado por la Universidad Siglo 21 (Argentina). Creo que es incluso premonitorio de lo que está ocurriendo. ¿No es así, Miguel Ángel?

Miguel Ángel Pérez: La verdad es que parece premonitorio. Lo escribí en el verano de 2019, cuando aún no sabíamos nada de lo que nos venía encima. Sí, es cierto que se menciona una pandemia como una de las situaciones eventuales que pueden poner en solfa la sociedad humana sobre el planeta, pero no quiero arrogarme un papel de profeta. La pandemia figuraba en la misma lista en la que otros desastres naturales o artificiales pugnaban por ser las mejores amenazas para la humanidad.

El problema de la pandemia no es tanto el de sus efectos inmediatos sino el de llevar a la sociedad a un escenario desconocido y del que ningún modelo anterior sabe nada. Así, las decisiones de los gobiernos a todos los niveles y en todos los lugares, sin conocimientos de ninguna situación semejante previa, usan las referencias más parecidas para tomar decisiones y, en consecuencia, nos conducen a un error tras otro. Invitaría a que recordemos lo que ha ocurrido desde que empezó la pandemia, a quienes han sacado pecho para decir: “Mira, mira lo bien que gestiono”, en cada ayuntamiento, comunidad autónoma o país. El que ha abierto la boca ha tenido que tragarse sus palabras solo unos meses después, cuando el virus —poco sabe de política y nada de políticas— ha golpeado con fuerza. Vamos por más de tres millones de muertos y aún faltan cientos de miles de ataúdes por rellenar. Nadie, nadie lo está haciendo bien quizá porque nadie podría hacerlo bien.

Solo espero que la vacuna pueda poner punto final pronto y que hayamos aprendido para la siguiente —en esto soy más escéptico— y, ya puestos, solo deseo que no haya muchos libros sobre la pandemia, ni poemas de estos en que alguien se mira el ombligo y se lamenta por lo mal que lo está pasando y lo terrible que es su situación. Hay una frase hecha que se usa para cortar los rollos quejumbrosos: “No me cuentes tu vida que yo también he sufrido mucho”. Pues nunca es más cierta que ahora. Evitemos caer en los lugares comunes.

Gonzalo Sáenz: Pravia Arango es doctora en Filología, pero es también una lectora empedernida. Bueno, supongo que has tenido oportunidad de leer las nuevas obras que se están publicando. Quería preguntarte si se está recogiendo este tiempo que estamos viviendo en la propia literatura. ¿Cómo lo ves tú?

Pravia Arango: Bueno, cuando me propusieron el tema *Literatura y pandemia*, comencé a reflexionar sobre esos conceptos. Creo que son poliédricos y que convendría desglosarlos un poquito. En primer lugar, tendríamos que reflexionar sobre la literatura escrita en pandemia. Sigo a dos escritoras argentinas, Mariana Enríquez (Premio Herralde) y María Gainza, en una conversación muy interesante sobre este tema. Y ellas dicen, y estoy de acuerdo, que es un mito o un tópico que la pandemia sea un buen momento para el escritor y que este está muy preparado para escribir en pandemia. Comentan que no es cierto porque la literatura es salirse del tema, y la pandemia es el tema. La literatura no es algo urgente; requiere reflexión. Por tanto, hay que servirla más fría. Aunque ahora se esté publicando mucho, no sé si después, con una perspectiva de tiempo, pasados veinte o treinta años, qué va a quedar, qué se va a cribar. De hecho, se ha escrito muy poco en pandemia. Libros clásicos, por ejemplo, *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe, no fue escrito en pandemia. Recoge la pandemia de 1665 pero se escribe en 1722. *El Decamerón* también fue escrito posteriormente a la pandemia. Hay muy pocos libros escritos en pandemia. Por ejemplo, un libro que se escribió durante la peste bubónica es *El diario de Samuel Pepys*. Sobre la literatura escrita sobre la pandemia, recojo la opinión de Javier Cercas. Es pesimista. Dice que la pandemia de la COVID no va a producir literatura de calidad. ¿Por qué? Porque la COVID es un momento antidramático, poco épico y pone como referente la mal llamada gripe española, que produjo muy poca literatura en relación con la Primera o la Segunda Guerra Mundial. Entonces él hace esa previsión, y yo estoy de acuerdo. Sí que po-

demos llegar a la conclusión de que para que los escritores escriban, lo de afuera tiene que funcionar. No se puede estar en pandemia, porque, si no, lo de afuera es un infierno; eso sí, ordenadito y limpio. Entonces esa es la reflexión. Hay un Premio Nobel de literatura francés, Le Clézio, que dedica una carta a su nieta que tendrá veinte años en los años cuarenta, y señala que, probablemente, las dos buenas enseñanzas de la pandemia son que el individuo viva y cree una sociedad mucho más cerca a lo natural, y en segundo lugar, que la justicia sea justa, que se establezca una “justicia justa” en el sistema, en la estructura social. Entonces hay que darle una vuelta a la justicia, porque el sistema que tenemos actualmente no es justo, favorece a los ricos y ataca a los pobres. Por supuesto que esta postura de Le Clézio es utópica, porque creo que la pandemia ni nos va a hacer mejores ni va a generar un mundo mejor ni muchísimo menos, pero me ha dado que pensar. Y bueno, en cuanto a la literatura leída en pandemia, ya hay datos, listas, clasificaciones. Bueno, sí que, por ejemplo, se siguió leyendo mucha novela histórica, pongo el caso de Santiago Posteguillo, y también se leyó el libro de ensayo *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo. También libros clásicos, como *La peste*, de Albert Camus. En pandemia, descubrí al escritor francés Éric Vuillard y leí *14 de julio* y *El orden del día*, y sí que me influyeron estas novelas, pero tampoco de manera vital. Creo que es otro tópico que la lectura de ciertas novelas te cambia la vida. Te puede cambiar la vida el suicidio de un hijo o un shock muy fuerte, pero la lectura de un libro no. La lectura de un libro es una tesela con la que el lector va construyendo su mosaico. Algunas teselas son más interesantes y otras menos, algunas más valiosas y otras menos. Pero creo, como lectora, que no te lo juegas todo a un libro.

Gonzalo Sáenz: Sin duda la pandemia nos está cambiando la vida, eso está claro, como hemos comentado todos desde distintas perspectivas. Quería preguntarle a Rafael Jordá, como periodista y como presentador de los informativos, en esa época en la que estuvo como cara conocida. Quería preguntarte tres cosas. Qué tratamiento informativo crees que se le está dando a la literatura en general hoy en día, en la televisión y los medios, qué tratamiento se le está dando a la propia pandemia y cuál es tu punto de vista personal en tu faceta de escritor.

Rafael Jordá: Sinceramente, me parece que tenemos un exceso de información, demasiada y redundante. A veces me junto con gente y parecemos inmunólogos, hablamos del ARN, de las curvas de contagio, de estadística y hasta tenemos inmunólogo

de cabecera. A mí me parece que hay demasiada información. Como autor os puedo decir que no suelo tener tanto tiempo libre, y lo he aprovechado. Ahora bien, he de reconocer que he tenido una experiencia muy especial como lector, una experiencia no religiosa, porque no me ha cambiado la vida, pero sí muy intensa. Siempre digo que para poder disfrutar de la lectura tienes que estar concentrado, utilizar las dos manos, estar centrado en eso, solo en eso, en silencio y dedicándole un rato. Quizá es demasiado esfuerzo para vida actual. Las películas van muy rápidas y también la música. Los libros los leemos muy de prisa, les damos una oportunidad de unas pocas páginas y si no nos gustan pasamos al siguiente. Además, la gente no tiene tiempo de sobra para dedicarle a la lectura. Con la pandemia hemos tenido mucho más tiempo y yo os lo puedo asegurar de primera mano porque lo he vivido. De hecho he estado encerrado en cuarentena en mi cuarto, con la comida en la puerta como el Conde de Montecristo y durante ocho días sin poder estar mi familia. Y lo aproveché, ya lo creo que sí. Tenía pendiente a Blasco Ibáñez y me he metido un atracón. He leído *Entre naranjos*, *La barraca*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis...* Y ojo, no es solo una cuestión de cantidad, es de calidad. Al estar solo en el cuarto, sin los niños y sin distracciones, lo he disfrutado como no lo había hecho en mi vida. Ha sido una experiencia, muy grata, de verdad. He de decir que normalmente me faltan esos momentos para poder disfrutar tanto.

Como escritor y como periodista me preguntabas, pues verás, he dispuesto de muchísimo tiempo, tanto para documentarme como para echarle imaginación y darle cuarenta vueltas a los textos. Una maravilla. Desde luego, entiendo que la gente se haya volcado más en la lectura y me alegro, espero que lo aprovechemos. Con todo el ruido que hay y todo el ruido que nos metemos en las conversaciones, todos hablando siempre de lo mismo, espero que la gente haya aprovechado el silencio y disfrutado de la lectura. Ojalá dure.

Gonzalo Sáenz: Ojalá. No sé si al hilo de lo que habéis escuchado de los compañeros alguno de vosotros tiene algo que comentar.

María Casal: Yo quiero decir que también estaba con Blasco Ibáñez.

Rafael Jordá: No es una lectura optimista, lo reconozco. Los cuatro jinetes del Apocalipsis no son una literatura optimista precisamente. Tenía que haberme dado por Tom Sharpe o por Jardiel Poncela, o por cualquier otro, la verdad.

María Casal: Una casualidad.

Rafael Gutiérrez: Un apunte nada más, aprovechando que está María. Gijón, la ciudad en la que vivo, desde que pudo programó teatro. Y he consumido más teatro en este último año del que consumí en los dos últimos años anteriores. Creo que la gente que estamos en el mundo de la cultura tenemos que apoyarnos.

María Casal: Me hablas de Gijón. No me hables de Asturias, hemos intentado ir a Asturias trescientos millones de veces, que una de nuestras compañeras es asturiana, María José del Valle. Y es imposible.

Rafael Gutiérrez: Te vi un día, María, en el Café Gregorio de Gijón.

María Casal: Una gran amiga mía es asturiana y vive en Gijón ahora, y voy con cierta frecuencia a verla, y ese mundo me gusta muchísimo. Me gusta muchísimo Gijón, me gusta Oviedo, me gusta todo Asturias. Pero te digo que Asturias es imposible. Ya no sabemos a quién llamar ni cómo se hace lo de Asturias.

Rafael Gutiérrez: A lo que iba es que creo que todas las personas que estamos en este mundo relacionado con la cultura, es el momento también de apoyarnos. Igual que yo percibo una militancia librera y veo gente cercana que compró libros por encima de sus posibilidades, y lo sé, y sentí ese apoyo, yo como librero, pues trato de devolverlo de alguna manera, que es yendo al cine desde que abrieron los cines, yendo al teatro desde que abrieron los teatros, y consumiendo prensa y consumiendo todo lo que pueda estar relacionado, y eso es algo que lo tenemos ahí. Coincido en que no vamos a ser mejores personas, pero creo que sí puede acentuar cada uno ese rasgo de personalidad que tenga, probablemente cada uno lo acentúe, yo por lo menos estoy empeñado en hacer todo lo posible porque la cultura viva y porque la cultura sobreviva y porque la palabra siga en cualquiera de sus expresiones en que se esté manifestando.

Por otro lado., creo que nos falta más tiempo para poder analizar bien lo que sucede, porque creo que nos están pasando muchas cosas, y como siempre, muchas más cosas de las que estamos percibiendo. Ha sucedido mucho más. Como se dice muchas veces, creo que estamos dentro de un momento histórico que va a cambiar muchas cosas. Dentro quince o veinte años, probablemente pueda surgir una obra de lo que sucedió en estos meses de 2020. Y ahora lo que pueden salir son crónicas de la pandemia, o cómo si-

guió la pandemia, pero nada más, porque no se puede hacer más, no hay perspectiva. Todavía ni siquiera hay fin, esto es una historia que todavía no ha terminado.

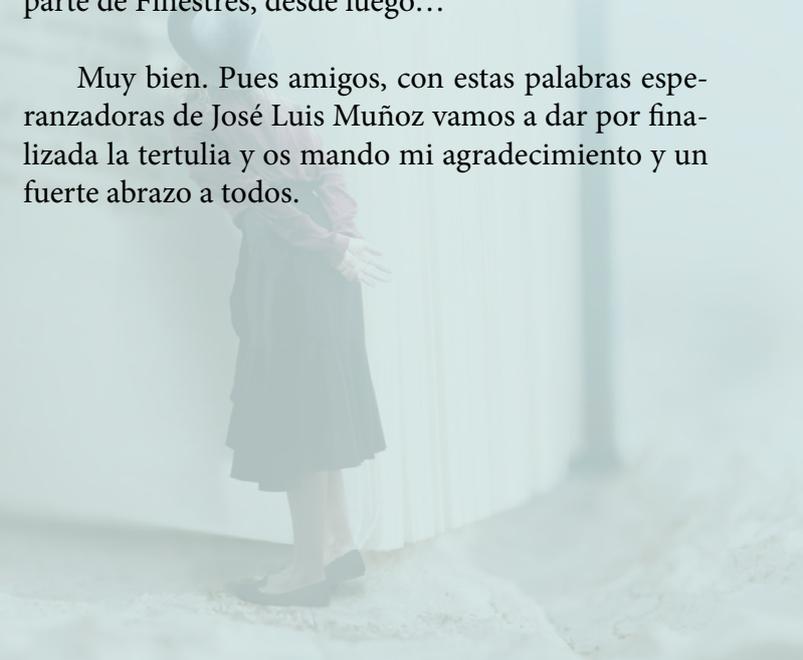
Gonzalo Sáenz: Sí. Puede haber un efecto dominó, para lo bueno y lo malo, el tiempo nos dirá. En fin, para terminar este primer capítulo de la tertulia, porque este tema da para mucho que hablar, me quedaría con ese mensaje de unidad que nos está dando Rafael Gutiérrez, de que el mundo del libro, del espectáculo y de la cultura en general, tiene que estar unido, porque en realidad somos caras, digamos, de una misma figura geométrica, y entre todos podemos ayudarnos. No sé si lo veis así.

Pravia Arango: Dicen las escritoras argentinas Mariana Enríquez y María Gainza, que la pandemia no extinga lo que nos hace humanos. Aunque ha extinguido a muchos humanos, que no extinga lo que nos hace humanos. Y bueno, la cultura es una parte que nos define como humanos.

José Luis Muñoz: Creo que es un dato esperanzador para la cultura el que en estos tiempos terribles haya crecido el número de librerías. En Barcelona se abre una de las mayores librerías de toda España, Finestres, que además de libros tendrá espacios para presentaciones, charlas, debates y conferencias, y convoca premios literarios a obra publicada con una dotación generosa de 25.000 euros. Precisamente mañana voy a ir a la inauguración. Eso demuestra que no todo está perdido y que hay un interés creciente por la cultura. La literatura con la pandemia no ha decaído sino que ha crecido y prueba de ello es que las librerías han resistido y las editoriales han seguido publicando.

Gonzalo Sáenz: Una iniciativa encomiable por parte de Finestres, desde luego...

Muy bien. Pues amigos, con estas palabras esperanzadoras de José Luis Muñoz vamos a dar por finalizada la tertulia y os mando mi agradecimiento y un fuerte abrazo a todos.



FERNANDO J. MÚÑEZ



LA COCINERA

DE

CASTAMAR

Entrevista de Ginés J. Vera a Fernando J. Muñoz



©Carlos Ruiz B.k. crbk.es

Tuve la suerte de entrevistar a Fernando J. Muñoz en 2019 antes del éxito de su novela *La cocinera de Castamar* (Planeta). Adaptada este año a la pequeña pantalla de la mano de Antena 3 y Atresplayer Premium. Este año Muñoz publica su segunda novela *Los Diez Escalones* (Planeta) por la que también me concede una entrevista. Desde aquí mi agradecimiento a él y a Isa Santos del Grupo Planeta.

Clara Belmonte, la indiscutible protagonista femenina de *La cocinera de Castamar*, sufre agorafobia a causa de un hecho traumático familiar. ¿Cómo se planteó el dotar de ese detalle a su personaje? ¿En qué sentido ello va a afectar a Clara en los distintos conflictos que van a tener lugar en la mansión donde trabaja?

La agorafobia es una enfermedad que produce un terror profundo a los espacios abiertos y era esto lo que me permitía que la cocina de Clara Belmonte fuera mucho más que un lugar de trabajo. Para ella es el mundo donde vive, es el lugar seguro donde refugiarse y además el espacio que le permite realizar su pasión. Este hecho hacía que el reducido mundo de

Clara, pudiera centrarse en un microuniverso que era la cocina, los colores de las especias, sus aromas, sus sabores escondidos, los secretos de la cocción, etc. Por otro lado, de su enfermedad me atraía el hecho de que ella misma no sabe lo que le ocurre, solo sabe qué le pasa cuando sale a los espacios abiertos y se ve invadida por la debilidad, el mareo y ve cómo la inmensidad la sobrepasa. Lógicamente a principios del s. XVIII la medicina no estaba desarrollada como ahora; todavía tenía una carga importante de suposiciones erróneas como “bañarse no es bueno” “la fruta es desaconsejable”, no digamos las enfermedades mentales, que hasta el s.XIX no se empezaron a investigar y menos aún a tratar adecuadamente. Si no hace muchos años la homosexualidad se veía como una enfermedad, o incluso se diagnosticaban enfermedades mentales de forma errónea, como el TDA (trastorno déficit de atención), imaginemos lo que significaba tener un tipo de trastorno como la agorafobia en aquellos días. Precisamente por esto, ella debe mantener esta enfermedad en secreto. Si se conociera lo más seguro es que la despidieran de inmediato, pues nadie querría tener una chica de servicio con una enfermedad nerviosa de ese tipo. Tenemos que entender que una muchacha de su edad, sin marido y sin trabajo tenía pocas perspectivas para sobrevivir. Por eso ella debe ingeniárselas para tratar de no salir al patio exterior o a los parterres y ocultar su enfermedad todo lo posible. Este secreto jugará un papel fundamental en el desarrollo de los acontecimientos.

La personalidad de Clara es una constante en la novela, ya que desafiará el espíritu de su señor en una época y circunstancias poco favorables para ello. ¿Ha querido personificar de alguna manera en Clara el espíritu desafiante y valiente de muchas mujeres silenciadas por la sociedad a lo largo de la historia? Hasta cierto punto *La cocinera de Castamar*, ¿es una obra reivindicativa?

Para mí no era tanto señalar que hubo mujeres valientes que se opusieron a aquella sociedad machista y androcéntrica —que también—, sino mostrar la situación de las mujeres en general en aquel siglo. No podemos olvidar de dónde venimos: el ser humano, la sociedades en las que nacemos, nos conforman como seres históricos. Y el peso de la historia está en nuestra educación. Nosotros somos herederos de los siglos anteriores, de sus prejuicios, de sus errores y aciertos. Y ese es el mundo de donde venimos, una época en

donde las mujeres vivían sin libertad. Una sociedad androcéntrica que las oprimía y privilegiaba de forma general a los hombres. En esta sociedad que se perpetuaba en una tradición masculina que transmitían tanto hombres como mujeres, había muy pocas de ellas que levantaran la voz o trataran de salirse de este yugo. Por eso mi interés estaba en ver cómo mujeres de diferentes clases sociales se enfrentaban a ese mundo patriarcal buscando fórmulas para sobrevivir. La de Clara será la cocina, pero otras buscarán otros caminos. Al final, la mujer en aquella época, salvo excepciones, se debían a los hombres: al marido o al padre, y no podían tener negocios propios, ni dinero propio, ni ideas propias.

No sé si es una novela reivindicativa o feminista, pero si sirve en ese sentido me agradaría. Aun así, prefiero que este tipo de adjetivos los pongan otros, que arrogarle yo ese nombre a la novela.

En *La cocinera de Castamar* lleva a cabo una minuciosa recreación de la España del s. XVIII. Una época que, como leemos, estaba encorsetada por las clases sociales y donde la comida que se servía en la mesa, elemento indiscutible de su novela, definía bien a cuál se pertenecía. Háblenos de esa inmersión previa en lo histórico cara a poder contextualizar a sus personajes en esta novela.

A nivel histórico, fui construyendo un acercamiento a la realidad de la España del 1700 desde lo más general hasta lo concreto. El comienzo de siglo XVIII supone un cambio para todo lo que hasta aquella fecha había significado el imperio español. España ha ido poco a poco desgastándose hasta la muerte Carlos II y esto propiciará la entrada de los Borbones en el trono de España y un conflicto enmarcado en una gran guerra continental europea. Este marco general me permitía tener un conflicto armado, ya terminado, como telón de fondo: un pasado trágico del que partir y que había afectado ya a todos los personajes de una forma dramática. Por otro lado, estaba el mundo de la gastronomía. La llegada de Felipe V trajo consigo la cocina de Versalles, alejada de la forma de cocinar que se daba en Madrid, con muchas especias, como la canela. Afianzado esto, el resto fue más documentación específica sobre el funcionamiento de las casas, el pensamiento propio de la época, etc. Documentarse es imprescindible, pero siempre que esta información esté en la novela de forma adecuada. Para mí lo histórico debe estar siempre presente, pero no es la historia: solo debe envolverla y aderezarla, para que el lector la deguste como un buen caldo.

Hagamos que los lectores se relaman no solo literariamente, pues de lo culinario también participa, y mucho, *La cocinera de Castamar*. Leemos que como en toda hacienda nobiliaria que se preciara en esta época, “la dependencia de cocina debía preparar dos menús diferenciados: la cocina de los ilustres (...) y la cocina de los estados, para la servidumbre.” ¿Qué podíamos degustar en uno u otro de habernos sentados a cada mesa?

Había una diferencia sustancial, más allá del tipo de plato que se sirviera. En la mesa de los nobles se situaría en un salón típico del s.XVIII, con ujieres de viandas, lacayos, el sumiller y tal vez el mayordomo. La mesa de estados se celebraría en el tinelo, un comedor específico para la servidumbre, donde posiblemente los ujieres o incluso los sollastres (pinches) servirían la mesa al resto de criados. Existe todavía una locución adverbial que es “dar tinelo”, que significa dar de comer a los sirvientes. Por otro lado, la cubertería y el servicio serían de diferentes calidades. En la mesa de los comensales ilustres podría haber porcelana (en Europa se empezó a fabricar a principios de siglo s.XVIII) y juegos labrados de plata específicos para el servicio de mesa, incluyendo también mantelería específica. En el de la servidumbre, serían a lo sumo de loza o barro cocido y cubiertos de peor calidad. Por supuesto, la comida sería muy diferente. Un banquete de ilustres podría tener hasta cinco servicios cada una de los cuales con diferentes platos, donde abundaba los consumados de ave, la carne de pichones y capones, los lomos de ternera, la carne de caza, también los pescados, principalmente los de río o de los propios viveros, pero también los traídos de las costas en salazón. Pan horneado del día hecho con harina de trigo y podría haber incluso nieve traída de la montaña en verano. De postre se multiplicarían ensaladas reales, cuajadas, hojaldres de crema o tartaletas. También se serviría vino tinto alicantino, de Valdepeñas o el de Málaga o el blanco, mucho más caro. También bebidas especiales para abrir el apetito, como la aurora o la imperial. Por contra la comida de estados se nutriría por el contrario de legumbres y verduras, poca carne y poco pescado. El vino no sería de calidad en caso de haberlo, y el pan, sería posiblemente de centeno u otros cereales.

Con su segunda novela, *Los Diez Escalones* (Planeta), nos transporta al Medioevo, a una época anterior a *La cocinera de Castamar* y mucho más aún de la actual. No obstante, algunos de los temas en ella no han pasado de moda. Háblenos del trasfondo de *Los Diez Escalones*, de los prejuicios, las ideas irracionales y los actuales dogmas inamovibles en nuestra sociedad de principios del siglo XXI.

La historia de *Los Diez Escalones* pone de relieve que existen ideas inamovibles e incluso irracionales, las de entonces y las de ahora, que se defienden por diversos motivos que no están basados en la lógica, en el uso correcto de la razón. En aquella sociedad medieval, se mantenía por defecto el derecho del hombre sobre la mujer, se mantenía una guerra abierta contra el Islam y apenas cien años después se expulsó a judíos y moriscos de la Península. En nuestros días podríamos pensar que hemos avanzado en esto, pero, ¿cuánto? Ahora somos más conscientes de que estas ideas son perniciosas, que dañan al ser humano y a la sociedad en las que vivimos, pero aun así seguimos teniendo una sociedad clasista, machista, seguimos rechazando a otros por su tendencia sexual o por su identidad de género, seguimos mostrando intolerancia religiosa. Detrás de todos estos comportamientos se esconden siempre las ideas preconcebidas, que se expresan generalmente a través de generalizaciones. Cualquiera que haya estudiado lógica sabe que las generalizaciones tienden a la falsedad. «Las mujeres no conducen bien», «los musulmanes son machistas», «los de izquierdas son de la clase obrera», «los chinos no son de fiar»... ¿Cuánto hemos evolucionado, si todavía hay gente que afirma que el coronavirus no existe o que la Tierra es plana? Decía Bertrand Russell en una entrevista que el ser humano como especie solo se sobreviviría a sí mismo si practicaba una suerte de tolerancia hacia las ideas de los demás y hacia los demás. Alvar, mi protagonista, es un pensador crítico que solo habla de lo que ha estudiado y aprende o investiga lo que no sabe. Sigue el dictamen socrático de declararse ignorante para conocer más y mantener una duda razonable sobre los supuestos que conoce.

Lamentablemente, esta guerra de ideas no es algo nuevo. Lleva entre nosotros desde el principio de las sociedades humanas y no deja de ser paradójico que aquello que nos ha hecho evolucionar como especie dominante del planeta, nuestra capacidad para obtener patrones rápidamente, por ejemplo, sea a la vez nuestro mayor enemigo. Porque razonar bien cuesta esfuerzo; no dejarse llevar por los sesgos cognitivos requiere de entrenamiento y hacer deducciones holísticas no. García Morente hablaba precisamente de esta pereza de la razón y del esfuerzo necesario para hacerla trabajar en una dirección correcta. Por eso, la educación es la piedra angular sobre la que enseñar a «pensar», a desafiar las teorías que se dan por válidas, a realizar argumentos sólidos en base a los datos investigados, a dejar de hacerlo hasta que tengamos información fiable mientras solo tengamos hipótesis, a diferenciar entre opinión y argumentación...

La violencia desmedida es sin duda otro de los temas de *Los Diez Escalones*. No en vano la ha planteado como un thriller costumbrista en el Medioevo. ¿Por qué esa elección, la de escoger este género, tras el éxito de su anterior novela más en el género del drama histórico?

Efectivamente tienen un envoltorio diferente, pero las corrientes telúricas que los mueven son muy parecidas. En mi primera novela, la historia de Clara y Diego, y el entramado que envolvía a Castamar ponían de relieve el clasismo, el esclavismo, el racismo. En *Los Diez Escalones* ocurre lo mismo: la historia de Alvar y Mario, así como el triángulo de Alvar con Isabel y Sancho, son el instrumento para profundizar en estas problemáticas, si bien la diferencia entre ambas es que en esta última se profundiza más en esos temas. Me interesaba mostrar como cuanta más falta el pensamiento crítico y la empatía por los demás, más nos acercamos a la intolerancia y de esta a la violencia. Por otro lado, no pienso en géneros o en la forma en la que se catalogan las novelas cuando escribo. Solo me centro en cómo contar mi historia, la que me ha atrapado; si la novela es un thriller, drama histórico, novela negra o de terror, es algo que determinarán otros.

La violencia no deja de ser una consecuencia del fracaso del diálogo o de la ausencia de él y, en la mayoría de los casos, un producto de esas ideas preconcebidas. Porque son como un parásito alojado en nosotros, y cuando alguien combate a las ideas inapelables de otro, el anfitrión tiende a sentirse atacado. Por eso es tan importante la violencia en la novela, porque se ven dos modelos claramente diferenciados: el del Alvar, un cardenal amante de los libros y de las buenas conversaciones, y el de Sancho, un hombre en el que anidan todo tipo de parásitos ideológicos. El primero emplea la violencia como último recurso inevitable cuando se ve atacado, para defender su vida o la de seres inocentes, pero para el segundo la violencia es una forma misma de comunicación, es el lenguaje que impone a otros siempre que puede.

Comentaba lo del thriller y la violencia pero también en *Los Diez Escalones* hay romance. Una curiosa relación —llamémosla así— entre el protagonista, Alvar León de Lara, cardenal obispo de la curia romana, e Isabel Osorio. ¿Qué nos puede comentar sobre esta relación en el contexto de la novela?

Es una historia de encuentro y desencuentro, tormentosa, llena de aristas y heridas. Su historia de amor se detuvo siendo muy jóvenes y no se han vuelto

a ver en veinte años. De alguna forma el paréntesis entre ambos supone una historia de amor no vivido, una realidad que se ha tornado en fantasía y que tras dos décadas les reencuentra. Ninguno se han olvidado del otro, pero sus almas tienen un desgarramiento profundo. En el caso de Isabel, siente tanto rechazo por el daño que sufrió que prefiere negar esto, y en el caso de Alvar sufre de un desamor nacido de la incompreensión de las reacciones de ella.

Esta relación, más desagarrada y menos amable que la de Castamar, supone una dimensión fundamental para la novela, porque nos muestra otra perspectiva más allá de la historia intramuros de la abadía, y el lector tiene así una visión más amplia de la vida en el medievo.

No quiero dejar pasar la oportunidad de preguntarle por la ambientación. En *Los Diez Escalones* descubrimos un oscuro mundo subterráneo en la ficticia abadía de Urbión. Como lectores hallaremos puertas ocultas, que guardan llaves maestras o una fascinante biblioteca. Evoca sin duda a una novela de U. Eco casi de culto, *El nombre de la rosa*. Háblenos de ello, del simbolismo religioso entre las páginas de la novela, de las indicaciones o frases en latín tan reveladoras para el desenlace de la trama.

Mi obra es sin duda un homenaje a la novela de Eco y a la adaptación cinematográfica de Jean Jacques Annaud. Aun así, con cualquier novela medieval que uno pretenda leer o ver, automáticamente le surgirá en el imaginario *El nombre de la rosa*, y supongo que también *Los pilares de la tierra*. Lo cierto es que así dialogan las obras con autores y lectores, influyéndonos a través de imágenes o palabras.

El simbolismo medieval no deja de ser parte de la forma en la que se entendía aquella vida, igual que nosotros hoy tenemos las nuestras. Basta con recorrer un claustro de entonces para comprender que hay en él un enorme conjunto de símbolos tallados o marcados. Símbolos que para el individuo medieval era parte cotidiana de su vida y que ahora en nuestro tiempo, para un lego, parecen casi vacías de contenido. La dimensión religiosa del Medievo, para el hombre de su tiempo era un filtro por el que este entendía toda la realidad. Era una sociedad jerarquizada donde Dios era el garante absoluto de toda la creación y, como ha ocurrido siempre a lo largo de la historia del conocimiento, para comprender lo que no podíamos explicar se recurría a Él. Haciendo una analogía, sería como el capitalismo para una persona de nuestros

días. En el Medievo todo era religión, igual que ahora la visión capitalista lo impregna todo, sin importar si uno quiere remar a favor o en contra. Por eso pretendo rescatar parte de aquellos códigos, los más accesibles, e integrarlos en la novela como parte de la historia para que el lector tenga así una visión más completa de aquel mundo.



Entrevista de Ginés J. Vera a Susana Pérez



Literatura y gastronomía se dan la mano en esta simpática entrevista que me concedió la escritora Susana Pérez al hilo de su reciente libro *Alrededor de la cocina* (Grijalbo). Como en otros anteriores, las fotografías las firma su marido, Jesús Cerezo. Pérez es la autora y fundadora de Webos Fritos.

Hablemos de la portada de *Alrededor de la cocina*. Veo dos guiños o tres ineludibles. Uno, a los ingredientes frescos y saludables. Otro a las iniciales que vemos tanto en el paño (las suyas, presumo) como en el mueble. Esa JC también aparece en una foto interior, en otro mueble, inspirando a un relato. ¿Nos lo comenta?

¡Menudo ojo tiene! ¡Ha captado la mayoría de los guiños que hay en la portada! Uno de ellos es la mesa con las iniciales de mi marido JC, Jesús Cerezo, es un mueble que encontramos hace muchos años en un anticuario en la provincia de Cuenca, una mesa tocianera que casualmente llevaba sus iniciales y que nos acompaña desde entonces en la entrada de casa. Mi paño con el que tapo mis masas mientras levaban tenía que estar, y ese huerto en el que he crecido y que está representado en forma de verduras también. Y otra cosa que no podía faltar es pan, y un guiso en barro que evoca tradición y recetas ricas.

Siguiendo un orden, casi como la mise en place a la hora de ponerse a cocinar, descubrimos el pró-

logo a cargo de Juan Gómez-Jurado. Tuve la oportunidad de entrevistarle en una ocasión. Es muy campechano, aunque no le ubicaba por sus novelas, sus thrillers superventas, tan cerca de los fogones. ¿Qué nos puede contar del prólogo y este maridaje literario para *Alrededor de la cocina*?

Juan es amigo desde hace unos años cuando le enseñé a hacer pan. Le gusta cocinar, lo hace muy bien, y quise que mis lectores pudieran verle en un registro cercano a los fogones y a esos recuerdos de infancia que evoca la cocina. Y como es de una generosidad desbordante no se pudo negar a la petición de una amiga.

No quiero dejarme en la despensa que junto a sus relatos (y recetas) otras protagonistas son las fotografías. Unas excelentes firmadas por Jesús Cerezo. A veces un plato (incluso a menudo un libro) nos “entra” por los ojos. Hay una curiosa relación entre la vista y nuestro estómago. Háblanos de ella y de estas fotografías acompañando no solo a los platos, también a los relatos.

La imagen en temas gastronómicos es importantísima, es mi primer reclamo para que mis lectores les apetezca seguir leyendo para ver cómo se hace la receta que propongo, o en los relatos la excusa perfecta para leer mis historias. Durante estos 15 años que Jesús lleva haciendo fotografía gastronómica ha ido perfeccionando una disciplina nada fácil y muy evocadora para esta escritora.

El país galo o su capital palpitan en al menos once historias de *Alrededor de la cocina*. Permítame que le pregunte por esa afinidad o cercanía con París en sus historias y/o algunas de sus recetas. Imagino que aunque sea la cuna de grandes chefs a este lado de los Pirineos no le andamos a la zaga.

Por supuesto que no, no puedo estar más orgullosa de la cocina de nuestro país, pero del país vecino me atraen muchas cosas, entre ellas su repostería. Hace años rompí mi hucha y me fui a París a aprender en las más reputadas escuelas de cocina parisinas, y eso me marcó mucho, el gusto por el buen producto y su fineza en las presentaciones, me quedo sin duda con todo lo bueno que tienen. El resto de historias ambientadas en Francia surgen de mis viajes familiares en coche parando por mil pueblos a cual más evocador.

En *Alrededor de la cocina* disfrutamos de historias con recetas y sin ellas. Porque aunque hallamos treinta listas para atarnos el delantal, se mencionan otras en los relatos huérfanos de recetas. Aprovecho para preguntarle por la selección de las que sí ha incluido en el libro, pues imagino que ha seguido algún criterio y quizá haya una segunda parte o continuación a esta propuesta gastroliteraria.

Las historias que han quedado huérfanas de recetas es porque en su desarrollo, aunque hay una inspiración gastronómica en todas ellas, igual se basan en un ingrediente especial, o en una situación determinada en un obrador, o en una historia vital en una preciosa ciudad del norte donde se come tan bien... La idea era hacer 30 relatos con su 30 buenas recetas, y otros 30 relatos más para ir leyendo cómodamente en el sofá y que entretuvieran a nuestros lectores en estos tiempos complicados que nos ha tocado vivir.

Si tuviera que buscar un ingrediente común no en las recetas sino en los relatos creo que me inclinaría por el valor de la tradición, por el de la familia sentada alrededor de una buena mesa, de lo que representa cocinar para uno mismo o para otros, además de los lugares, los pueblos, quizá al hilo de aquello de la tradición. ¿Nos lo comenta?

Encuentro mucho placer en lo que me dice, porque es exactamente eso: la tradición, que es el hilo conductor que nos va llevando por las diferentes escenas vitales que viven mis protagonistas, el respeto a la comida de cada día, al trabajo, el amor, el desamor, y en definitiva todo lo que rodea a la cocina, tan importante para mi.

Regreso a los relatos para preguntarle por los títulos de sus historias. Historias de domingo, tengo entendido, recopiladas de su cuenta en una red social. A veces los nombres o títulos de un plato son más o menos alusivos a los ingredientes o al proceso realizado. En el caso de sus historias, ¿cómo surgen y cómo las bautiza antes de emplatárselas a las y los lectores?

Pues es uno de los puntos más difíciles para mi, porque los títulos de mis relatos, quiero que sean sugerentes pero que no desvelen el final, y no crea que es fácil, en esta ocasión mi editora me ha ayudado mucho.

Una de las historias es un homenaje a los enfermos que han superado la CoVid-19. Díganos cómo ha sido para Ud. esta etapa, la del confinamiento

domiciliario, la que parece que aún nos mantiene no tan cerca de las reuniones en bares y restaurantes como antaño. ¿Qué le parece ese boom por el pan casero y por cocinar en casa que al parecer está despertando esta situación atípica?

Para mi familia aunque hemos estado bien de salud, han sido momentos complicados, con una hija fuera de España que no sabíamos cuando íbamos a poder verla. Hemos tenido la suerte de poner teletrabajar en casa y eso nos ha proporcionado tiempo para poder hacer pan en casa a diario, y animar a mis seguidores a hacerlo compartiendo recetas sencillas y disfrutando de la parte buena que ha tenido este confinamiento, que en mi caso ha sido vivir más despacio.

En uno de los relatos leemos: “de momento, voy a concentrarme en pequeñas cosas que me gustan y me relajan”. Y en otro: “Mientras cocino no pienso, solo siento, y eso, de momento, me hace muy feliz.” Cuando está en su casa y quiere relajarse, ¿qué cocina, cuál es ese plato que le devuelve el equilibrio con el devenir de la vida?

Pues lo que más me relaja del mundo es hacer pan, ese momento en el que estoy amasando, y el aroma que hay en mi casa cuando lo horneo, no lo puedo comparar con nada, es mi spa particular, es lo que me devuelve la serenidad cuando estoy estresada.



“Mas que cualquier otras cosa —leemos en el relato *Respirar con calma*— tengo que aprender a vivir despacio.” Tomo esta frase para preguntarle por esa primera frase del prólogo de Juan Gómez-Jurado, de que cocinar es un acto de amor y lo de aprender a vivir despacio, regresando a la dieta mediterránea por razones de salud no solo corporal sino anímica, psicológica quizá. ¿No le parece?

Frases preciosas las que comenta y que cobran especial importancia en este mundo de prisas en el que vivimos y donde muchas veces hay que aprender... a vivir despacio.



Entrevista de Ginés J. Vera a Blue Jeans



Me concede una simpática entrevista el escritor Blue Jeans (Sevilla, 1978), uno de los autores españoles con más seguidorxs en las redes sociales. Su serie sobre *El Club de los Incomprendidos*, traducida a varios idiomas y adaptada a la gran pantalla con el mismo nombre, se ha convertido en uno de los mayores fenómenos editoriales españoles de literatura juvenil. Tras el éxito de la serie de thriller juvenil *La chica invisible*, ha publicado un nuevo thriller, *El campamento*, por el que le preguntamos. (Una mención especial, con mi agradecimiento, a Isa Santos de la Editorial Planeta).

***El campamento* arranca con una cita muy sugerente de la escritora Agatha Christie. No es casual, ya que se la nombra en varias ocasiones, incluso a la novela Diez negritos de la que luego hablaremos. Háblenos de la reina del crimen literario y *El campamento*.**

Agatha Christie es mi autora preferida y mi referente literario. Desde muy pequeño leo sus libros, he visto las series y las películas ambientadas en sus novelas, he ido a funciones de teatro basadas en sus historias... y a mí me encantan los libros de misterio. En *El campamento* hay constantes guiños a sus obras. Incluso me leí un libro en el que se recopilan todos los venenos que ella usó en sus novelas. Para no hacer spoilers, no diré si usé esa información o no.

En lugar de hablar de los 10 protagonistas indiscutibles voy a hacerle un guiño a Fernando Godoy. En cierto modo, y salvando las distancias, me ha recordado a Willie Wonka, el de *Charlie y la fábrica de chocolate*. Un poco por ser un solitario, celoso de su intimidad, el sentido del humor y, claro está, por la propuesta a los participantes en el Campamento Godoy. Vaya comparativa, ¿verdad?

Antes de que saliera el libro, solo con la sinopsis, alguien me lo comentó. Yo no he leído el libro ni he visto la película, así que no puedo opinar al respecto. Godoy es una persona que busca no envejecer. Ya ha cumplido 70 años y necesita un soplo de aire fresco en su vida. Por eso organiza este experimento y se saca de la manga un campamento en el que van a asistir los jóvenes más prometedores del país. Él les va a proporcionar lo necesario para formarlos a su manera y uno de ellos, al final, tendrá un premio muy goloso: ocupar su lugar cuando él se lo tome con más calma. En realidad, *El campamento* es un juego para él, una motivación extra para mantenerse vivo. Una especie de elixir de juventud.

Entre los elementos clave, esos que invitan a la reflexión durante y tras la lectura de un buen libro, creo que encontraremos la de que todos guardamos secretos, los prejuicios humanos y el sentido de la intimidad. ¿Es así?

Sí, creo que todos tenemos secretos, algunos inconfesables, aunque no creo que a la altura de lo que esconden los chicos de *El campamento*. También estamos cargados de prejuicios, algo que no debería ser así pero es inevitable. La intimidad se ha perdido en buena parte por el uso exagerado de las redes sociales, aunque cada uno cuenta lo que quiere contar. Lo que pasa es que una vez que empiezas ya no hay marcha atrás.

Hablando de los secretos, de la intimidad, de lo que somos capaces de mostrar de nosotros mismos en las redes sociales, quería preguntarle precisamente por los límites de la privacidad, por el riesgo a contar en exceso en ellas al punto de que alguien pueda aprovecharse de ello como ya ha sucedido y temo seguirá sucediendo.

Cada uno es libre de contar hasta donde crea oportuno. Como en todas partes, hay gente que se aprovecha de ello y somos tan ingenuos que pensamos que a nosotros nunca nos va a pasar. Pero también pagamos con tarjeta bancaria las compras de Internet, nos conectamos con el Wifi abierto de una cafetería o le damos el WhatsApp a desconocidos por las redes. En el colegio ya deberían de hacer cursos de ciberseguridad y de lo que se puede hacer o no en Internet.

El amor también tiene un papel destacado en *El campamento*. Me ha gustado eso de que ellas y ellos huyan de los topicazos, de la media naranja. Puede haber medias naranjas, kiwis, pomelos o chirimoyas aquí, en China o en Namibia. Coméntenoslo.

El amor es de muchas formas y en mis libros lo he tratado de muchas maneras. Intento huir de clichés y tópicos, de que no sea solo chica conoce a chico y se enamoran. En un campamento, diez jóvenes encerrados, en un paraje idílico, el deseo y la atracción están a flor de piel. Alguno puede enamorarse, pero es normal que haya otro tipo de relaciones entre ellos. Y, por supuesto, no debe ya llamarnos la atención que un chico se líe con un chico, una chica con una chica, o unas veces con chicos y otras veces con chicas. Hay que naturalizar todo tipo de sentimientos, atracciones y sensaciones.

Se oye música en *El campamento*. Solo adelantaré dos temas, *Show must go on* y *Twisted nerve*. Creo que no le gusta mucho ni el reggeton ni la música de David Guetta. ¿Habrá una lista de reproducción de la banda sonora de esta novela? ¿Qué canciones le inspiraron mientras la escribía?

No suelo escribir con música. Me compré una fuentecilla pequeña y el ruido del agua ha sido parte de mi banda sonora en *El campamento*. No tengo nada contra el reggeton y mucho menos contra David Guetta, del que me gustan algunas canciones. El libro tiene su lista en Spotify de diez temas a la que el lector puede acceder con un código QR situado en la última página de la novela.



Entrevista de Miguel Ángel Pérez a Rafael Jordá para Revista Oceanum



Egipto es uno de los lugares más atractivos del mundo. Su larga historia y su avanzada civilización, salpicada de mitos y leyendas, ha dejado para la posteridad la única de las Siete Maravillas de la Antigüedad que sigue en pie después de varios milenios. Pero Egipto es, como todo Oriente Medio, una tierra convulsa, quizá por ser lugar de encuentro y desencuentro de pueblos y culturas. Es en esa situación de permanente equilibrio entre la luz y la tragedia donde se desenvuelve la novela de Rafael Jordá, *Nido de arena* (Ed. Torre de Lis, 2020).

Nido de arena es una novela que discurre sin control ni tregua por las tierras del Egipto actual, en un momento en el que las revueltas y las protestas configuran un marco donde disfrutar del turismo y del lujo

de los hoteles se convierte en imposible; la novela es una aventura en mitad de la tragedia en la que se ven envueltos los personajes, turistas de uno de esos viajes organizados que, como cabe suponer, se convierte en un verdadero caos.

Este estado caótico no deja de ser más que un fiel reflejo de la situación real de casi todos los países de Oriente Medio, decenas de litros de gasolina a la espera de una pequeña chispa. La realidad fue así: la llamada Primavera Árabe se desencadenó como consecuencia de un hecho puntual y sin importancia aparente, la protesta con el intento de suicidio a lo Bonzo de un vendedor tunecino, harto de las corruptelas y de las mordidas. La protesta prendió y se propagó como la pólvora por la mayor parte del norte de África, poniendo patas arriba las endebles estructuras de esos países y aun sigue evolucionando sin que se tenga muy claro cuál es el final de la historia.

Ese mismo proceso caótico se puede observar en la novela de Rafael Jordá, lo que la dota de un realismo bastante acongojante. Te podría pasar a ti...

Aunque el autor confiesa que la novela no invita precisamente a visitar Egipto, lo cierto es que esa es solo una primera impresión, porque el buen conocimiento de la historia y de los lugares, así como la esmerada descripción de una y de otros, proporciona una verdadera guía para quien desee sumergirse en el país de los faraones. Y, a pesar del ambiente en que se desarrolla la novela y los momentos de tensión y tragedia, se genera en el lector una curiosidad por conocer el lugar, también como consecuencia del gusto humano por el riesgo, por el correspondiente subidón de adrenalina y, cómo no, por la opción de tener algo que contar al regreso.

Pero, dejemos que Rafael nos hable de su libro y, en general, de su interesante obra.

***Nido de arena* es la última obra de Rafael Jordá, una obra que transcurre en el Egipto actual y tiene como protagonistas a los turistas de un viaje organizado que acuden a uno 15 de los reclamos más populares del planeta, el que supone adentrarse en los monumentos del imperio de los faraones. ¿Cómo surgió la idea de escribir esta obra?**

Pues surgió estando allí y fue inquietante, de verdad. Verás, hace años visitamos el templo de Deir el-Bahari y en ese lugar, unos meses antes, había ocurrido la Masacre de Luxor. Un grupo de turistas alemanes, suizos, británicos y japoneses había sido ametrallado por terroristas islámicos desde los montes que rodean el valle. Cincuenta y dos personas murieron. Como imaginarás, cuando llegamos allí no les quitábamos los ojos a los riscos ni a los militares que nos escoltaban. Es normal pensar en ello y tener flojera, no lo es tanto quitarte el temor pensando en una próxima novela e imaginar a tus compañeros del autobús como sus personajes. Y ayuda, doy fe.

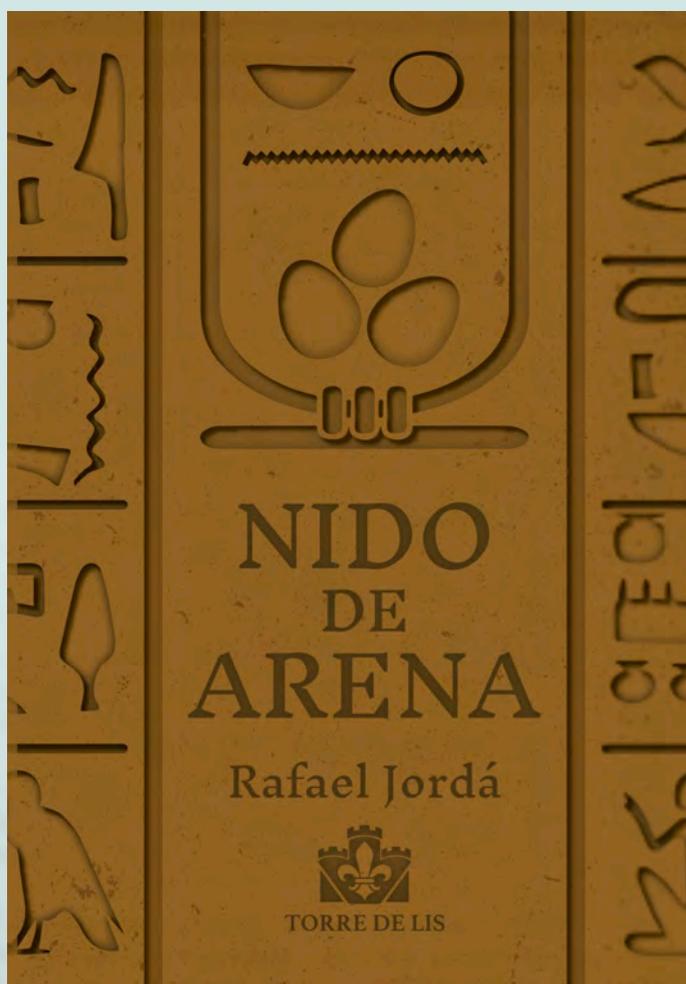
La obra, como decía antes, se encuadra en el tiempo actual, unos momentos que son convulsos en la mayoría del mundo musulmán, una inestabilidad que se manifiesta con más o menos claridad en la mayoría de esos países y que se originó como una consecuencia del efecto mariposa desencadenado tras un suceso con una importancia menor ocurrido en Túnez. Tras él, se han desencadenado una serie de conflictos de mayor o menor envergadura que ha derribado regímenes y los ha sustituido por otros similares y que perdura hasta la fecha sin una solución clara y con enfrentamientos a todos los niveles y de todas las intensidades. La sensación de caos en el Egipto de la novela es un telón de fondo sobre el que se desarrollan los acontecimientos de *Nido de arena* y que, a tenor de lo que nos brindan las noticias, le otorga un carácter elevado de verosimilitud a la narración y permite que el lector pueda aceptar con facilidad el escenario y los hechos. ¿Ha influido en ese planteamiento su paso por los informativos de televisión?

Por supuesto. En una redacción de informativos hay auténticos subidones de adrenalina cuando saltan ciertas noticias. En estos casos siempre quieres ser el primero, quieres hacerlo bien porque todos te están mirando y hay que organizarse rápido. No creo que sea querencia por la adrenalina y el follón, pero estos sucesos te ponen a prueba.

Egipto es un país increíble, con leyendas e historia a cada paso. Más de ochenta millones de habitantes viven en la rivera del Nilo o hacinados en su gran capital, en El Cairo. Allí hay un cruce de etnias, de historias, conflictos e intereses, es una olla de presión en un lugar muy estratégico, un punto caliente del planeta y yo lo viví con esa sensación desasosegante de que todo puede ocurrir. Ya lo hemos visto hace unas semanas con el Canal de Suez.

Ahora bien, existe un lugar extraño y calmado en esa olla de presión y le dedico una escena en el libro. Es el barrio copto, un rincón amurallado dentro de El Cairo, donde viven los cristianos egipcios desde hace siglos. Un lugar especial que recomiendo visitar.

La novela se desarrolla con viveza, a veces con rapidez, otras casi alborotada, quizá como una concesión a la velocidad explosiva con la que se desarrollan los acontecimientos en cualquier entorno caótico, pero no faltan las píldoras históricas e, incluso, las explicaciones que uno encontraría en una guía turística, hasta tal punto que apetece visitar los lugares, incluso a pesar del peligro inherente a una situación problemática. Supongo que tienes una cierta admiración por la monumentalidad de Egipto...



Efectivamente, junto a ese caos de calles, de etnias, gentes, y un tráfico que parece una montaña rusa, hay rincones increíbles. La prueba la tienes en la cantidad de artistas que han buscado la inspiración allí. Verdi y su Aida, o Agatha Christie, por no hablar de su premio Nobel, de Naguib Mahfuz. Egipto también ha sido escenario del cine, de la Biblia, de las peleas entre Octavio y Marco Aurelio con Cleopatra, de Herodoto, de Napoleón, de la piedra Rosetta, de Tutankamón, e incluso tienen las únicas maravillas del

mundo antiguo que siguen en pie. En fin, que es un país increíble, ya digo. Los egipcios lo escribían todo, eran un pueblo muy inteligente, yo creo que incluso más que nosotros, aunque sus herramientas no estuviesen tan perfeccionadas como las nuestras. Siempre he pensado que les hacemos de menos, les quitamos mérito atribuyendo a los extraterrestres todo aquello, por eso metí un personaje con pasión por lo esotérico.

Otro aspecto muy interesante en la novela, y que adquiere un gran protagonismo, es el catálogo de olores que ayudan a acercar al lector al lugar; me recuerda la presentación del mundo en la época de *El perfume*, que también hace Patrick Süskind por medio de los olores. Sin embargo, en *Nido de arena* el olor forma parte de la trama y, a medida que avanza la novela y se torna más dramática, desaparece el aroma y se multiplica lo nauseabundo y lo desagradable. ¿Es una forma de introducir al lector en la trama y negarle hasta la posibilidad de “respirar”?

Es exactamente eso. Yo creo que viajar es empararse de todo, abrir bien los sentidos y disfrutar de un lugar al máximo. Hay que estar a lo que te ofrece la vista, desde luego, pero también a los ruidos, las sensaciones, los sabores y, desde luego, a los olores. Por desgracia o por fortuna no puedes guardarlos en un álbum de fotos, pero dicen que son recuerdos duraderos que siempre quedan en nuestro cerebro. Es la magdalena de Proust y Egipto está lleno de estímulos, unos buenos y otros no tanto.

En una lectura sencilla, diagonal, los personajes podrían parecer estereotipados, pero lo cierto es que es frecuente encontrarse con uno o varios especímenes de cada tipo de los que aparecen en la novela en cualquier visita a un punto turístico de máximo interés. Uno mira de reojo, los fulmina con la mirada, pero 17 ahí siguen, inasequibles al desaliento... Conocer algo de sus existencias, como se va desgranando a medida que avanza la obra quizá les otorgue una posibilidad de perdón. ¿Están basados en personajes que conozca (piensa que podrían llegar a leer esto)?

Sí, claro, pero a veces no sé si soy yo el que les pone la etiqueta o son algunos los que insisten en colgársela y hacer todo lo posible por no defraudarla. Yo he viajado con gente que quería alicatar las pirámides, que decía que todo aquello estaba muy viejo y que viajan allí para decir que han estado. Les vale con que les pongan el sello y contarlo. De todas formas, siempre me gusta que los personajes den sorpresas y vayan

cambiando según les van ocurriendo cosas. Los que empiezan siendo unos cretinos es posible que muestren alguna sensibilidad inesperada y al revés. Por cierto, entre los personajes hay uno, Salvador, que está basado en una persona que actualmente es tertuliano, que sale en la televisión y que formaba parte de mi grupo cuando estuve allí.

El autor siempre puede ejercer de Dios en su particular creación y, por tanto, conceder la vida o la muerte a cualquiera de ellos y repartir dádivas y torturas a su antojo y, de hecho, lo hace —vaya que si lo hace; no se lo pierdan, lectores— y eso da una pista de sus preferencias, pero, ¿cuál es el personaje que más le ha costado desarrollar? ¿Con cuál se iría a visitar Damasco la semana próxima?

Pues, sin duda, el personaje más difícil ha sido el asesino. Me parece muy simplón que alguien sea perverso sin motivos, solo por disfrute. Como autor me divierte más buscarle las cosquillas, las motivaciones, y he tratado de documentarme para que no quede forzado. No me cabe duda de que los extremismos favorecen ciertas aptitudes y justifican algunas barbaridades. Desde luego yo no me iría a ningún sitio con él, me iría con alguien menos peligroso y más interesante, con el guía del grupo, que es un personaje erudito, tranquilo y con contradicciones.

Un aspecto que aparece en *Nido de arena* es el efecto del colonialismo sobre las culturas previas y sobre sus restos monumentales, del mismo modo que se muestra el daño que las turbas exaltadas sobre el propio patrimonio. Tras el paso de ingleses y franceses (entre otros), los museos más importantes de Londres y París (entre otros) se han nutrido de piezas de un valor incalculable llevadas desde Grecia, Egipto, Mesopotamia... y con unas escasísimas posibilidades de retorno a su origen. Cierto es que hay opiniones para todos los gustos y que se puede argumentar que, por ejemplo, la Puerta de Istar —pieza fundamental del museo de Pérgamo en Berlín— estaría destruida o azulejaría la piscina de algún millonario snob de no haberse sacado a tiempo de allí. Palmira y los Budas de Bāmiyān no tuvieron tanta suerte. ¿Cómo se puede proteger lo que es patrimonio de toda la humanidad de los locos?

Buf. Queda lejos de mis posibilidades dar solución a este problema más allá de educar en la sensibilidad y en la cultura. Ahora bien, hace tiempo que estuve en Egipto y me alegra ver que el país se ha empezado a tomar muy en serio la protección de su patrimonio,

espero que otros tomen ejemplo. Hay un nuevo museo y hasta hemos visto en la televisión las imágenes del traslado de las momias con pompa y circunstancia faraónica. Desde luego, la existencia de un figurón como el arqueólogo Ahi Hawass ayuda a conservar y dar a conocer Egipto, aunque abuse del espectáculo. Desde luego, si finalmente encuentra la tumba de Cleopatra, se va a poner muy de moda la egiptología, mucho más que ahora.

En España también tuvimos expolio. Que yo recuerdo, malvendimos la Dama de Elche a Francia y permitimos que el magnate de la prensa William Randolph Hearst, aquel inolvidable Ciudadano Kane, se llevase patrimonio español para decorar su mansión. Por fortuna, este desmadre terminó y ya hay pocos que quieran grabar un “mengano estuvo aquí” en el estuco de la Alhambra.

Todo autor deja algo de sus propias experiencias en su obra y, muchas veces, se manifiesta a través de sus personajes. ¿Qué hay de Rafael Jordá en ellos?

Si te digo la verdad, mi vida no es tan interesante como para compartirla, no soy Bukowsky. A mí, lo que más me gusta de escribir es meterme en la vida y en la cabeza de otros, no sacar cosas de la mía. Verás, la escritura me ha permitido ser médico en la Habana del desastre; un niño metido en una pesadilla o formar parte del destacamento de los Últimos de Filipinas que se rindieron en la iglesia de Baler. De hecho, la obra que más he disfrutado ha sido de ciencia ficción y al jurado del premio Isaac Asimov del Ateneo de Ciencias y Artes también debió gustarle, porque gané. El protagonista era mi hijo y lo convertí en uno de los últimos supervivientes de una humanidad extrañamente feliz y sin problemas de ningún tipo, pero que va desapareciendo poco a poco. Además, el tema ha resultado un poco “chanante”, porque con la pandemia la novela parece alumbrar todo esto del QAnon, el reset y esas teorías conspiranoicas tan de moda. Es más, parece que me la ha dictado George Soros, pero es justo lo contrario y la escribí mucho antes de todo esto.

Rafael Jordá es un autor que frecuenta la novela histórica y que sus obras han alcanzado ya un amplio reconocimiento. ¿Cómo se encuentra de cómodo en una trama actual, aunque esté salpicada por un contexto histórico?

Comodísimo, yo soy capaz de escribir de todo y en todo momento. Me lo paso en grande y he tocado todos los palos. Ojo, como lector también. He escrito

una novela juvenil, decenas de relatos de todo tipo, una de terror, otra de ciencia ficción, novela negra y hasta una erótica. Ya sabes, era joven, necesitaba el dinero.

Ahora bien, el contexto histórico es muy entretenido y te permite bucear en archivos, enterarte bien de algunos episodios históricos, de las costumbres, las modas y hasta el lenguaje de la época. Yo creo que le da una pátina especial a una novela y los lectores pueden disfrutar a otro nivel.

Quizá pueda considerarse que su primer éxito literario fue la consecución del Premio Nostromo para la obra que se publicaría con el título de *La noche que ardió el Maine* y que, como es fácil imaginar, establece el marco histórico en la Cuba colonial al final del siglo XIX. Quizá esa fue la última gran batalla de una guerra permanente entre lo español y lo anglosajón que se venía desarrollando por diversos medios desde el siglo XVI. Lo español perdió la guerra y, como siempre, la historia la hacen los ganadores, así que en esas seguimos. En este caso, los ganadores se permitieron la licencia de reescribir la historia a su interés, minimizar cualquier derrota y amplificar las victorias. Y España compró el pastiche... ¿Somos unos victimistas?

Pues verás, hay una iniciativa que llama Escritores con la Historia que quieren poner las cosas en su sitio. Eso no significa que vayamos a hacer un Little Big Horn, o un pastiche patriotero tal y como han hecho otras naciones. La iniciativa va más en la línea de explicar, sin apasionamientos, las grandezas de nuestra historia, que hubo y muchas, y también recordar las derrotas con serenidad, con sentido crítico y sin ese ensañamiento que hemos tenido hasta ahora. Aquí todo el mundo conoce el desastre de la armada invencible, pero desconoce los descalabros de las contra armadas británicas. Pareciera que siempre hemos sido unos perdedores, que estamos dispuestos a juzgar el pasado desde el presente, a pensar que somos descendientes de unos genocidas, pero olvidando lo que hicieron con sus colonias los franceses, holandeses, ingleses, belgas, japoneses y hasta los mexicanos. Por desgracia, me temo que la política actual también salpica a la historia como lo salpica todo y el público quiere consignas, frases cortas para defenderse o atacar. Sinceramente, creo que hace falta más información, más rigor y lecturas variadas.

Estados Unidos no necesitaba producir un atentado de falsa bandera contra el Maine. Cuba habría caído como una fruta madura... De hecho,

las últimas investigaciones publicadas en National Geographic hacen cierto el dicho de “no justifiques con la conspiración lo que puedes justificar con la estupidez” y achacan a un accidente debido a la incompetencia de los marinos norteamericanos la explosión del navío. El resto es historia: el Almirante Cervera y sus marinos vestidos de gala, casi sin carbón para las calderas, rumbo a una derrota segura para obedecer —como todo militar debe— las órdenes recibidas, tan legales como estúpidas, mientras los periódicos de Madrid dedicaban sus primeras planas a las noticias de toros. Triste panorama, ¿no?

En los últimos siglos hemos tenido demasiadas derrotas honrosas y algunas que no lo han sido tanto. Por desgracia, fuimos una víctima perfecta para el nuevo colonialismo americano. Aquí pensábamos que lucharíamos contra indios a caballo y que el espíritu heroico de El Cid, de Don Pelayo o Juan de Austria estaban con nosotros. Por desgracia, la guerra empezaba a ser una cuestión de capacidad logística, económica y técnica, no de valor ni de viejos pendones. Es un mal negocio esto de ensimismarse con el pasado en lugar de hacerlo en el futuro y vale de moraleja para el presente y para todos.

Después del hundimiento del crucero Maine, los americanos lo reflataron del puerto de La Habana, se lo llevaron bien lejos y lo volvieron a hundir en alta mar en un lugar donde pensaron que no se podría investigar. Por fortuna, se ha investigado, es más, lo han hecho ellos mismos, no nosotros, y han concluido que explotó el pañol de municiones porque el buque tenía fallos y acumulaba demasiada temperatura. Aquí, ahora, estamos quitándole calles al Almirante Cervera porque suena fascista.

Pobre Cervera. Él, que era progresista desde el punto de vista político... Incidiendo en el mismo contexto histórico, *El Caballero de Baler* se va hasta el otro escenario del fin de la era colonial, las tierras filipinas. Esa obra también ha sido galardonada, en este caso, con el III Premio Imprimatur. ¿Te seduce el momento en el que se puede decir que España tocó fondo como país? Con esos cimientos, la primera mitad del siglo XX no podía traer nada bueno...

Pues verás, me pasa algo raro, enfermizo, diría. No es que me seduzcan esas derrotas, es que disfruto llevando a los personajes al límite. Debe ser algún tipo de masoquismo. Mis protagonistas lo pasan fatal, a veces encuentran una cierta honra en la derrota y otras salen hechos unos campeones.

Rafael Jordá es un novelista que no parece temer aventurarse en otros géneros, como el de la ciencia ficción, donde también ha sido premiado. 451... Seguro que te suena... Si tuvieses que elegir recordar un libro para salvarlo, como hacían los hombres-libro de Bradbury, ¿qué libro te gustaría ser?

Madre mía, mucha responsabilidad sería esa. Yo soy un fanático de los libros, tengo cierto síndrome de Diógenes. Si me persiguiesen los bomberos de Bradbury, salvaría clásicos de la literatura, los que más gustan al público, aunque no sean mis preferidos. La *Divina Comedia*, el *Quijote*, obras completas de Shakespeare o el Dostoyevski de *El idiota*. Si es un libro para mí, se me ocurren más de cien. Quizá *El otoño del patriarca* de García Márquez, por quedarme con uno, o *En busca del unicornio* de Eslava Galán, o *Dioses, tumbas y sabios* de C. W. Ceram, a ambos les tengo un cariño tremendo. Y como me va a leer mi mujer tendré que incluir El antiguo Madrid de Mesonero Romanos, que es con el que le pedí matrimonio.

¡Madre mía! No me hagas elegir.

El mundo anglosajón ganó la guerra al hispano, una guerra que ha ido más allá de las cubiertas de los barcos, hasta alcanzar la cultura. Así, lo anglosajón viene controlando la respiración del planeta y así continuará hasta que le llegue su propio ocaso. En el género de la ciencia ficción el dominio es abrumador; la mayoría de la producción tiene el inglés como denominador común, quizá por su preponderancia científica. ¿Tenemos algo que aportar los hispanohablantes al universo de la ciencia ficción o nos lo va a impedir el diferencial científico?

Yo creo que tenemos que aportar los hispanohablantes y todos los demás. Ya hay varias expediciones e incluso estaciones espaciales previstas de otras muchas nacionalidades. India, Israel, China están en marcha, al igual que la ESA. Imaginación hay en todos sitios, ahora bien, las posibilidades para desarrollar proyectos pasan por el otro lado del Atlántico, por el dólar y por Silicon Valley. Efectivamente, su preponderancia es abrumadora, y aquí todo es difícilísimo.

A veces se escucha, refiriéndose a la novela histórica, que no es novela ni es historia — como si eso fuese algo negativo (la poesía o el teatro tampoco son novela ni historia)—, pero lo cierto es que está viviendo un crecimiento importante de este género en la mayoría de las lenguas. ¿Cómo ves el panorama de la novela histórica en castellano?

Pues he de decirte, con rubor, que no estoy muy al tanto de la novela histórica actual. Tengo mucha tela por cortar con esas bibliotecas heredadas que te comentaba y no le doy tregua a los clásicos de la literatura. Ahora bien, lo poco que he leído me ha gustado mucho. Las novelas se documentan bien, se ambientan perfectamente y se hacen series o buenas películas de época. Es interesantísimo descubrir o conocer mejor a personajes históricos como Leonor de Aquitania, Juan Pujol, o Julia Domma.

¿Se puede acceder a la historia a través de la novela?

Pues hay autores y autores. Nos pongamos como nos pongamos, siempre va a tratarse de obras de ficción, pero hay que tratar de ponerle la mínima para hacer el relato atractivo. Yo siempre imagino que los protagonistas verdaderos, allí donde estén, leen tu libro y trato de no enfadarles. Ojo, hay ensayos magníficos y tan entretenidos que se leen como si fuesen novela histórica.

Por otro lado, creo que la historia debiera quedar libre de políticas, nacionalismos, victimismos y faltas de autoestima. Si podemos sacar moralejas, hay que hacerlo desde la asepsia, sin quedarnos con lo que nos interesa e ignorar lo que no.

En ese contexto, la Guerra Civil se dibuja como un terreno resbaladizo para la novela, un jardín difícil que atrae, inevitablemente, 21 las críticas interesadas. ¿Cuánto tiempo necesitamos para mirar hacia atrás con perspectiva suficiente como para entender los acontecimientos como hechos históricos?

Yo tengo 47 años y soy responsable, ya sea para premios o castigos, de lo que pudieron hacer mis padres. Ojo, y eso hasta cierto punto. Para mi generación hay hechos históricos como la Guerra Civil que debieran ser tan próximos y levantar tantas pasiones como la pérdida de las colonias o la Guerra de África. Quizá no sea cuestión de tiempo, sea cuestión de despolitizar la vida en general. Actualmente, se politiza el fútbol, las relaciones familiares, la educación y hasta el lenguaje, quizá sea pedir mucho pedirles que dejen en paz a la historia.

Ya para terminar, me gustaría que nos hablaras de los proyectos literarios que tienes para el futuro inmediato y de cómo te ha afectado la situación de pandemia en tu producción.

Pues verás, la pandemia me ha cundido más como lector que como escritor. He terminado una novela negra ambientada en el Desastre de Annual y la he podido documentar por todo lo alto recuperando el personaje de *La noche que ardió el Maine*. Para este 2021 e independientemente de que pueda ganar más premios y tener entrevistas tan interesantes como esta, volveré a escribir y disfrutar con la ciencia ficción.

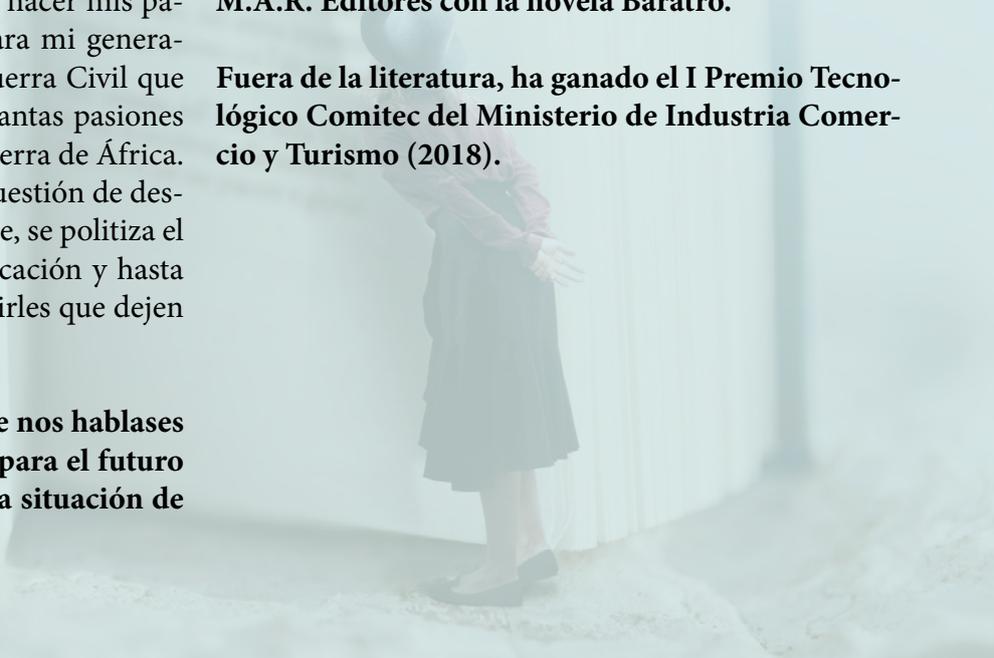
Desde Oceanum, queremos agradecerle las respuestas y darle la enhorabuena por la absorbente lectura que nos ofreces en *Nido de arena*, una novela que, entre otras cosas, nos hace reflexionar sobre el fenómeno global del turismo.

Rafael Jordá López nació en Madrid en 1974. Titulado en Ciencias de la Información, rama de periodismo, y en Sistemas Informáticos. Toda su carrera periodística la ha realizado en la radiotelevisión pública; como redactor en las áreas de economía o de sociedad, y también como presentador de informativos y de la información meteorológica de TVE.

En 1998 recibió el Segundo Premio del Consejo Asesor de TVE por el reportaje *Gorila*.

Como escritor ha ganado el XIX Premio Literario Nostromo con la novela *La Noche que ardió el Maine* (2015). El III Certamen Literario Imprimatur con *El Caballero de Baler* (2011); el I Certamen Internacional de Novela Fantástica y de Terror “Dagón” con la novela *La oscura* (2015); el III Premio de Novela Leibros con *337 días* (2018) y el IV Certamen literario Sierra de Francia con *Semper Vivens* (2018); fue finalista del Premio Ateneo-Ciudad de Valladolid con la novela *Nido de Arena* y finalista del I Premio Villiers de L’Isle de Adam de Novela Fantástica de M.A.R. Editores con la novela *Báratro*.

Fuera de la literatura, ha ganado el I Premio Tecnológico Comitec del Ministerio de Industria Comercio y Turismo (2018).



Samuel Ferro

Tierra de Leyenda

EL LEGADO DE BREOGÁN



TORRE DE LIS

Entrevista de Bárbara Sáenz a Samuel Ferro



Samuel Ferro (Vigo, 1987) es escritor e ingeniero industrial. Polifacético donde los haya, dedica su tiempo a sus grandes pasiones: las artes marciales, la naturaleza, el cine y la lectura, de las cuales nació su gran pasión, contar historias.

Tras hacer los guiones de diversos cortos, se ha lanzado con su mayor proyecto: la trilogía Tierra de Leyenda. Una obra arriesgada, con un estilo fresco y cercano, donde el lector se enganchará desde el primer capítulo.

¿Por qué te hiciste escritor?

Esta es una de las preguntas que más me hacen, pero es un placer poder responderla de nuevo. Cuando era un adolescente me gustaba soñar con historias e intentar plasmarlas allá donde fuese. Por ello llegué a escribir varios guiones de algún corto, aunque sin recorrido comercial. Entonces me pregunté: ¿Seré capaz de escribir un libro? Y mi respuesta fue clara: Vamos a por ello. Lógicamente no fue un camino fácil, y sobre todo encontrar mi estilo. Por suerte, contaba con toda esa magia e ilusión para imaginarme las diversas escenas, tramas o personajes. Se puede decir que la sensación de poder crear y transmitir lo que tengo en la cabeza es algo inigualable.

A día de hoy, no concibo una vida sin poder escribir, no es una simple afición, sino una necesidad.

¿Qué te inspira a la hora de escribir?

Se puede decir que hay muchas cosas que me inspiran a hacerlo. Cuando me pongo a escribir, siento una auténtica desconexión del mundo, es como si me trasladase a la historia que estoy creando y donde yo tengo la libertad absoluta de hacer cualquier cambio, desde plasmar una trama o poner obstáculos a un personaje.

Escribir también es una forma de superación, al menos para mí, una curva de aprendizaje constante donde intento siempre darle un vuelta más a mi manera de escribir, a la trama, etc. Todo ello para sorprenderme a mí mismo, y por consiguiente al lector.

Además, otra forma de inspiración es visitar los lugares que salen en libro. Eso me ayuda increíblemente a imaginarme las situaciones o cómo algún personaje interactúa en ese sitio. Se puede decir que hay una sensación de nostalgia, como si eso ya hubiese ocurrido.

Otra forma de inspiración es poder plasmar aquello que sientes cuando contemplas el mundo, tanto las cosas buenas como las malas. En el fondo, una parte del alma del escritor, siempre estará plasmada en cada novela, es decir, su propia visión del mundo.

Y por último, no por ello menos importante, otros libros, series o películas. Es una fuente de ideas e inspiración, pues en algunos casos me pregunto: ¿Cómo lo haría yo? ¿Ese personaje debería morir? ¿Qué debería decir el antagonista? O simplemente tomo mi libreta y anoto esas genialidades que podría introducir en mi novela.

¿Qué se siente ahora que vas a publicar por primera vez?

Una ilusión increíble al poder cumplir un sueño. Aunque también hay responsabilidad por estar a la altura de las expectativas, pero eso solo lo podrán decir los lectores. Sea el resultado que sea, haber llegado hasta aquí y poder decir: Voy a publicar, es lo suficientemente gratificante para mí. A partir de ahí, todo lo que venga será bienvenido... y eso sí, nunca dejaré de escribir.

¿Cuáles son tus influencias?

Sin duda Bernard Cornwell, es toda una inspiración para mí. Tiene la mejor obra que he leído nunca: Crónicas del señor de la guerra, y ojalá pueda algún

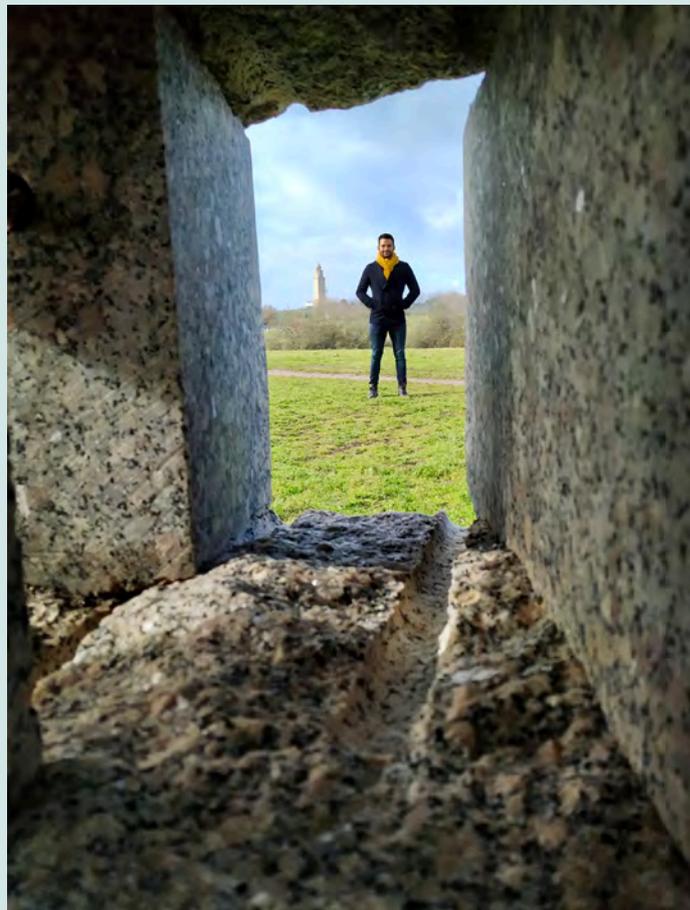
día pueda llegar a su altura. Además es un escritor al que le apasiona su trabajo, y de ahí su cuantioso número de obras. Esto es algo con lo que empatizo, ya que mi meta es poder escribir tantos libros como pueda, que ahora mismo, rondan la quincena.

¿Qué intentas transmitir al lector?

La magia de la historia. Yo intento conseguir humildemente que el lector se meta dentro del mundo que le muestro y que pueda contemplar de primera mano a los personajes. Por mi forma de escribir, me encanta que el lector no sepa la historia completa, es decir, que solo vea fragmentos para fomentar la curiosidad en proseguir con la trama. Además intento que tenga sentimientos hacia los personajes, es decir, admiración, pena o rabia hacia ellos, para en algunos casos, poder sorprenderlos y que su concepto hacia ellos cambie por completo.

¿Te atreverías con otro género?

Sí, desde luego. Actualmente estoy escribiendo en paralelo ficción histórica y ciencia ficción. Además me encantaría poder hacer una novela negra, un thriller y una novela de terror, y os diré en confianza que tengo la idea en mi cabeza sobre todas ellas.



El té de las cinco con Virginia W.

Entrevista a José Luis Muñoz



... Era la hora entre dos luces en que los colores se intensifican y los púrpuras y los dorados arden en los cristales de las ventanas como el latido de un corazón excitable; por algún motivo...

Virginia Woolf

Buenas tardes a todos, con estas líneas de la obra “Una habitación propia” ponemos en marcha las entrevistas mensuales de «El té de las cinco con Virginia W.». Este mes nuestro invitado es José Luis Muñoz, con quien hablaremos de literatura y de todo aquello que nos quiera contar.

VW: Es un honor que sea usted mi primer autor invitado en el té de las cinco con Virginia W. Si le parece bien, empezaré con una breve biografía para que los lectores sepan quien es José Luis Muñoz, y después empezaremos con las preguntas.

Hablar de usted es hablar de cultura en general. Articulista, crítico literario y cinematográfico, activista cultural y escritor. Ha escrito 53 libros que le han aportado algunos de los premios más prestigiosos del panorama literario español como el Tigre Juan, Azorín, La Sonrisa Vertical, Café Gijón, Ignacio Aldecoa, Camilo José Cela, Ciudad de Badajoz, entre otros. Sus obras han sido traducidas al italiano, francés, búlgaro, checo, y está reconocido como uno de los puntales de la novela negra española. Comisario del festival lite-

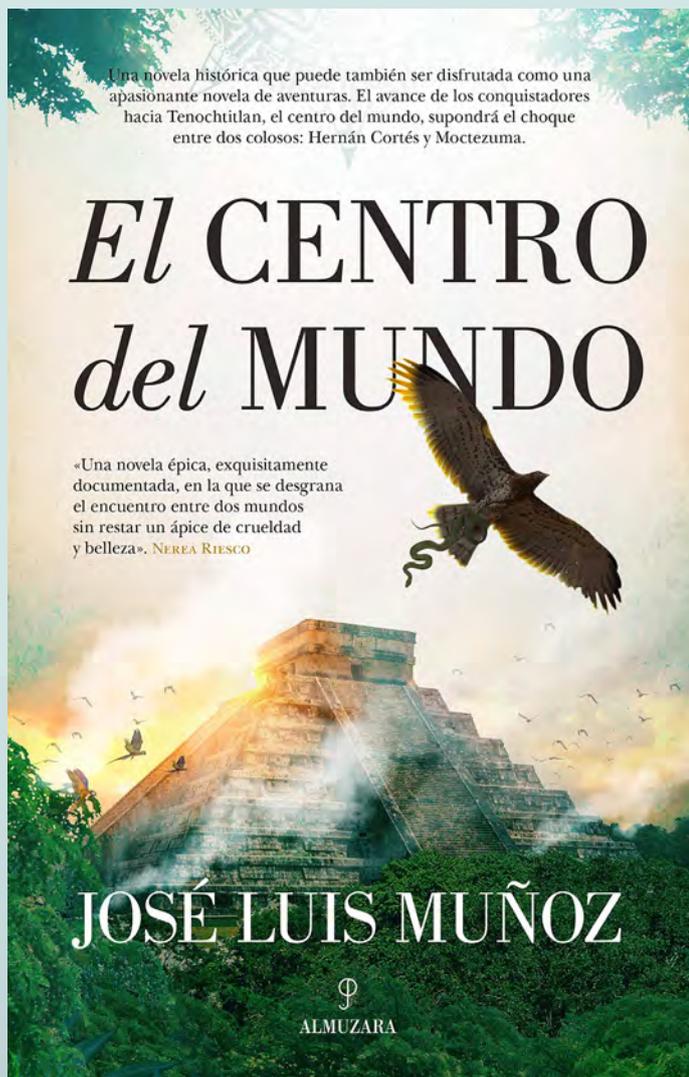
rario Black Mountain Bossòst (BMB), ubicado en su lugar de residencia, el Val d’Aràn, y que este año celebra su 5ª edición. Director de dos colecciones literarias, “La orilla negra” (Ediciones del Serbal) y “Sed de mal” (Editorial Atlantis). Desde el mes de abril dirige junto a Ricardo House “Els dijous del Mercantí”, que se celebra en Sant Cugat del Vallès, dentro del recinto de Mercantí, y de la librería El Siglo, actividad que se celebra el último jueves de cada mes, por si alguno de nuestros lectores se quisiera acercar.

VW: Es una impresión mía o, ¿cada vez hay más autores en el mercado literario? Creo que el significado de la palabra escritor, tal y cómo yo la recuerdo, se ha perdido en el camino durante todos estos años. ¿Qué hay que hacer para ser escritor? Un escritor como los de antes.



JLM: No es una impresión suya. Al menos es algo que está pasando en España, en donde hay más escritores que lectores. Recuerdo un Sant Jordi de hace cinco años, una cena que una editorial daba a todos los autores en un céntrico hotel de Barcelona, con un vestíbulo enorme, y estábamos todos codo con codo, como en un vagón de metro. Se está dando un peligroso fenómeno, auspiciado por una serie de editoriales de autoedición, de que mucha gente quiere tener su libro publicado, y están en todo su derecho si se lo pagan. El problema es que este sistema de autoedición convierte el espacio literario en una selva inextricable en el que cuesta encontrar el trigo entre la paja. Ese tipo de escritor es, por lo general, una persona que no ha leído. Sin leer, sin alimentarte con la buena literatura, con los clásicos, es imposible escribir. El escritor vive de y para la literatura, es una vocación más que una profesión, porque suele estar muy mal pagada. Yo he hecho de la literatura mi actividad fundamental

desde hace mucho tiempo. Escribo todos los días, pero también leo. Existe un cliché del escritor bohemio que pertenece a otra época, dipsómano, mujeriego, con una cierta aura de malditismo a cuestas que ya no se da en la actualidad. Malcom Lowry, Ernest Hemingway, Truman Capote, Allen Ginsbger, Jack Kerouac, Paul Bowles y un largo etcétera eran personajes en sí mismos además de excelentes autores con vidas muy intensas que vivían al límite. Ese cliché romántico ha pasado a la historia.



VW: Parece ser que todos tienen un motivo para escribir, un suceso, algo que duele y hay que sacarlo, la imaginación. ¿Cómo y porqué empezó a escribir?

JLM: Para soñar y porque el mundo que me rodeaba no me gustaba. Empecé de muy pequeño. He vivido rodeado de libros gracias a mi padre que era un bibliófilo, sentía pasión por ellos, los cuidaba y los encuadernaba. Me inicié en la literatura a los 6 años, escribiendo cuentos, como un juego. Luego pasé, a los diez, a escribir mis primeras novelas. Me construía un mundo aparte, disfrutaba mucho con él y podía pasarme los días solo, sin necesitar a nadie, inmerso en un

universo paralelo. Era muy creativo. Me gustaba mucho la papiroflexia y me pasaba horas construyendo ciudades, animales de zoológico, personas, aviones, barcos con los que jugaba e inventaba historias. Añoro muchas veces esa etapa. Dar el salto para publicar se produjo a una edad tardía, a los 33 años, cuando ya tenía un montón de relatos escritos y algunas novelas. Me presenté a dos premios importantes, el Tigre Juan y el Azorín, en el año 1987 y los gané ambos. Además tuve la fortuna de ser invitado a la primera Semana Negra de Gijón ese mismo año. Toda literatura tiene algo de terapéutico. En los libros están nuestros demonios, nuestras obsesiones, deseos insatisfechos, miedos. Inevitablemente el autor está siempre en lo que escribe. Mis novelas surgen a raíz de experiencias personales, la fascinación por algunos personajes históricos o como modo de exorcizar miedos. Hay una frase de Rosa Montero que me gusta mucho, con la que estoy absolutamente de acuerdo: *Escribimos contra la muerte*. Nuestros libros nos sobrevivirán y viviremos, cuando ya no estemos en este mundo, en nuestros lectores. Es una forma de alcanzar la eternidad.

VW: Hay escritores que dejan en nosotros a través de sus novelas huellas imborrables a través del paso de los años. ¿Recuerda el primer libro que leyó? ¿Y la primera historia que escribió? ¿Qué edad tenía?

JLM: Comencé leyendo libros ilustrados que mis padres me regalaban por Navidades o mis cumpleaños. En mi casa se regalaban libros y esa tradición la mantengo con mis hijos. La primera novela que recuerdo haber leído fue *La llamada de la selva*, de Jack London, que en realidad se llamaba *La llamada de la foresta*, de la colección Novelas y Cuentos que mi padre compraba en fascículos y encuadernaba. Eran del tamaño de las planas de un diario y estaban impresos a cuatro columnas. Me leí todas las novelas de Jack London, luego las de Rudyard Kipling, después Robert Louis Stevenson, Emilio Salgari, Julio Verne, Enyd Blyton. Era un devorador de libros. La primera novela que escribí era del Oeste. La tengo en algún cajón. A esa siguió una titulada *Auschwitz*, sobre el campo de exterminio, lo que ahora me parece muy extraño para un niño de doce años escasos. Luego ya me pasé a la épica, novelé la colonización del Nuevo Mundo por parte de los británicos en lo que ahora es Estados Unidos, más de mil páginas. Era un niño raro y obsesivo, ratón de biblioteca, tímido e introvertido que huía de una realidad que no le bastaba.

VW: ¿Hay algún libro al que vuelva cada tanto o que le haya marcado y que nos quiera contar?

JLM: Hay tanto por leer que no suelo volver sobre los libros leídos. Haré una excepción con uno de ellos, con *El corazón de las tinieblas* de Josef Conrad, porque lo leí siendo muy joven y es un libro para adultos. No me importaría releer a Julio Cortazar que me influye muchísimo en mis relatos. Al autor de *Rayuela* lo descubrí en 1969, recién matriculado en una universidad de Barcelona que estaba en estado de guerra contra la dictadura franquista.

VW: Después de 53 libros publicados, ¿le aporta la escritura lo mismo que cuando escribió la primera de cuando ha escrito la última, señor Muñoz?

JLM: He mejorado literariamente hablando pero he de confesar que, a medida que pasan los años, se pierde la inocencia y la capacidad de disfrute que tenía uno cuando era un adolescente e imaginaba, mientras escribía, esos mundos que existían en tu cabeza. Me he vuelto mucho más racional escribiendo y menos impulsivo. Lo mismo me pasa cuando leo un libro o veo una película. Imagino que es un proceso normal que viene aparejado con la edad. Con los años te vuelves más crítico y exigente, hay menos cosas que te satisfacen.

VW: Si tuviera que elegir un personaje de ficción de algún libro no de su autoría para sentarse a charlar un rato, ¿a quién elegiría?

JLM: Marín de Urtubia, el protagonista de la trilogía *La pérdida del paraíso*, sin lugar a dudas. Con él me iría a un figón a tomar un cazo de vino peleón. Es el personaje más humano y noble que he alumbrado, lo que no tiene mucho mérito teniendo en cuenta que los protagonistas de casi todas mis novelas son tipos oscuros y siniestros. Marín de Urtubia es valiente, enamorado, duro y tierno a la vez, una idealización de los hombres que surcaron los mares para descubrir un Nuevo Mundo. Un soñador con el que me identifico plenamente.

VW: ¿Café, una infusión, un refresco, vino blanco, cerveza, whisky? ¿Qué toma mientras las musas le acompañan y está en pleno proceso creativo?

JLM: Tomaba whisky hasta que se evaporó el de la botella que tenía y no lo repongo para evitar tentaciones. El whisky es como una medicina que te abre las arterias y te seda. El café es fundamental para mantenerte despierto. Antes era un escritor nocturno. Ahora soy diurno, también. Lo que es más importante, más que el whisky o el café, es el silencio y que no haya

absolutamente nadie a tu alrededor que te perturbe cuando estás escribiendo. En mi casa actual tengo una maravillosa buhardilla desde la que observo el paisaje que me circunda y es un sitio excelente para escribir.

VW: ¿Alguna manía a la hora de escribir o leer?

JLM: Silencio, para concentrarme. Cuando voy al monte suelo llevar siempre un libro conmigo. El Coth de Baretges, un mirador excepcional de la cara norte del Pirineo, es mi sillón de lectura preferido. Allí, en plena naturaleza, me tumbo a leer. En invierno me gusta escribir junto al fuego mientras fumo en pipa. También leo en la cama, antes de dormir.

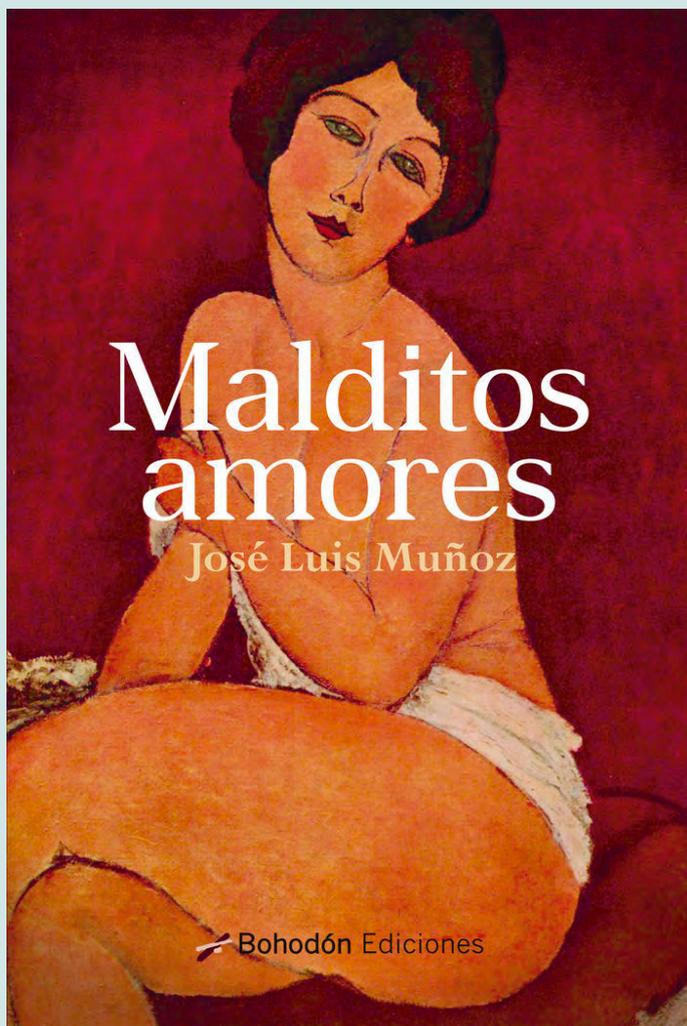
VW: ¿Cuánto tiempo le dedica a escribir?

JLM: Depende en lo que esté inmerso. Habitualmente unas cinco o seis horas. Si estoy en fiebre creativa, pues el doble. Cuando tengo que publicar un libro, y estoy con las galeradas, el proceso más duro y menos agradecido de la escritura, puedo estar 16 horas seguidas. Tengo la ventaja de ser obsesivo e incansable en lo que se refiere a la literatura.

La muerte del impostor

José Luis Muñoz





VW: ¿Se puede compatibilizar la vida familiar y social, siendo escritor durante tantos años?

JLM: Es difícil que un cónyuge aguante a un escritor, sea hombre o mujer. La nuestra es una vocación solitaria que exige una cantidad ingente de horas y hace difícil la conciliación familiar. El escritor necesita una compañía muy comprensiva que esté dispuesta a hacer una serie de sacrificios enormes en aras de la literatura. Eso no siempre se entiende. Hay casos extremos, como el de Sallinger, que se convirtió en un eremita y se apartó radicalmente del mundo, y hay otros, los menos, de parejas que son escritores ambos y funcionan como la formada por Paul Auster y Siri Hustvedt.

VW: Lo mejor que le ha pasado en su andadura literaria y lo peor que ha vivido en el camino de darse a conocer a los lectores.

JLM: Cuando Planeta me ofreció escribir *La pérdida del paraíso* y yo lo acepté como un desafío y me volqué en el proyecto durante todo un año de mi vida, incluidas las noches que las dedicaba a soñar con la narración. Escribí sobre presión, pero tenía entonces una capacidad inmensa de trabajo ya que compatibilizaba la escritura de las tres novelas que integran la trilogía con mis actividades laborales habituales que no abandoné. Fue agotador. Lo peor, la inexplicable travesía del desierto de dos años tras ganar el premio La Sonrisa Vertical con *Pubis de vello rojo* y haber salido en todos los medios de España, televisiones incluidas. Seguía escribiendo novelas, de las que estaba muy satisfecho, pero era vetado por las editoriales, entre ellas la propia Tusquets que me había premiado y publicado. Nunca sabré por qué se produjo ese vacío a mi alrededor. Estuve a punto de tirar la toalla entonces y no lo hice porque me llovieron, tampoco sé la razón, una infinidad de colaboraciones en diarios y revistas que me compensaron. Llegué a tener hasta diez colaboraciones al mes en Leer, Viajes National Geographic, Nómadas, Playboy, Penthouse, Entreviú, Cinemanía, GC, Traveler, El Sol, El Independiente, El Observador, El Periódico, y todas muy bien pagadas.

VW: Una novela que le hubiera gustado escribir y un autor/a que le haga vibrar.

JLM: Voy a desobedecer. Dos novelas: *La montaña mágica* y *Bajo el volcán*. Me hace vibrar todo Julio Cortázar.

VW: Un autor o autora que no recomendaría, ni leería nunca.

VW: ¿Ha cambiado algún final después de escribirlo?

JLM: Muchas veces. No solo los finales sino la novela entera. Un mal final puede arruinar una novela, por esa razón procuro que tenga sentido y cierre la narración. Muchas veces empiezo a escribir una historia sin saber adonde me va a conducir. Esa forma de escribir, que es muy gratificante, porque no está encorsetada a esquemas previos, tiene su parte negativa luego que es cuadrarlo todo. Una novela no está terminada hasta que no entra en imprenta.

VW: ¿Qué le ha sido más complicado: escribir, o el marketing que hay tras hacerlo?

JLM: El marketing es una sobreexplotación del autor por parte de las editoriales. Antes eran ellas las que lo hacían. Últimamente se ha impuesto que las editoriales se dediquen simplemente a publicar el libro y el autor sea el que tenga que venderse. Hablamos, claro está, de los autores no mediáticos, que somos el 95%. Para mí es más agotador publicitarme en las redes sociales que escribir un libro, y desde luego menos satisfactorio. No debería ser así, pero lo es. Añoro los viejos tiempos en los que me dedicaba simplemente a escribir y las editoriales, por la cuenta que les traía, se dedicaban a venderte.

JLM: Joël Dicker, un autor que me parece una de las mayores estafas de los últimos años. Alfaguara debió pagar bien a los críticos que lo loan en las contraportadas. Es sencillamente infame.

VW: ¿Cree que es una frivolidad mezclar arte y mercado, creación y venta?

JLM: Por supuesto, lo que ocurre es que en el mundo editorial el editor tiene que recuperar la inversión que hace por libro, no puede perder dinero. De ahí la búsqueda obsesiva del best-seller. Habitualmente lo comercial va en detrimento de la calidad en todo tipo de expresión artística. Está muy de moda el escritor mediático, aquel que se ha hecho famoso por un programa de televisión, por conducir un telediario, o ser un showman, y luego se dedica a escribir libros, o se los escriben, porque hay una serie de autores que lideran las superventas, no voy a señalarlos, cuyos libros los escriben negros porque ellos no tienen ni idea de armar una novela. Las únicas novelas que escribí por encargo fueron las de la trilogía de *La pérdida del paraíso*, y salí airoso del desafío.

VW: Publicar a cualquier precio a pesar de la calidad, ¿no cree que nos estamos dejando influir por las listas de los más vendidos o los más recomendados y no estamos separando el grano de la paja?

JLM: Eso sucede sobre todo por la autopublicación. Todo el mundo se cree capaz de escribir un libro. Hay que distinguir un proceso de redacción de una escritura creativa, que no tienen nada que ver. Ahora, incluso, abundan los libros pésimamente redactados por gente que, sin haber leído un libro en su vida, se creen capaces de escribir. El mundo editorial se ha convertido en una selva y es muy difícil deslindar el trigo de la paja. Hay tantísima paja que no se ve el trigo. Y mucha de esa paja auspiciada por revistas literarias que responden a los intereses de las editoriales que están detrás. Yo me fío más de lo que me dicen los colegas que de las publicaciones mercenarias. Los más vendidos, salvo excepciones, suelen ser basura, me niego a leerlos.

VW: ¿Les contaría a los lectores quién se esconde tras el autor de *El viaje infinito* y *Malditos amores*. ¿Cómo surgieron estas dos obras?

JLM: Son de las más personales, junto a *Patpong Road* y *La manzana helada*. *El viaje infinito*, que habla del viaje de la vida, es casi una biografía novelada en la que me identifiqué con el protagonista, una perso-

na que viaja constantemente. En esa novela están reflejados algunos de los viajes que he realizado y hay, también, un homenaje a la literatura y a los libros que de joven me hicieron viajar y algunos episodios de mi vida ficcionados. En *Malditos amores* he recopilado todos los relatos que giraban en torno al amor y el deseo, algunos de ellos muy personales, otros completamente inventados, en los que despliego erotismo, humor y ternura. Inevitablemente los escritores estamos en lo que escribimos.

VW: Los que seguimos sus novelas, sabemos que ha tocado y se atreve con cualquier género, ¿qué le falta?

JLM: Pues me falta una novela ambientada en la época romana y explorar la ciencia ficción. He escrito sobre el nazismo, el terrorismo, el descubrimiento de América, la conquista de México, gastronomía caníbal, viajeros, adictos al sexo, suicidas, venganzas, novelas góticas, de terror y hasta de humor. Procuero, en cada una de mis novelas, reinventarme y desafiar-me. Con *La muerte del impostor*, por ejemplo, he experimentado con al segunda persona del singular, un tiempo verbal complejo que también estoy empleando en la novela que estoy escribiendo en la actualidad, una novela de horror ambientada en un pueblo perdido del Valle de Arán.

VW: ¿Qué van a encontrar los lectores entre las páginas sus obras?

JLM: Mi deseo es transportarlos, abducirlos, secuestrarlos durante las horas, días o meses que me estén leyendo. Aspiro a no causar jamás indiferencia con ninguna de mis obras. Si escribo una novela sobre el Holocausto, espero horrorizarlo; si me atrevo con la conquista de México por Hernán Cortés, hacerlo participe de una extraordinaria aventura vital; si escribo una novela erótica, excitarlo; si es una novela de terror, asustarlo. Practico lo que denominaría una literatura de los sentidos, mis novelas son muy visuales, quizá por influencia del cine, otra de mis pasiones, y sitúo al lector en la acción de ellas: suda, siente dolor, frío, hambre o placer. Y, como decía Manuel Vázquez Montalbán, escribo lo que me gustaría leer.

VW: Un principio al que se ha mantenido firme durante todos estos años de su carrera literaria.

JLM: Huir de la impostura, que es precisamente el argumento de mi última novela publicada. Es lo que más detesto en una novela, la falsedad, el no ser honesto con uno mismo. Después, aunque no lo busco,

siempre hay en mis novelas dilemas morales y huyo de los maniqueísmos. Hasta los seres más abyectos, y podría citar, por ejemplo, a Aribert Ferdinand Heim, el Doctor Muerte del campo de Mathausen y protagonista de *El rastro del lobo*, tienen rasgos que los humanizan, y lo mismo sucede en mi tetralogía sobre el mundo de ETA formada por *La caraqueña del Maní*, *Tu corazón*, *Idoia*, *Cazadores en la nieve* y *El bosque sin límites* con los terroristas.

VW: ¿Qué está leyendo ahora?

JLM: He terminado una novela de John Le Carré, *Llamada para el muerto*, un poemario de Esther Abeillán titulado *Pasado en la boca* y estoy con una novela de Andreu Martín, *Todos te recordarán*.

VW: ¿Un proyecto a corto plazo?

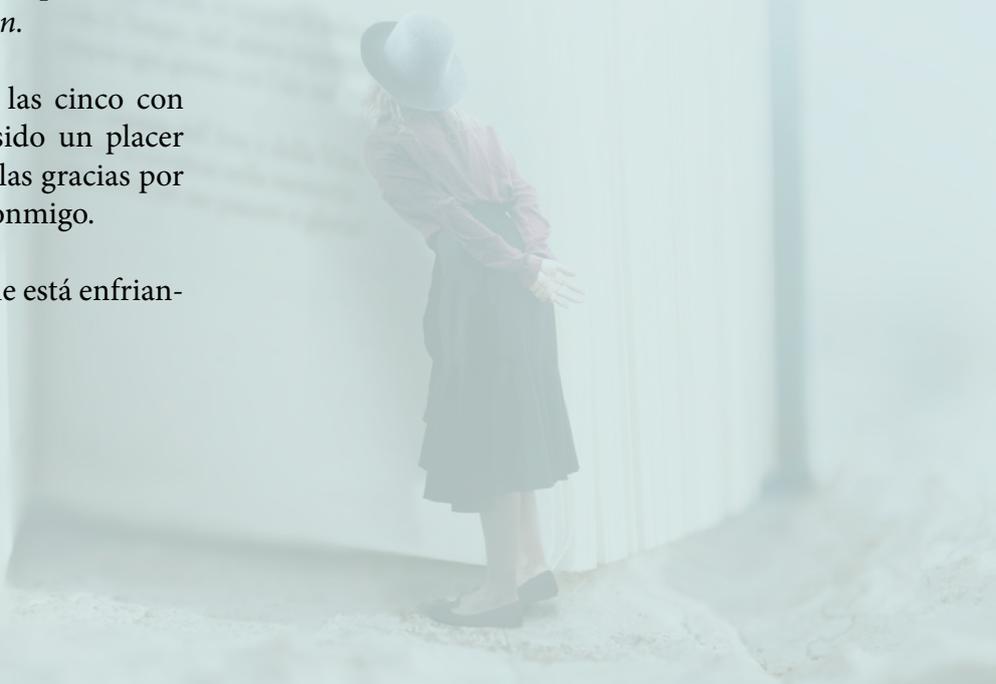
JLM: Un par. Novelar la vida de Caravaggio, uno de los pintores más importantes que ha dado la humanidad y personaje complejo y tortuoso donde los haya, y una novela sobre la vida de Robert Louis Stevenson, uno de los autores que me marcó y que ya estaba muy presente en *El viaje infinito*.

VW: ¿Una película, una canción, un género literario, una estación del año, un color, un olor evocador, una frase que haya oído y se le haya quedado grabada en el corazón?

JLM: *Barry Lindon*, de Stanley Kubrick, porque es la perfección absoluta hecha cine; *Caravanserai* de Carlos Santana, por toda una época que evoca cuando la escucho; el otoño en el Valle, que es un cuadro natural de una belleza extraordinaria; el azul del hielo, que he visto en Alaska e Islandia; y una frase que he oído porque es mía: *Tè quiero de aquí a Orión*.

VW: Hemos terminado «El té de las cinco con Virginia W. y José Luis Muñoz» Ha sido un placer contar con su presencia y quiero darle las gracias por haber compartido este rato de charla conmigo.

JLM: El placer es mío. Creo que se le está enfriando el té.



Entrevista de Ginés Vera a Gonzalo Sáenz



Entrevista que me concede Gonzalo Sáenz (Córdoba, 1971). Le pregunto por su novela *Marinos Mercantes* (Torre de Lis) en la que se narra en primera persona las peripecias de un marino a bordo del buque Talasa. Ficción y realidad se dan la mano en esta nouvelle dedicada a un capitán de la marina mercante muy especial.

He leído en su biografía que su pasión por el mar le ha llevado a navegar por el Atlántico. Desde Edimburgo hasta las costas canario-saharianas. ¿Surgió en alguno de estos viajes la idea de escribir *Marinos mercantes*? ¿Quizá de alguna anécdota de su padre, marino mercante, a quien dedica este libro?

Así es, Ginés. La mayoría de los hechos que se relatan en el libro son reales y muchos de ellos vividos en primera persona por mi padre. Mi padre se pasó mucho tiempo navegando en grandes buques mercantes que recorrían los mares de todo el mundo y cuando regresaba a casa, después de pasar varios meses navegando, me contaba historias increíbles. El último barco que capitaneó fue el Esperanza del Mar, un buque hospital que socorre a otras embarcaciones. También recuerdo las reuniones de marinos en el salón de mi casa y como sus conversaciones me dejaron

con la boca abierta más de una vez. Realmente, las anécdotas más curiosas del libro no son inventadas, sino basadas en hechos reales, y sentí la necesidad de cristalizarlas en esta obra.

En *Marinos mercantes* leemos situaciones y vicisitudes propias de los hombres de mar. La de “hombre al agua” contada aquí me ha llamado la atención por ese párrafo tan emotivo. Lo reproduzco para que nos lo comente. “Cuando ves a un compañero en una situación tan extrema, el sentimiento de fraternidad es tan fuerte que uno se arroja al rescate sin pensar siquiera en su propia vida”.

Los marinos de alta mar pasan mucho tiempo juntos sin pisar tierra firme en un espacio reducido. Se crean fuertes lazos de compañerismo que en situaciones límite como un accidente, un naufragio o la caída de un tripulante al agua les ayudan a sobrevivir. Esto ocurre así desde tiempo inmemorial. Hay pinturas y litografías antiguas que recogen escenas de colisión entre barcos o rescates en el mar que conmueven por su realismo, como por ejemplo las ilustraciones que se hicieron en el siglo XIX sobre el hundimiento de la vaporera La Plata, en la bahía de Vizcaya y muchísimas otras. La cifra de marineros tragados por el mar es desgraciadamente colosal. Por eso dijo con razón Anacarsis, un filósofo escita del siglo VI a.C., que hay tres clases de hombres: los que están vivos, los que están muertos, y los que están en el mar.

Hallamos también en esta nouvelle referencias literarias. Por ejemplo, una cita de Mercé Rodoreda o el libro *Mar Adentro* de Caballero Bonald. Tuve oportunidad de hablar con un capitán de embarcación y me dijo que la gente de mar es muy lectora. Quizá por el tiempo para leer durante las travesías, pensé. Háblenos de la inclusión de esas dos referencias en *Marinos mercantes* y si es verdad esa afición lectora entre la marinería.

Las opciones de ocio para los marinos están limitadas porque no pueden salir del barco, muchas veces, ni siquiera de su pequeño camarote. Los marinos siempre llevan en sus barcos naipes y libros para matar las horas que tienen libres. Con la literatura pueden viajar con la mente, evadirse de su buque. Mi padre, desde luego, era un lector voraz, y de hecho, le recuerdo siempre aconsejándome obras de Víctor Hugo, Delibes, Dickens, Shakespeare o Dostoievski.

Hay obras clásicas que aún no he leído de tantas veces que escuché a mi padre pedirme que las leyera, pues como decía Borges, el verbo leer, como el verbo amar y el verbo soñar, no soporta el modo imperativo.

Más o menos a mitad de novela leemos que el protagonista de *Marinos mercantes* vivió la mayor de las desgracias navegando en el Talasa. Háblenos de la parte de ficción y de la parte de realidad que ha querido incluir en esta historia marinera.

En este libro hay una labor de documentación tan amplia y concienzuda que el primer borrador de la obra me pareció un ensayo novelado sobre los marinos mercantes.

La trama amorosa del libro es pura ficción, aunque podría ser perfectamente real, pero las aventuras y peripecias que viven los tripulantes del Talasa están sacados de historias reales que a veces han ocupado titulares en la prensa, como el hundimiento de un carguero español en el puerto de Alveiro, Portugal. Mientras descargaban 2.000 toneladas de cemento el barco se escoró a estribor y se hundió en menos de cinco minutos. Probablemente se trató de un corrimiento de la carga, el caso es que el hundimiento del buque cementero sorprendió a bordo a muchos de sus tripulantes. Los marinos que lograron saltar al agua fueron recogidos por un buque noruego, pero en las horas siguientes, los servicios de rescate recogieron los cadáveres del capitán y del primer oficial y otros marinos que fallecieron en el accidente.

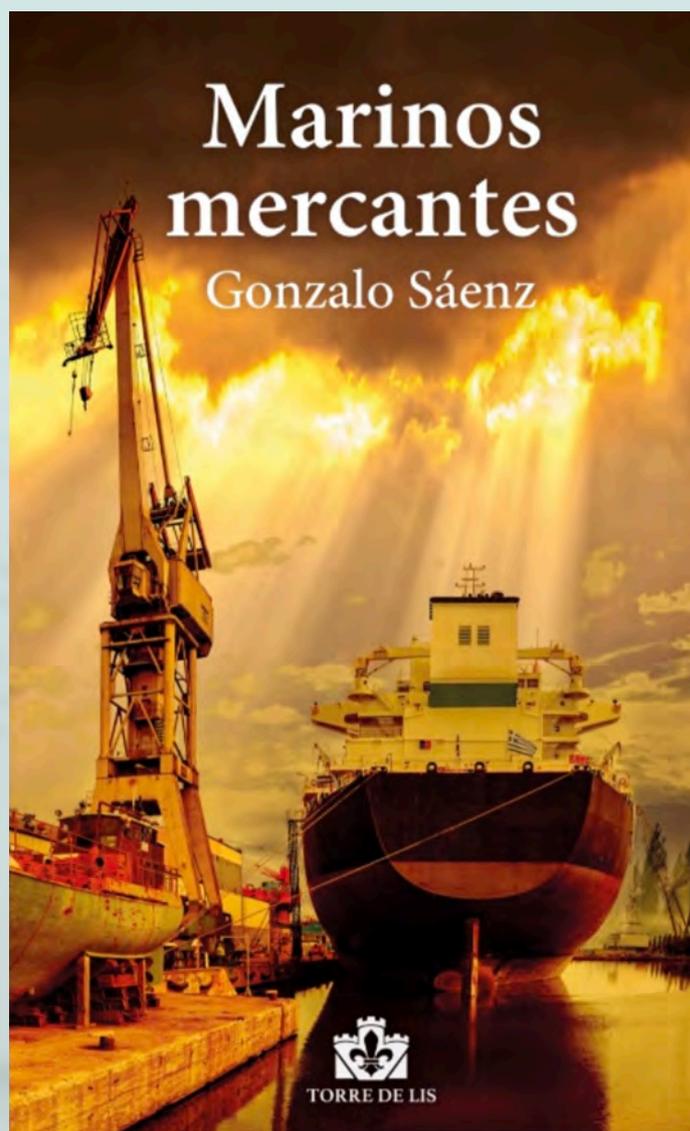
Sin lugar a dudas creo que *Marinos mercantes* es un homenaje no solo a la profesión de su padre, como ya apunté al hablar de la dedicatoria. También a quienes eligen el mar como forma de vida. Porque leemos que “...en que otra profesión podríamos haber encontrado mejores circunstancias para tomar la decisión de liberarnos de estas cadenas?” Coméntenos esas cadenas de quienes vivimos tierra adentro, aunque como bien leemos además “luego no sabemos prescindir de ellas y reincidimos en los mismos comportamientos y en las mismas pasiones”.

Hubo una época en la que cuando llegabas al puerto de otro continente parecía que recalabas en otro planeta, de tan diferentes las cosas en relación con lo que estabas acostumbrados a ver. Algo parecido a los exploradores de antaño cuando se adentraban en territorios desconocidos. Ésa es la parte romántica de una época que desapareció con la brutal globalización que ha sufrido el mundo. Sin embargo, las per-

sonas no hemos cambiado tanto: nuestras pasiones y ataduras siguen siendo las mismas de siempre. Algo que nace también de nuestra obsesión por desear lo que no se tiene.

Pasiones y amor también hallaremos en *Marinos mercantes*. Quizá sea más un mito que una realidad eso de que los marineros tienen una mujer en cada puerto. Aunque no le preguntaré por eso, sino por cómo ha evolucionado el mundo de la navegación ahora que ya no solo hay hombres a bordo. Que la convivencia no es fácil a bordo también aparece en su novela. ¿Cómo ve la incorporación de la mujer al sector de la marina mercante?

Pienso que es un mito. El marino es un profesional y cuando llega a puerto en realidad es cuando más trabaja, porque los trabajos de carga y descarga de la mercancía no se dejan solo en manos de los estibadores del puerto sino que los oficiales y marinería del barco colaboran y tienen que hacer, además, una labor de permanente supervisión.



Respecto a que la mujer se haya incorporado a esta profesión es lo natural, ¿qué impide que una mujer sea la capitana de un barco?

Hay nombres propios en *Marinos mercantes* que pueden sonar exóticos a la gente de tierra, leemos, pero que son todo menos tranquilos para muchos marinos de embarcaciones comerciales o de pesca. Háblenos de el Golfo de Adén, Dar es Salaan, Callao, Bellawan, Sumatra o Chittagong.

Yo he navegado con mi padre desde Vigo a Edimburgo en el Cobres, un buque con un cargamento de automóviles nuevos, por el río Rin hasta Estrasburgo en el Mosquitera, un pequeño mercante con un cargamento de sal, y por las aguas canario-saharianas en el Esperanza del Mar, un buque hospital.

El Golfo de Adén, Dar es Salaan, Callao, Bellawan, Sumatra o Chittagong son lugares donde recaló mi padre a lo largo de su carrera pero yo no he tenido la suerte de conocerlos.

Me ha gustado una especie de reflexión casi metafórica que me gustaría que nos comentase. La de que con los años terminamos siendo marinos. Creo que es extensible a algunas gentes de tierra. Porque con los años nos convertimos a veces en extraños incluso para nuestras propias familias, Nuestros hábitos pierden la utilidad y nuestros temas de conversación su sentido.

Creo que en los marinos de alta mar es algo mucho más acusado porque se pierden muchas vivencias y conversaciones de sus familias mientras están navegando. Se pierden incluso noticias importantes, no solo familiares sino también de su país. Como ves hay muchas cosas de la vida de los marinos que les hacen singulares. Por eso podemos volver a recordar la frase de Anacarsis sobre que existen tres clases de hombres: los vivos, los muertos, y los navegantes.



A la sombra de **Jonás Mom**

JULIÁN GRANADO

2º Premio de
Narrativa Avant
Ciudad de Ceuta



avant
narrativa

Reseña: *Mercancía robada*, Lluna Vicens

Por José Luis Muñoz.

Hay escritoras que nacen, y otras que se hacen. Lluna Vicens pertenece a esa primera categoría aunque haya tardado cinco décadas en atreverse a publicar, seguramente por ese pudor que todo escritor tiene cuando da ese paso. Su estreno literario con *Doce días, una vida* (Parnasse Ediciones, 2019) —una compilación rigurosa de textos, sobre todo reflexivos, aunque se colara, de cuando en cuando, alguna narración— ya nos daba idea de la hondura literaria de la autora que era capaz de transmitir al papel sus estados emocionales y provocar la empatía de muchos de sus lectores. Era esa miscelánea un libro escrito con un rigor encomiable, pedazos de buena literatura que el lector leía como latidos en su corazón. Un libro lleno de sentimiento que, sin embargo, huía de la sensiblería, lo que no siempre es fácil.

Mercancía robada es muy distinto. En primer lugar porque es una novela, y negra, por añadidura. Si se podía tener la duda de que Lluna Vicens podría armar una historia larga sin desfallecer literariamente en ningún momento, este libro es la prueba evidente de ello. Metaliteratura, o autoficción, puesto que se trata de un relato testimonial, un alegato, remarcaría yo, contra una de las muchas lacras que debieran sacudir a nuestra sociedad: la trata de blancas. Se va a adentrar el lector a lo largo de sus páginas en el doloroso vía crucis de la protagonista; se va a enfrentar a un mundo sórdido y violento en el que los proxenetas aterrorizan mediante la violencia más descarnada a esas mujeres robadas, de ahí el título, engañadas, encerradas para ser pasto de clientes que, con su dinero, abren en canal sus cuerpos. Tras las luces de neón parpadeantes de los bares de carretera, tras esa impostada alegría que rodea al negocio del sexo venal, solo hay explotación, miseria y dolor que Lluna Vicens retrata con toda su crudeza.

No es *Mercancía robada* una novela maniqueísta sino realista que detalla, sin obviar nada, todo un submundo sórdido que subsiste gracias a la vista gorda de las autoridades y la complicidad de los usuarios del negocio del sexo de pago. No vamos a abrir con esta novela un debate sobre la prostitución, si prohibirla o tolerarla mediante una legislación que proteja los derechos de quienes la ejercen de forma voluntaria (las menos), ni es ese el fin de su escritura; el libro es una denuncia de esas redes mafiosas que compran y ven-



den mujeres como mera mercancía, las secuestran, las agreden y violan, engañan y explotan, hasta las hacen desaparecer, cuando les conviene, ante la indiferencia de la sociedad que mira hacia otro lado y estigmatiza a la víctima. Una prostituta muerta no tiene la misma consideración que una mujer *decente*. Durante décadas, sin que lo detuvieran porque sus víctimas eran mujeres de la calle y no valía la pena investigar sus muertes, un monstruo llamado Samuel Little asesinó a 93 de ellas en Estados Unidos.

Pero *Mercancía robada* no es un libro de tesis sobre ese oscuro mundo que tan pingües beneficios tiene en nuestro país (unos 4100 millones de euros) gracias a las rendijas de una legislación laxa; estamos ante una novela con mayúsculas, bien escrita, sin imposturas, que avanza como un soplo aunque duela, y mucho, al leerla. El lector enseguida se mete en la cabeza, y en el cuerpo ultrajado, de la protagonista de este viaje al infierno en el que Lluna Vicens no elude los aspectos más sórdidos y siniestros para armar esta narración impactante con la que aterriza en el mundo

de la novela negra. Si el fin de la literatura es no provocar la indiferencia sino hacer reflexionar y conmover, *Mercancía robada* lo consigue: su lectura no acaba cuando se llega a la última línea. Es un libro que no se olvida porque está escrito con las tripas y desde el dolor. Es una novela catártica.



Reseña: *Agitación*, Jorge Freire

Por Ginés J. Vera.

Nuestra sociedad no sabe aburrirse. Creo que este podría ser un buen lema para introducir a grandes rasgos el sentir de *Agitación* (Páginas de espuma), de Jorge Freire.

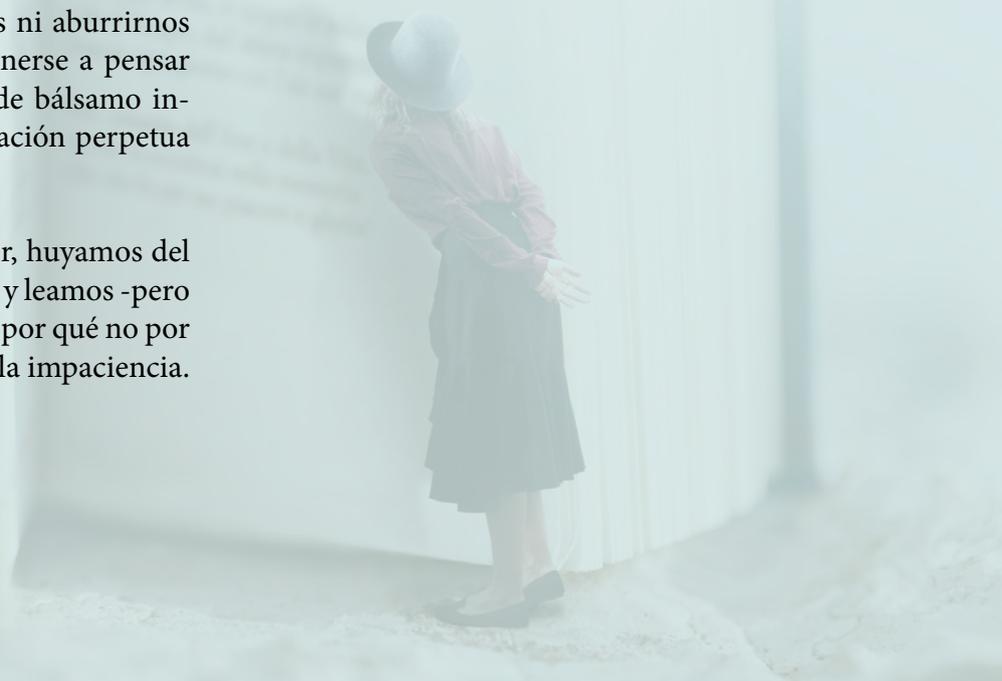
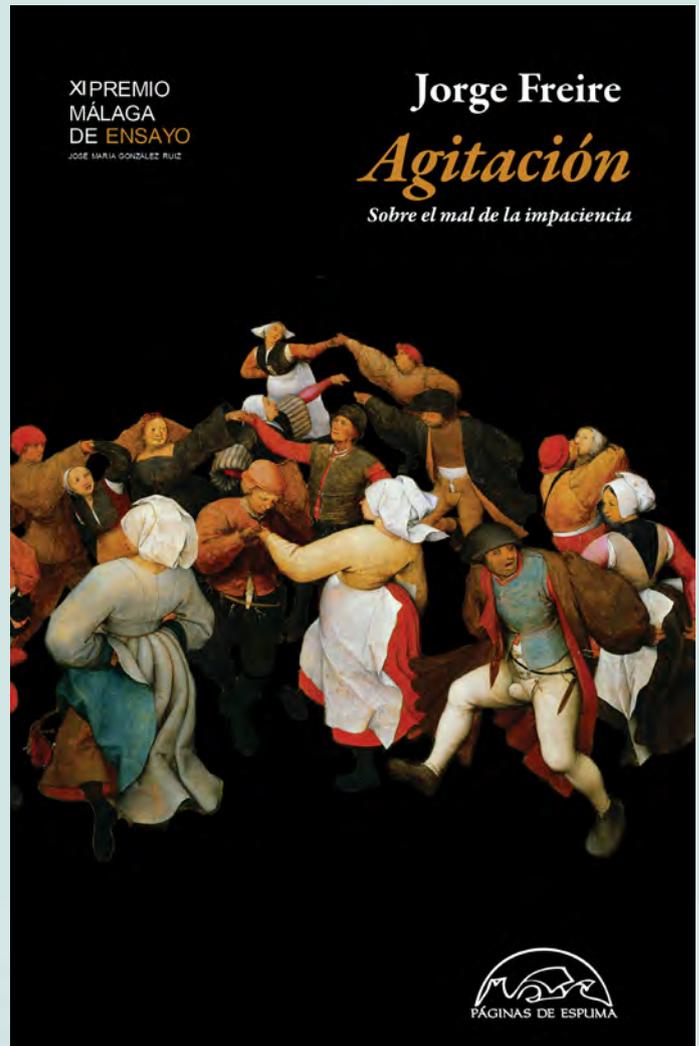
Con su tercer libro, este filósofo, escritor y articulista ha obtenido el XI Premio Málaga de Ensayo. El subtítulo del libro también ayuda a comprender las líneas de este ensayo: “sobre el mal de la impaciencia”.

Entre sus páginas vamos descubriendo que la sociedad agitada se compone de individuos, de Homo agitatus aquejados por aquel mal desde hace tiempo. No es algo actual, aunque nos lo parezca. Freire señala que los grupos humanos ejecutamos la agitación para espantar aquello que más nos aterra. Aunque curiosamente, nos habla también de ciertas paradojas, como la de que “quienes mueven a la agitación no suelen caer en ella”.

Encontramos en *Agitación* varias referencias sobre la labor del periodismo en esta cultura de la agitación. Y es que la cultura y la búsqueda del conocimiento también parece habernos agitado a lo largo de la Historia. Aunque algunas veces, más como individuos, caemos en el esnobismo de querer ser los más cultos, de anhelar la libertad total o lo novedoso sin reflexionar sobre el verdadero sentido de esa búsqueda.

Agitación de algún modo nos agita internamente, nos acerca a los síntomas y nos propone una suerte de medicina del alma a través de la filosofía. Nos movemos, los Homo agitatus no sabemos ni aburrirnos ni quedarnos quietos; siendo así, detenerse a pensar quizá sea una suerte de redención o de bálsamo insumiso a quienes nos imponen la agitación perpetua hacia unos ideales vacuos.

Bajémonos de la rueda del hámster, huyamos del mandato del goce obligatorio impuesto y leamos -pero por el puro placer de leer-, empecemos por qué no por este *Agitación* y exorcicemos el mal de la impaciencia.



Reseña: *Cocina de resistencia*, Alberto Chicote

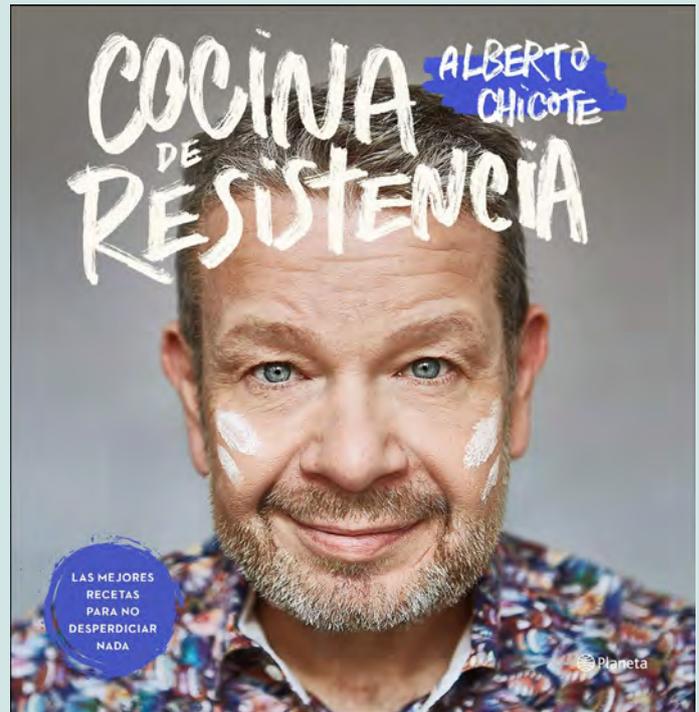
Alberto Chicote (Madrid, 1969). Soy cocinero y presentador de televisión. Asumí mi primera jefatura de cocina a los 27 años, y a los 30 tomé el mando del restaurante Nodo, donde por primera vez se planteó una cocina de fusión japonesa y española. Más adelante, compaginé esta con la jefatura de Pandelujo, una casa de comidas renovada para el siglo XXI. En 2012 empecé a grabar la edición española de *Pesadilla en la cocina*, de la que ya van siete temporadas emitidas. Desde entonces, he trabajado en varios programas de éxito como *Top chef*, *¿Te lo vas a comer?*, *Dietas a examen* o *El precio de los alimentos*, y he acompañado a los espectadores en las campañas con las que despedimos cada año. En 2014 abrí mi primer restaurante, Yakitoro, una taberna japonesa con una cocina de fusión española y japonesa. En 2016 abrieron sus puertas una segunda taberna y el restaurante Puertalsol, con una cocina clásica de arraigo madrileño. Tras muchos años de éxito al frente de Yakitoro, a finales del 2020, Inma —mi mujer, mi compañera y mis manos derecha e izquierda— y yo dejamos su dirección para poner en marcha nuevos proyectos en los que, desde entonces, estamos enfrascados e ilusionados.

Por Ginés J. Vera.

No me he acercado a *Cocina de resistencia* (Planeta), de Alberto Chicote, por lo mediático de su autor. Aunque a estas alturas, hay que reconocer que tras Karlos Arguiñano, es el más reconocible cocinero de nuestra pequeña pantalla.

Decía que me interesó *Cocina de resistencia* no por el autor, sino por las recetas. Y ya adelanto que no son recetas refinadas, de las de tres estrellas Michelin o alrededores. Desde el título me llamó la atención que fuera un libro de cocina responsable. Cocina de aprovechamiento, vamos. Algo que durante generaciones se hizo por necesidad en muchos hogares españoles y, lo que son las cosas, volvemos a ello con más o menos afición.

Chicote presenta el libro animándonos a que sigamos sus pautas como quien transita por un bosque. Hay un camino, una guía, aunque podemos hacer nuestro propio camino. De esta guisa, además de unos consejos fundamentales a la hora de ir a la compra y preparar lo adquirido en casa, nos expone por secciones a leer y a cocinar casi a partes iguales. Donde digo leer subrayo el verbo.



Chicote ameniza, por no usar el celebre verbo maridar, cada receta con una anécdota o similar. Nunca ha sido muy panadero, nos asegura en la de tortas de aceite supearomáticas; en la de la salsa mahonesa comenta que esta es una salsa de origen español, una de las grandes salsas básicas incluida en los grandes tratados de cocina internacional. La Inmapizza, por ejemplo, recibe ese nombre porque se la dedica a su mujer... Y aunque también le hace guiños, en otras, a algunos profesionales del sector, me quedo por ejemplo con sus anécdotas de la infancia, como el bizcocho Purita, cuando era un chaval viviendo en Carabanchel, o ese juego con su hermano a la hora de comer canelones.

No me olvido de lo importante, el aprovechamiento. Esos restos de cocido para unas croquetas. cómo aprovechar las pechugas de pollo para hacer cachopollos (una versión libre de los escalopes Cordon Bleu) o ese tatin de albaricoques en el que hace una encomiable defensa de la fruta de temporada en un mundo globalizado donde podemos adquirir casi de todo casi todo el año.

No me extiende, mejor os acercáis al libro. A este *Cocina de resistencia* donde podréis leer y pasar a la acción celebrando sus propuestas culinarias con la manos en la masa. Que las disfrutéis.

Reseña: *Salud con razón*, Dra. Judit Soto

Judit Soto (Barcelona, 1994) es médico, graduada en Medicina por la Universidad Autónoma de Barcelona y máster en Nutrición Clínica y Endocrinología. Apasionada tanto de la cocina como de la nutrición, unió ambas aficiones en su cuenta de Instagram (@dracookinghealthy) y en un blog bajo el mismo título. Dedicada a la divulgación en los ámbitos de su especialidad, Soto es también autora de *Recetas sin fibra*, donde habla sobre cómo prevenir y mejorar enfermedades con una buena alimentación.

Por Ginés J. Vera.

Llega a las librerías *Salud con razón* (Paidós), de la Dra. Judit Soto, y lo hace en un momento clave. Sí, porque hasta que el celeberrimo CoVi llegase a nuestras vidas uno de los grandes problemas de salud no solo de España sino de los países occidentales eran las enfermedades cardiovasculares.

Las estadísticas son demoledoras. La pandemia ha dejado huella y, con suerte, regresaremos a cierta normalidad sanitaria. Una normalidad que nos habla de las enfermedades cardiovasculares como principales causantes de la mortalidad. También de las secuelas de estas y otras patologías relacionadas con nuestros hábitos de vida poco saludable. Porque tal y como nos ilustra la Dra. Soto en *Salud con razón* conocemos los mecanismos por los cuales esas enfermedades dañan nuestro organismo y, por tanto, cómo prevenirlas.

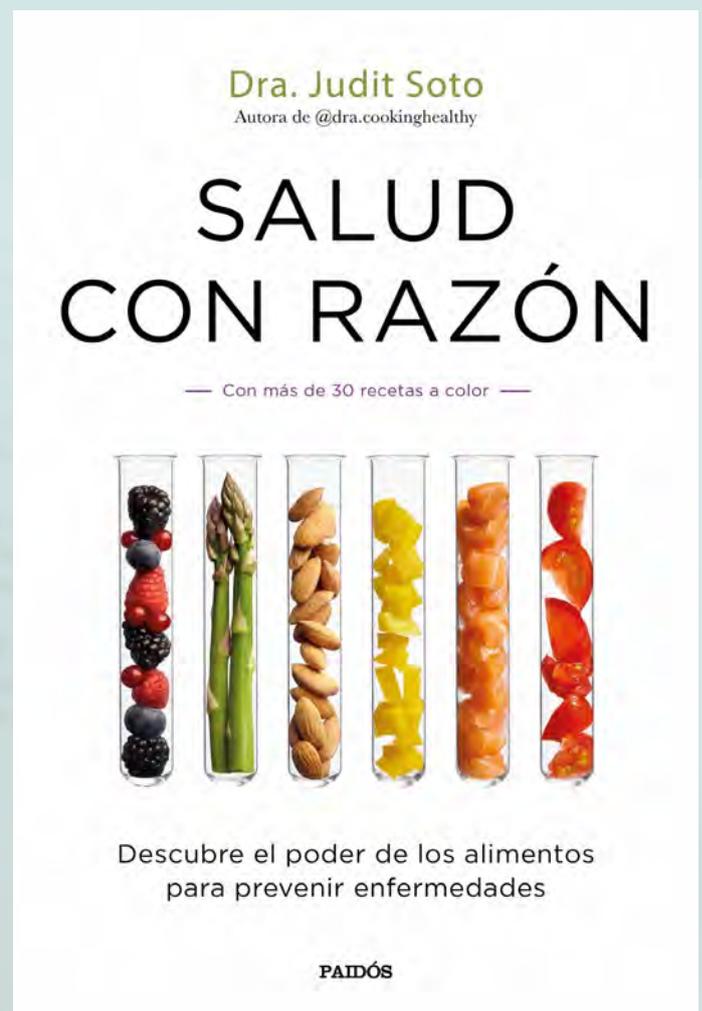
Salud con razón repasa conceptos como la salud, los prejuicios adquiridos, cuáles son las enfermedades asociadas al bienestar (o a su pérdida), cuál es el resultado de una mala dieta o si es tan “milagrosa” la célebre Dieta Mediterránea. No ha de asustar leer qué es la hipertensión o cómo podemos prevenirla, como tampoco las enfermedades asociadas a elevados niveles de colesterol, grasas saturadas, la hiperglucemia o el síndrome metabólico. *Salud con razón* mira con optimismo a quienes nos acerquemos a este libro.

La bibliografía queda al final, para quienes quieran consultar las fuentes y estudios científicos en una era marcada por las *fake news*, sobre todo en temas de salud. Nada nuevo, en eso estaremos de acuerdo. Hay una cuarta parte en *Salud con razón* que también quiero destacar, es la que incorpora 30 recetas inspiradas en la Dieta Mediterránea. ¿Por qué? Porque nos

hemos acostumbrados a que si no nos duele nada estamos bien, y las enfermedades cardiovasculares a veces juegan al despiste, cuando avisan suele ser demasiado tarde. Pero nunca es tarde para cuidarse, para prevenir y mejorar nuestra calidad de vida.

Las recetas, como decía, inciden en el hecho de que cuidarnos ni debe ni tiene por qué ser aburrido o complicado. Un poco más de fruta, verdura, frutos secos, algo de ejercicio y restringir hábitos nocivos es la mejor medicina como seguro nos aconsejaría Hipócrates si estuviera por aquí. Y de gustarle la cocina seguro que también querría hincarle el diente a un gazpacho de cerezas, a un *ratatouille*, a un falafel con salsa tahini o a una naranja helada.

Empecemos a cuidarnos hoy para tener una estu-penda calidad de vida desde hoy hasta el máximo que podamos.



Reseña: Un abrazo lector, *El artista que pintó un caballo azul*

Eric Carle

Por José R. Cortés Criado.

“Soy un artista y pinto un caballo azul y un cocodrilo rojo y... Soy un artista.” Eric Carle: *El artista que pintó un caballo azul*.

Es un libro de pastas y hojas de cartón, con las esquinas tomas, adecuado para los primerísimos lectores, ya que está encuadernado para que resista golpes, mordiscos y lametones infantiles.

Su interior es maravilloso. Cada doble página es una ilustración. En la primera y en la última vemos al pintor en su estudio en plena faena artística y, en las demás, cada una de sus originales creaciones.

Este artista, como cualquier niño, puede colorear los animales dibujados según le plazca, no sigue los cánones del realismo para dotar del color correspondiente a cada animal en el mundo natural. No, el artista pinta como siente y le apetece.

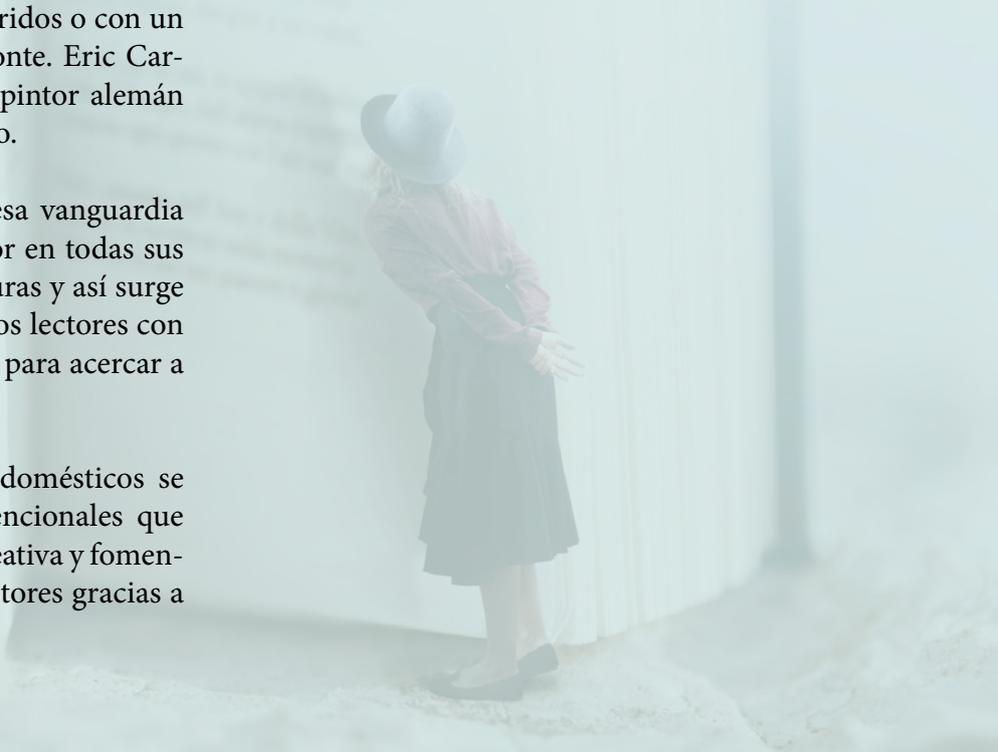
Por eso veremos un caballo azul, un cocodrilo rojo, un oso polar negro, un conejo rosa... todos en movimiento, mostrando su nueva imagen con orgullo, como el burro multicolorido.

Las imágenes tienen mucha fuerza, tienen volumen, parecen formados por diferentes piezas de color, donde priman las texturas variadas, sobre fondos varios, unas veces lisos, otras muy coloridos o con un simple brochazo para marcar el horizonte. Eric Carle pintó este caballo azul en honor al pintor alemán Franz Mar, precursor del expresionismo.

Eric Carle está influenciado por esa vanguardia pictórica y pinta haciendo uso del color en todas sus tonalidades empleando diferentes texturas y así surge este libro para los prelectores y primeros lectores con un texto muy sencillo que da la excusa para acercar a los niños la gama cromática.

Los animales, ya sean salvajes o domésticos se presentan con unos colores no convencionales que dan mucha importancia a la libertad creativa y fomentan la imaginación de los pequeños lectores gracias a su estilo libre de convenciones.

Es un libro precioso. Nada más abrir las páginas te atrapa dada la calidad de las ilustraciones y la fuerza del color.



Reseña: Un abrazo lector, *Un Bosque en el aire*, Beatriz Osés

Este libro obtuvo el XLIII Premio Barco de Vapor en 2021.

Por José R. Cortés Criado.

“Había pensado que podríamos derribar las paredes de la casa para que el olivo gigante y los otros más pequeños puedan crecer a sus anchas.” Beatriz Osés: *Un bosque en el aire*.

Sin duda, un libro muy divertido. Nadie puede imaginar dónde nos lleva Beatriz Osés viendo la portada del libro, y no es para menos. Imaginé que sería una historia de niños en un bosque normal y corriente, pero no es así.

Los dos primeros personajes que aparecen son un padre y un hijo supermodernos. El joven, un adolescente que de vez en cuando intercala alguna expresión en inglés, para que veamos el nivel de su super colegio; por otro, el padre, señor maduro, separado, empresario de la construcción venido a menos y con muchas horas de golf y gimnasio en su cuerpo.

Cuando peor está la situación económica de este, recibe una oferta de su padre, también empresario, pero que dio un giro a sus negocios y apostó por las energías renovables. Le ofrece la herencia en vida a cambio de un trabajito. Se trata de crear un bosque.

Lo que parece una locura, lo es y resulta una locura adictiva, puesto que todos los demás personajes apoyan la idea y desean fervientemente que aquel seccarral pase a ser un bonito bosque. Al afán por preservar el medioambiente se unen niños, viejos y jóvenes.

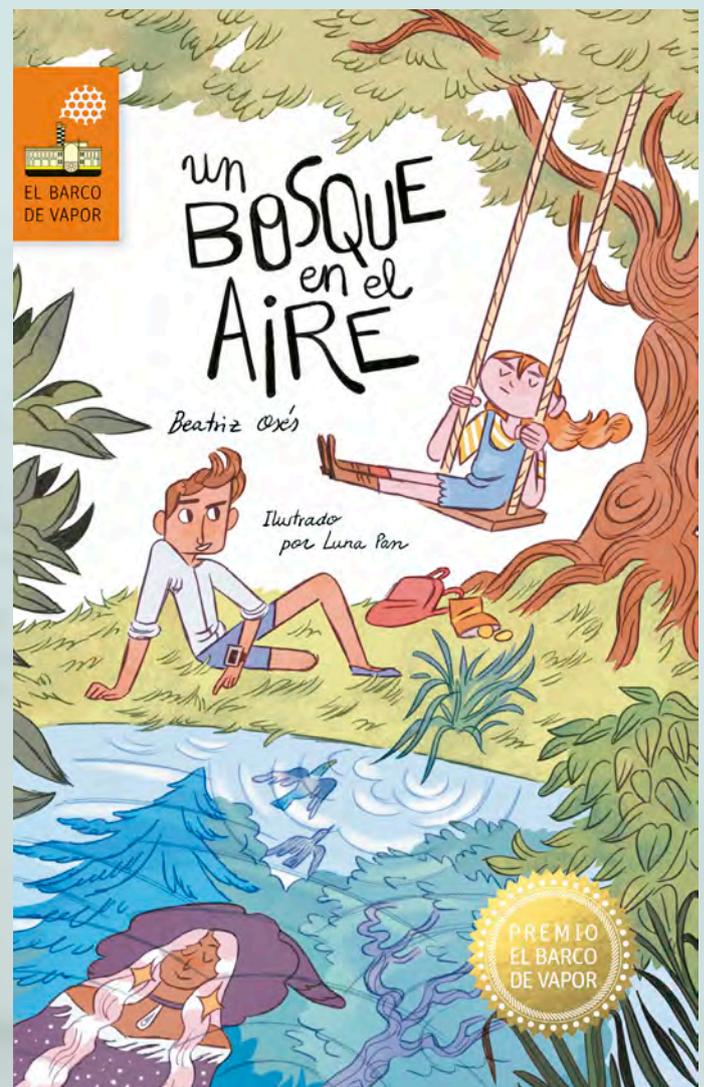
Los vecinos del lugar son muy especiales. Todos tienen su historia particular, empezando por el abuelo y terminando por la japonesa despistada que creyendo llegar a Barcelona acabó en Solana del Infante, llamada Katsumi, que entre otras cosas compone haikus.

Hay dos hermanas ancianas y campeonas de halterofilia, que cuando jóvenes conocieron a dos mozos que luego desaparecieron de su vida; un señor muy cegarato, por haber aceptado ser probador de videojuegos; un señor soltero que tiene hijos gracias a un árbol, su historia es muy curiosa; una niña que sabe más de lo que parece, un notario-médico-mecánico, un tabernero... En fin, un grupo único, al que habría que añadir una singular bruja.

Al chico de ciudad se le cae el mundo encima, junto a su reloj ultramoderno y su asesora virtual y su navegador última generación; al padre se le abre una nueva oportunidad, aunque no cree que sobrevivirá ante tanto personaje estrambótico y tantos árboles que plantar.

Dentro de esta historia hay otras muchas, que nadie puede sospechar que hayan ocurrido en aquel paraje. Cada uno de los vecinos tiene su vida y su pasado. Ningún lector se sentirá ajeno a lo que le cuentan y sentirá que forma parte de ese grupo tan heterogéneo y tan interesante. Es un guiño a la oralidad que envuelve al ser humano desde la noche de los tiempos.

Es una divertidísima historia llena de recovecos que hará pasar un buen rato a los lectores. Está ilustrada por Luna Pan, que con dibujos sencillos a todo color que nos muestran a tan singulares protagonistas y sus reacciones.



Reseña: Un abrazo lector, *La mujer del retrato*, Mónica Rodríguez

Por José R. Corés Criado.

“¿Quién eres, quién soy? Esa fue la pregunta de mi infancia. No me reconocía en las otras niñas. Tampoco en los niños.” Mónica Rodríguez: *La mujer del retrato*.

Los lectores se enfrentan a la vida de una ilustre española, Concepción Arenal, lejos de su papel como mujer adulta y centrada en su infancia. En ese periodo de nuestras vidas en el que se va moldeando el carácter.

La imagen de esta pensadora, siempre es la de una señora de semblante severo. Además fue periodista, poeta, dramaturga, experta en Derecho y pionera del feminismo en España fue una precursora del Trabajo Social en nuestro país, y denunció las situaciones en las cárceles, la mendicidad...

Gracias este libro vemos la otra Concha, la niña y joven que se enfrenta a la vida con ganas de aprender y razonar. Su pasión son los libros, sus ideas son liberales y progresistas para la época. Su padre es su mentor y su guía, a pesar de morir joven y dejarla huérfana de la figura paterna y de las ideas liberales, frente al conservadurismo de su madre.

Conchita no entiende la sociedad que quiere que las mujeres sean simples adornos, no cree que su futuro dependa de encontrar un buen marido; para ella la vida es disfrutar del campo, de los seres queridos y aprender en los libros; después vendrá su lucha para hacer realidad sus deseos.

Mónica Rodríguez ha sabido crear un texto sencillo y complejo a la vez, que nos hace reflexionar como si fuésemos la protagonista. Sentimos sus dudas, sus anhelos, sus pasiones y nos identificamos con ella página tras páginas. El resultado es una historia totalmente creíble cargada de sensibilidad.

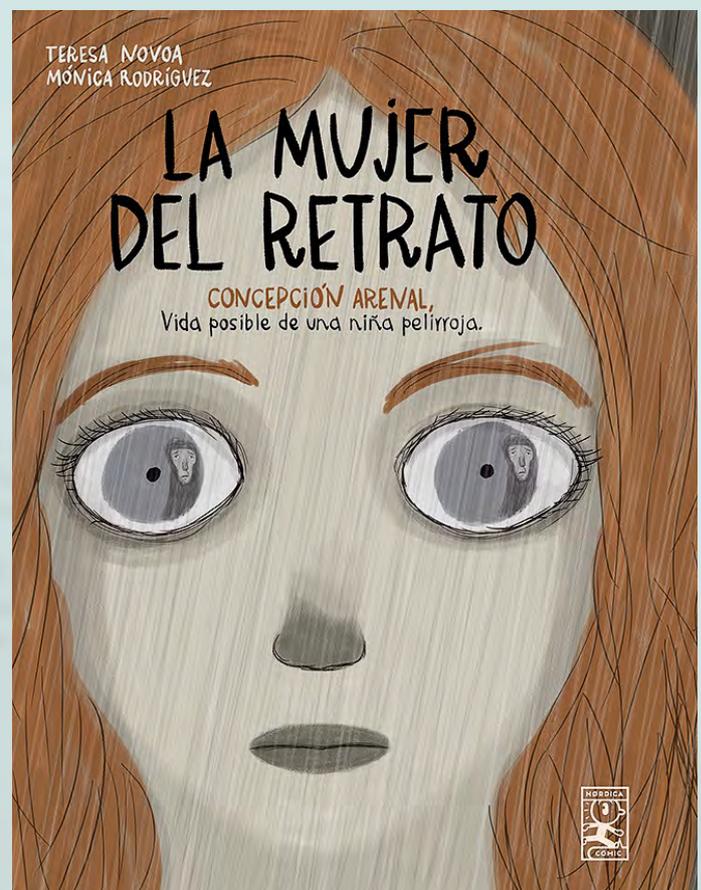
La escritora resume muy bien su vida cuando dice: “Es una mujer increíblemente inteligente, y debía darle mucha rabia que hombres menos inteligentes pudiesen hacer cosas que a ella no le permitían. Ahí tuvo esa lucha de identidad y también contra la sociedad, porque era terriblemente injusto que no pudiese participar de esa, entonces, vida de hombres”.

Al texto se unen las imágenes creadas por una tataranieta de la protagonista que, a partir de la novela escrita por Rodríguez, ideó unos personajes y unos marcos donde se desarrolla la infancia y juventud de esta mujer tan singular.

Teresa Novoa nos presenta unas imágenes sencillas, con poco color; predominan blancos y negros con su gama de grises y algunos tonos verdes y el pelo rojo, que enmarca esa cara de ojos enormes.

Hay páginas muy seguidas como la despedida de Conchita de sus montañas, la ciudad de Madrid o sus dudas existenciales. Son dibujos sencillos cargados de sentimientos y matices que atrapan al lector.

Creo que este libro, que lleva como subtítulo, Concepción Arenal. Vida posible de una niña pelirroja, gustará a los jóvenes lectores porque en él verán las inquietudes de una persona que no se conforma con llevar una vida anodina.



TERESA MARTINIC

Vicky



TORRE DE LIS

Artículo: Virginia Woolf

Por José Luis Muñoz.

El 25 de enero pasado, se celebraba el aniversario del nacimiento de Virginia Woolf, en Kensington, Reino Unido, una de las escritoras más extraordinarias que ha dado la literatura y yo descubría, fascinado, sus libros en la inabarcable biblioteca de mi padre gracias a su escrupuloso orden alfabético que yo mantengo en la mía siguiendo las enseñanzas prácticas de mi progenitor. Tenía 16 años cuando el lector precoz que yo era leyó *Al faro*, *Las olas*, *La señora Dalloway* y *Orlando*. No eran de lectura fácil. Se escapaban esas novelas de la narrativa convencional para derivar a una especie de género mixto entre esta y el ensayo. Leyéndolas se podía adivinar el alma atormentada de una mujer que escribía desde el dolor sin saber que su obra iba a ser tan trascendente. En unos tiempos en que la mujer estaba relegada a acompañar y apuntalar al marido, la británica nacida en Londres se erigió como un estandarte del feminismo, pese a adoptar forzosamente el apellido de su cónyuge, como miembro del selecto grupo de Bloomsbury en el que estaban E.M. Foster, J.M. Keynes, Bertrand Russell, Ludwig Wittgenstein, Gerald Brennan, Dora Carrington, Lytton Strachey, la elite de los escritores, poetas, pintores, economistas y filósofos de su tiempo.

Virginia Woolf debió heredar los genes literarios de su padre Leslie Stephen que era novelista y ensayista. En el hogar de la joven Virginia se respiraba literatura por todos los poros porque lo frecuentaban gente como Thomas Hardy o Henry James. Esa Virginia Woolf de la alta burguesía británica, crecida en un exquisito ambiente victoriano, pasaba los veranos junto a la playa, en Cornualles, en la regia casa de Tolland House desde donde podía ver perfectamente la silueta del faro de una de sus novelas.

La muerte y la desgracia la acecharon durante toda su vida y dejaron su impronta en su literatura, un poso dramático indeleble y una tendencia autodestructiva. Pierde a su madre a los 13 años, y a su hermana Stella dos años después, durante su noche de bodas a causa de una peritonitis. Cuando, poco más tarde, muere su padre, se produce su primera crisis nerviosa, agravada por los abusos sexuales que sufrió a manos de sus hermanastros George y Gerald Duckworth. Todos estos acontecimientos influyen en su disfuncionalidad mental que la acompañará durante toda su existencia.

Una Virginia Woolf de treinta años se casa con Leonard Woolf, un judío escritor y editor con el que crea la editorial Hogarth Press que publica a Katherine Mansfield, T.S. Elliot, Sigmund Freud y toda la obra de la escritora. Inicia, dentro de un matrimonio abierto, una relación amorosa con la también escritora Vita Sackville-West a quien dedica su novela *Orlando*. A los críticos de la época les cuesta tiempo entender la obra de esta exquisita escritora, más reflexiva que narrativa, y no la reconocieron hasta la publicación de *Al faro* y *La señora Dalloway*. Virginia Woolf practicaba una literatura intimista a través de la cual desnudaba su alma, algo más propio de la poesía que de la narrativa. El trastorno bipolar que padecía y la sumía en periódicas depresiones, la secó literariamente hablando hasta el punto de que llegó un momento que ya no pudo escribir más, y para ella no había vida más allá de la literatura, y fue cuando se quitó la vida arrojándose a un río y dejando a su esposo Leonard una de las más emotivas cartas de despedida jamás escrita: "No puedo seguir arruinando tu vida durante más tiempo", le dijo.

Hoy, Virginia Woolf, sigue más viva que nunca y la reviviré de forma particular entre las líneas de una edición de su novela *Orlando* de la Editorial Sudamericana de 1943, ocho años antes de que yo naciera, traducida del inglés por Jorge Luis Borges, un lujo que puedo permitirme gracias a mi progenitor. Ese libro, una de las muchas joyas de mi biblioteca, es el hilo invisible que me une a la escritora británica y a mi propio padre.





PUPE'

WWW.PUPEILUSTRA.COM

@pupeilustra • hola@pupeilustra.com







CASAS ENCANTADAS DEL MUNDO

Jose Manuel García Bautista



TORRE DE LIS

Relato: *El hotel encantado del Salto de Tequendama*

Fragmento del libro *Casas encantadas del mundo*

Jose Manuel García Bautista



Es, sin duda alguna, uno de los lugares más emblemáticos que podemos encontrar en Colombia si queremos realizar un viaje de misterio, un viaje en busca de las casas encantadas y edificios embrujados, es el lugar donde se enclava el mítico hotel del Salto de Tequendama.

Es el edificio más encantado y con más historia, paranormal, del país. Allá donde el viajero ve interrumpido su descanso debido a los misteriosos hechos narrados en su interior y que, poco a poco, comprueba como la realidad supera a la ficción.

Se enclava en un paisaje natural donde una impresionante cascada encastrada en la roca y vegetación de la zona llama poderosamente la atención. El agua cae desde una altura de 127 metros y suele ser uno de los lugares más visitados del país, allí, majestuoso, dejando ver las líneas clásicas de su arquitectura, se alza, impertérrito, el viejo hotel, allá donde se unía la vida y la muerte o se dejaba a aquella para encontrar a esta.

Fueron mis buenos amigos Juan José Revenga y Lorenzo Fernández Bueno los que me hablaron de este lugar y de sus misterios, hoy he tenido la oportunidad de visitarlo, de investigarlo y de dejarme llevar por su encanto y por las terroríficas experiencias que en su interior se cuentan.

El edificio es muy antiguo, casi un siglo lo contempla. Fue construido en 1923 por una empresa alemana y se inauguró en 1927, siendo iniciativa de Pedro Nel Ospina, presidente de la época; era ciertamente elitista,

ta, donde lo más granado de la sociedad capitalina se reunía, si bien se pretendía que fuera una estación de tren. Las vistas y el entorno hicieron que se convirtiera en un centro social muy popular. Desde el acantilado se domina el horizonte y no fueron pocos los que acudían al lugar para lanzarse al vacío, suicidarse y perder la vida. Ello hizo que el hotel fuera perdiendo el glamour de antaño y se fuera quedando lastrado en el olvido, tomado por el tiempo. Comenzaron a proliferar historias de fantasmas y apariciones espectrales en su interior y comienza su historia paranormal.

En Colombia lo llaman, popularmente, como el Lago de los Muertos, y se advertía a los suicidas la prohibición de acercarse demasiado al precipicio para evitar muertes. Pero aun así, estas se producían. De entre los casos más llamativos encontramos el de una religiosa, una monja que cayó desde aquella altura.

En 1932 fue Alberto Campos el que decidió perder la vida en el Tequendama, dejó una carta en la cual se podía leer: “No culpen a nadie de mi muerte ni digan otra cosa que la siguiente. Estaba satisfecho de la vida y no quería vivir más. A mi padre tenga valor para no demostrar su pena. A mi amor: te quise y muero con el deseo de que no sufras demasiado. A mi hermano, mucho juicio de ahora en adelante (...)”, tal y como publicó el periódico El Tiempo.

María Prieto tenía 18 años solo y pertenecía a una distinguida familia de la ciudad, pero el amor y el desamor no atiende a la posición social y también quiso dejar una nota de suicidio: “Por la ingratitud de mi novio, me confundo en la profundidad del misterioso Salto de Tequendama. María”.

Mi buena amiga Mado Martínez publicó un libro sobre los misterios de Colombia y a ella Francisco Guacaneme le narró como en el lugar, cierta noche, pudo escuchar un susurro de otro mundo; a aquel susurro le acompañaron una serie de ruidos extraños y el ladrido inquieto de los perros. Pero el susurro volvió a surgir con fuerza verbalizando el nombre de Francisco. Encendió la luz y solo pudo notar un frío gélido que le calaba cada poro de su cuerpo. Salió de la habitación y, a cierta distancia, pudo ver el deambular

de una monja inexistente: “Traté de preguntarle qué hacía allí, pero no recibí respuesta. Luego ella se giró y caminó hacia la oscuridad de una colina para nunca más volverla a ver”.

Edwin Robles, investigador y experto en temática paranormal, explicó a Mado Martínez cómo acudió junto a un grupo de trece personas al hotel del Salto de Tequendama, una de las personas que le acompañaba quiso inspeccionar de forma independiente el edificio, la casona de tres pisos con dos sótanos, en la oscuridad de la noche: “La casa abandonada tenía las paredes peladas, llenas de grafitis, sin suelo; pisabas sobre la arena; las ventanas sin vidrios”, narraba Robles en Colombia Sobrenatural. Después de media hora buscando a la joven, Edwin Robles, con cámara de visión nocturna, bajó a la zona de los sótanos: “De repente apareció la muchacha, que estuvo perdida por alrededor de una hora”. Era como si hubiera perdido la noción del tiempo.

En el edificio, a decir de los testigos, se producen todo tipo de fenómenos extraños, apariciones y parafonía, es el lugar más encantado de Colombia y hoy es la Casa Museo Salto de Tequendama Biodiversidad y Cultura. El hotel El Refugio del Salto, es un Museo, donde muchos viven de forma muy especial el misterio que él encierra y que tiene que ver mucho con ese temido más allá. Atrás quedó el Salto de Tequendama, en el kilómetro 5,7 vía Mesitas, vereda San Francisco, Soacha (Cundinamarca), con mi gratitud a los que me enseñaron que lo imposible también tiene un hueco en este entorno indescriptible.

Fin

© Jose Manuel García Bautista



Relato: *Indelenda*, Julián Granado

Relato premiado en el Concurso de Cuentos “Trilce” (Sidney, Australia, 2020).

Pero, ¿dónde vas, muchacho? ¿Adónde te crees que vas, trepando sobre mis hombros?

Si continúas la escalada, terminarás por resbalar y partirte la crisma. Mira que este mármol es pulido como el vidrio. No en vano fue extraído, por deportados, de la veta más rica y profunda que se encontró en el yacimiento.

Una vez seleccionados, los mejores bloques serían enviados a la capital para destinarse a mi efigie, que se erigió en el centro de esta Gran Plaza del Pueblo, abierta al río. Y frente a él me instalaron, para ver pasar sus ondas por toda la eternidad.

Que por cierto ha sido efímera. Me inauguraron al tercer año de mi muerte, aprovechado para trasladar aquí los restos de *bélà Imre*¹. Pero solo quince años después, con estos ojos de piedra vi navegar río abajo una barcaza en la que viajaban ocho o diez hermanas mías, de tamaño natural y en distintas poses. Todas compartiendo esa inclinación diagonal, tan distintiva de mis comparecencias públicas, como si desafiara al tiempo o tirara de él.

Así me echaba yo hacia adelante para arengar a las masas, y así me inmortalizaban esas estatuas menores. Habían presidido plazas de la Revolución, asambleas provinciales y tribunales populares, antes de ser adquiridas por un americano coleccionista de leyendas en trance de extinción. Protegidas de la lluvia por un toldo cochambroso, les chorreaba el agua por el mentón y les goteaba de la perilla.

Ya les habían cambiado el nombre del Padre de la Patria a incontables institutos, granjas, embalses, avenidas, factorías o incluso accidentes geográficos. Derogaron la Constitución que yo había promulgado, y se atrevieron a sugerir incluso que el Partido del Trabajo fuese declarado ilegal. Pero jamás creí que se atrevieran conmigo, el alma en piedra de la lucha y la emancipación.

Siempre traté de inculcarles a mis sucesores que, precisamente porque lo amamos y conocemos, no entendemos que el pueblo sea tan inteligente como lo

consideran las democracias capitalistas. Carece, por ejemplo, de la capacidad de abstracción precisa para comprender una revolución. Eso es algo que nunca conseguiremos imbuirles a las masas, nos resignamos a manejar sucedáneos que, paradójicamente, nos suministra una fuente denostada como la religión. Previa sustitución del concepto de *divinidad* por el de *socialismo*.

Poco importan los medios, con tal de que los cultos revolucionarios también se articulen alrededor de un centro *litúrgico*. Como el reguero humano que a cualquier hora del día esperaba su turno para visitarme. Penetraban por una portezuela bajo mi nuez, flanqueada por los dos soldados que montaban guardia a la altura de mis yugulares. Eran obreros y campesinos que peregrinaban una vez en la vida, para pasar bajo la sombra terrible del hombre que, sin embargo, mejor entendió las limitaciones de su pueblo. Esa inepcia, irremediable como la tierra arisca de este pobre país, que tanto esfuerzo reclama para el parco fruto que devuelve.

Por entonces los labriegos que venían a verme olían a tierra, y los porqueros a cerdos y los metalúrgicos a grasa. Nadie disimulaba su origen ni condición. Las clases se habían abolido, el igualitarismo era el patrón a seguir, y la estética de la multiplicidad estaba prohibida.

¡Qué distinta aquella pobre y noble gente de ti! Con esa ropa deportiva tres tallas mayor que tú, las voluminosas zapatillas que te habrás agenciado en el mercado negro y el reluciente casco rojo, apenas he podido identificar tu procedencia. Hasta que me he fijado en los aceitosos rizos de tu cabellera, y en tus ojos cenicientos y tus maneras sigilosas: tú eres un turco-albanés del Kratzevo.

Tus padres andaban desperdigados por el país, hostiles o ajenos a la Revolución. Para implicarlos en ella, el Comité Central decidió concentrarlos en la cuenca hulla. El trasplante demográfico fue arduo y complejo. Hubo influyentes líderes de la etnia que se declararon en rebeldía, otros que practicaron actos de sedición o sabotaje... A todos se fusiló, pero esas actividades retrasaron no poco la repoblación. Se hizo preciso construir pueblos enteros de naves comunitarias en las que alojar a aquellos turcos renuentes. Que rendían con baches periódicos y deliberados, a los que el Estado respondía con reducciones de la ración cárnica mensual.

¹ *El tío Imre*, apodo popular por el que era conocido el líder comunista Imre Dmitrov (1915-1975).

He recordado el éxodo de los tuyos viéndote regresar a la capital de la que, ¡quién sabe!, tal vez partieras siendo muy niño aún. Ahora llegas masticando chicle y braceando como un negro del Bronx, los cascos en las orejas y el walkman a la cintura. Tú también soñarás con emigrar a América, claro...

¿Sabes? Yo, como tú, aprendí inglés por mi cuenta, y acudí a convenciones políticas que me permitieron conocer Roma, París, Londres, los placeres suntuarios de la Costa Azul... Incluso me invitaron a un pleno de las Naciones Unidas. Fue precisamente a mi regreso de Nueva York cuando decidí expulsar a los pocos embajadores occidentales aún acreditados en nuestra Patria, cerrando tras ellos las fronteras.

Tal vez sea por hacer méritos que, antes de intentar la aventura de la expatriación, te dispones tú a cumplir el encargo del actual gobierno. Han tenido que recurrir a un experto y resabiado dinamitero del Kratzevo para volar el recalitrante busto de *bélà Imre*, último de los emblemas que quedan en pie de la tiranía.

A los mineros os faltó tiempo para promover los primeros disturbios cuando nos alcanzó el seísmo liberalizador de la *Perestroika*. Secundando a los polacos de Gdansk, os apresurasteis a fundar vuestro sindicato, a imagen y semejanza de *Solidarnosc*. Y envalentonados por las vacilaciones del pusilánime Mirov², os sublevasteis ya sin tapujos contra el régimen socialista.

Los respetables políticos de nuevo cuño te envían ahora con esa mochila de cargas explosivas, que vas introduciendo en los poros de mi piel. Siempre al ritmo descoyuntado del break-dance, como un profesional carente de pasiones viscerales. Pero yo imagino que me odias de una forma imprecisa. En la misma medida que me temes, y por eso evitas encontrarte con mis ojos de basalto. Te sobrecoge el monstruoso crimen en que incurre todo iconoclasta.

Lo sé por propia experiencia. Yo profané muchas imágenes sagradas. La de un rey coronado, la de algunos sables presuntamente invictos, la de varios intelectuales en proceso de canonización... Y esa vesania iconoclasta, tan humana, me persigue ahora en la eternidad de la piedra. Siento como si fueran de barro mis cimientos, allí donde la urna contiene una momificada prolongación de lo que fui en vida. Y no me horrorizo por el dolor que ocasioné, no. Ni por la sangre

que vertí... Solo que no me deja morir del todo, para vivir en la perpetuidad incuestionable de las estatuas.

De hecho, creo experimentar más emociones ahora que no puedo expresarlas. Y eso, para una estatua, es una enfermedad. Tuve la impresión de padecerla cuando me percaté de que planeaban acabar conmigo, y la pena que eso me produjo no hizo sino confirmar el fracaso de mi condición marmórea.

El primero de los indicios premonitorios había sido la visita de Tibor Drusikja, mi fiel amigo Tibor, que me miraba compungido desde un costado de la plaza. Se juntó a su alrededor una congregación de viejos, y desplegaron una pancarta en la que se leía "*De malos patriotas es olvidar a sus héroes*". Ese mismo día se reunió a mis pies una pequeña legión de obreros, con grúas móviles y maquinaria de transporte. Cual si me colocaran una camisa de fuerza, me lacearon con fuertes vientos de acero, y antes de que me diera cuenta estaban tirando de ellos. Querían despedazarme, destrozando lo que habían levantado piedra a piedra años atrás. Los neumáticos patinaban sobre los adoquines, mientras los motores resoplaban apurados al límite y yo me afianzaba con sorda rabia sobre el terreno. No sé si esto último influiría en la rotura final de los cables, que saltaron como cuerdas de violín segadas por una melodía enloquecida.

El tropiezo no los haría cejar en su acoso. Tampoco abandonaba el tenaz Drusikja. Parecido a mis estatuas que se deslizaron por el Danubio, se le veía hierático bajo la lluvia, la pechera constelada de medallas ganadas en la guerra de liberación. Siempre tocado con la boina que usó mientras luchaba a mis órdenes, en la que había un par de agujeros de bala.

Para la segunda tentativa echaron mano ya de los explosivos, si bien continuaban subestimando mi solidez. Distribuyeron por el mausoleo unos petardos parecidos a los que le arrojábamos al rey Paulus³, ni siquiera comparables a los artefactos que explotaban al paso de los convoyes nazis. Como era previsible, lo único que consiguieron fue resquebrajar el basamento, convirtiéndome así en un coloso amenazado de ruina, pero ni mucho menos derribado en tierra.

El invierno siguiente fue tan conflictivo que me dejaron en paz una temporada. Un banco de concentración se declaró en quiebra, llevándose por delante

2 Petja Mirov, yerno de Dmitrov y sucesor suyo. Fusilado tras la insurrección anticomunista el 25 de diciembre de 1989.

3 El rey Paulus II (1901-1980) fue el último monarca de la dinastía simeónida, liquidada tras la expulsión de los nazis.

los ahorros de los pobres. La gente defraudada exigió el linchamiento de los estafadores, amotinándose contra las autoridades. El presidente liberal Jristo Filipos fue acusado de connivencia con el negocio sucio. Y yo disfruté de una fría satisfacción, la de verles sufrir las mismas calumnias e infundios que ellos habían inventado contra mí después de muerto: que si era un erotómano patológico, que si tenía fabulosas cuentas secretas en Suiza, que si me hacía traer caviar importado y champán francés en los contados vuelos que aterrizaban en nuestro aeródromo...

Ante el clima creado de auténtica guerra civil, intervino un contingente de cascos azules, cuya presencia "neutral" abrió definitivamente las puertas al mercado occidental. A falta de banqueros profesionales pasaron a controlarlo las nuevas mafias de hampones y contrabandistas.

Los buitres del FMI serenaron la situación, imponiendo la política a seguir en lo sucesivo. Y entonces los renegados del comunismo volvieron a la carga contra *béla Imre*.

En el fondo no les faltaba razón, yo también perseguí a los enemigos de mi régimen con saña infinita y hasta las últimas consecuencias. Su anulación política no bastaba, era preciso liquidarlos físicamente. Y aun así tampoco desaparecían por completo, les sobrevivían sus familiares dolidos, sus amigos rencorosos, sus partidarios, y uno a uno había que suprimirlos. Al tiempo que su nombre, multiplicado por las esquinas del país, los documentos oficiales, los textos escolares... Un trabajo ímprobo, a cada paso asaltado por el fantasma fotográfico de su imagen en los archivos. Había que borrarla de todos. Aunque, incluso sin nombrarlo ni verlo retratado, siempre podía haber alguien pensando en él.

Como ocurrió con Barheim⁴, que yo creí definitivamente olvidado y ahora resurgía de sus cenizas, calificado como "el primer demócrata inmolado en las purgas de la era aciaga". Antes de ajusticiarlo, me remitieron una foto suya en el campo de internamiento. Se parece a mi hija y a Mirov, cuando los cazaron en Slavja y se apresuraron a tomar aquella instantánea de la humillación que le daría la vuelta al mundo. Próceres caídos en desgracia. Deslumbrados por el flash que congela esa expresión implorante de canallas arrepentidos, compuesta a instancia de los torturadores.

Al igual que tantas otras, esas muertes las ocasioné yo. La de mi antiguo camarada Barheim firmando sin vacilar la sentencia. Las de mi yerno e hija indirectamente, sus verdugos se ensañaron con ellos porque ya no podían hacerlo conmigo. Sin embargo, eran muertes ineludibles que reclamaba la pira de la Historia. En cambio, la que más iba a afectarme sería la de mi amigo Tibor. Una muerte inútil y estúpida, ocurrida en plena calle durante los tiroteos del pasado invierno. Un francotirador desesperado se sintió atraído por aquel montón de condecoraciones, alguna quizás de oro, y disparó a la cabeza para no manchar de sangre la mercancía. El tercer agujero de la boina, después de tanto falso aviso, fue el mortal.

Carentes pues de cabeza dirigente, los comunistas seniles no vienen ya con su pancarta a darme ánimos. Me encuentro solo frente a este cachorro de barrenero turco-albanés, que va escalando mi frondoso bigote, minando mis orificios... Sin una clara noción del alcance incalculable que tiene su acto de demolición.

Y es que los jóvenes ignoran la real magnitud del pasado, no hay crónica que se lo cuente exactamente. De hecho lo joven y lo viejo son trayectorias destinadas a colisionar, porque ambas concepciones tienen razón a su manera. El error de Gorbachov y los suyos consistió en creer que estaban equivocados, que la razón pertenecía a los jóvenes y había que dársela sin más.

Me pregunto por la cuota de razón que correspondía a los viejos y sanguinarios ministros del rey Paulus, y que les negamos los jóvenes comunistas de entonces. O por la que asistiría a los jóvenes disidentes del 60, esa que sojuzgaron mis viejos y sanguinarios tribunales políticos.

Ahora recorro con la mirada el extenuante perímetro de esta gran plaza que ya no es la del Pueblo. Una de tantas cosas que han cambiado. Como si el propio aire hubiera modificado su composición hasta hacerse irrespirable para mis amigos, desaparecidos todos.

Diviso, eso sí, el edificio del sanatorio en la otra orilla. Realmente una residencia de acogida para antiguos cuadros del Partido, amenazados por la indigencia, los achaques o los ajustes de cuentas. En una modesta alcoba de la primera planta vive aún Zina⁵. Por las mañanas, con un chal sobre los hombros, se asoma a la ventana para comprobar mi estado. La siento murmurar para sí las recomendaciones que toda la vida

4 Ambrose Barheim, estrecho colaborador de Dmitrov, hasta ser ejecutado por desviacionismo en 1957.

5 Zinaida Berdipsova, esposa de Dmitrov, declarada en vida Madre de la Patria.

estuvo haciéndome, acerca de mi atuendo, de las decisiones a adoptar, de las deslealtades que se fraguaban en mi entorno... Resulta curioso que un hombre como yo se plegara al trato maternal que me dispensaba mi compañera. Ahora tiene noventa años, el mal de Parkinson y un atroz reumatismo, pero no ha perdido su firmeza de carácter. Hace pocos años una horda de desalmados, enloquecidos por la escasez de alimentos, trató de asaltar la residencia. Sin amilanarse, la vieja Zinaida organizó la defensa. Los ancianos se atrincheraron tras las ventanas, y ella misma asomó los cañones de una escopeta y comenzó a disparar andanadas, a las que el temblor del pulso hacía imprevisibles.

Zina y yo nos hallamos aún bajo los efectos de la sorpresa que nos produjo el derrumbamiento de nuestro mundo. Cayó como un castillo de naipes, sin lucha, sin anuncios y sin condiciones. Y eso no lo podemos entender. Lo que nos define a los comunistas es nuestra capacidad de resistencia. No del todo meritória, pues consiste en una imposibilidad de rendición, ya sea a las abrumadoras evidencias como a la superioridad numérica del enemigo. Sabíamos de antiguo que nuestro entramado hacía agua, que había cuadros corrompidos e imponderables de la naturaleza humana que la pedagogía socialista no lograría corregir. Y aun así, nosotros no habríamos entregado sin más la nave del Estado popular, como ha hecho esa troupe de revisionistas vendidos a la *glásnost*. Igual que los comunistas de antes, Zina y yo esperamos la segura muerte, solo es cuestión de tiempo. Pero no sabemos dejar, cruzados de brazos, que nadie nos mate.

Bajo el párpado derecho tengo una cicatriz, que me produjo una esquirla cuando la voladura del cuartel de la Gestapo. A Zina le gustaba tocar el diminuto fragmento aún sepultado bajo la piel, como jugando con su forma. Hizo que el hoyuelo fuese respetado por mi escultor Dervashe, con el cual acordó que instalara en la obra una serie de trampas, inspiradas en la maldición piramidal de los faraones. A Dervashe se le prometió y de hecho se le entregó un pasaporte, aunque lo que sabía obligara a detenerlo en la frontera, por intento de fuga, y a ejecutarlo por ello.

Es curioso, tanto el hombre que me construyó como el que se propone destruirme se muestran igualmente fascinados por la idea de salir al extranjero. Aún es más curioso que, sin ser especialista en minas explosivas, el primero preparase una para el segundo. El cual, quizás porque se sabe experto en demoliciones, escala el monumento con la despreocupación del que lo cree un vestigio de la opresión, ya inofensivo.

El barrenero del Kratzevo quiere alcanzar el ojo derecho para instalar allí un estratégico cartucho de trilita. Por fuerza tendrá que apoyar un pie en ese costurón de piedra, imitación de un chirlo que tendría el tirano en vida.

Zina se asoma a la ventana, quizás para despedirse de otra parte mía, mi cuenca orbitaria. Que saltará por los aires junto con el turco-albanés, después de que introduzca la zapatilla en la herida de guerra, activando el detonador camuflado desde hace años, que sonará ¡clic!

Fin

© Julián Granado



JAVIER TENÍAS

Esta no es tu ciudad

Y OTROS CUENTOS



Literatura Abierta

Relato: *Cruzar los puentes*, fragmento del libro *Esta no es tu ciudad y otros cuentos*, Javier Tenías

Cruzamos el puente. Tengo la sensación de haber escrito esto con anterioridad, incluso de haber cruzado ese puente en otras ocasiones. Uno de esos puentes de cualquier ciudad herida por un río en su mitad, un puente para curar otras heridas en la noche de esa ciudad: las de quienes la habitan.

En un puente —concretamente en uno de tu ciudad, no de la mía— nos besamos. Cruzamos el puente y volvimos a besarnos. Entramos en una discoteca, allí te esperaba tu novio y yo decidí marcharme con la noche, sintiéndome —como si tal cosa tuviera algún sentido— un caballero. Te escribí algo así como una nota a modo de disculpa cariñosa y me respondiste con un mensaje en el mismo tono.

—Te he encontrado muy zen.

A veces una palabra ocupa en la frase el espacio que debería ocupar su contraria. Yo me encontraba de todo menos en calma, no hacía mucho que había regresado y traía conmigo cierto embrujo de otro sur.

De todas las magias y hechicerías que puede sufrir quien pasee inoportuno o despistado por la noche, las peores son la de mal recuerdo, la del recuerdo borroso y la del buen recuerdo perdido. La noche se abre al ensueño, pero cierra las puertas de la memoria.

—¿Qué haces tan solo ahí?, ¿te han abandonado?

Si la pregunta está dirigida a un perro, no responderá. Si la pregunta es para un verdadero solitario, esbozará una sonrisa. Si la pregunta es para un abandonado extenderá sus brazos, no para que lo levantes de la ruina, sino para arrastrarte consigo y que compartas esa soledad que debiera tener otro nombre.

Yo era un solitario y ella una abandonada, tras una década dispuestos a ser humo y poco más la abandoné y recuperé mi también abandonada soledad. No diré más de ella, una década puede ser, una vez que dejamos de dar cuerda a los relojes, tan fútil como un segundo cualquiera. La mejor forma de honrar la memoria, en ocasiones como esta, es arrojar todos los pedazos al fuego, así todas las fotografías acaban siendo las mismas. Si el fuego no purifica, al menos el verano sí nos prepara para nuevas

memorias, el fuego en el verano enciende el mismo aire que respiramos. Siempre hay una forma refinada de dinamitar un puente.

Madrid es lo bastante grande como para que nunca nos crucemos. La compasión no va con la pasión que nos gusta. Con la otra pasión que se vaya quien quiera. Puse punto y final, alguien lo ha continuado, pero ni soy ningún pasado ni tengo mucho que ver conmigo en esas historias en las que aparezco, incluso cuando las escribo.

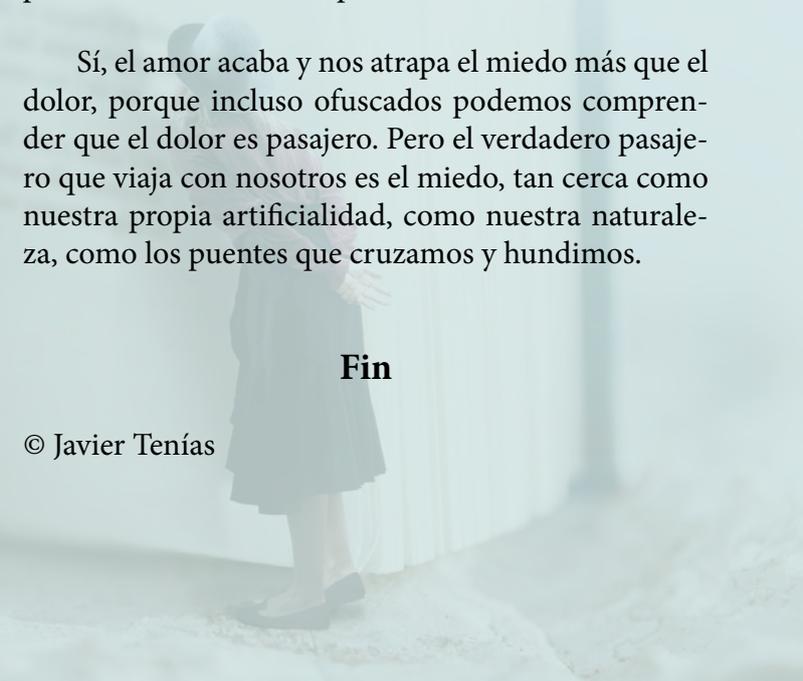
Fui varias veces al Mediterráneo en aquellas épocas que el sol ha difuminado. Desde un apartamento veía el mar y escribía en las mañanas, por las tardes era sometido a esos exámenes continuos que nunca superamos los artistas. Recorrimos las playas atestadas y algunos veladores, improvisando escenarios en cualquier momento, y tratamos de dejar en la cama el cansancio que se acumulaba.

Todo es un proceso sin definir, porque a pesar de saber que el conocimiento del final es inalcanzable, nos empecinamos con apabullante terquedad en conocerlo antes de vivir el recorrido. Miramos la última página del libro apenas superada la impresión que nos produce la portada. Pero en el amor no, en el amor o del amor esperamos que no se dé el final, quedarnos en la misma página, cómodos en no avanzar, acostados sobre las camas que despliega el miedo. Solo de cuando en cuando despertamos medio sonámbulos para tratar de cruzar los puentes.

Sí, el amor acaba y nos atrapa el miedo más que el dolor, porque incluso ofuscados podemos comprender que el dolor es pasajero. Pero el verdadero pasajero que viaja con nosotros es el miedo, tan cerca como nuestra propia artificialidad, como nuestra naturaleza, como los puentes que cruzamos y hundimos.

Fin

© Javier Tenías



Relato: *El ladrón de Villa Urquiza*, Carlos Simoes

Carlos Simoes. Argentina (1941). Es periodista televisivo y radial sobre marketing y publicidad. Se dedica al rubro publicitario además de ser autor y compositor.

Fue jurado del Festival Internacional de Cine de Mar del Plata (Música). También miembro fundador de ALCAM – Alianza Latinoamericana de Autores y Compositores de Música.

Actualmente directivo de la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música (Sadaic).

Ha recibido los siguientes premios por sus narraciones:

1er. Premio GEBA - Cuentos breves.

1er. Premio Rotary Club - Cuentos de pandemia

1er. Premio Inst. Eduardo Mallea - Cuentos y relatos.

1er. Premio Sociedad Argentina de Escritores Z. Norte - Cuentos.

“Acaso te llamaras solamente María...”, se escuchaba en la vitrola de Vicente (el Winco recién apareció a fines del cincuenta). Después de una noche de “trabajo” le gustaba matear y escuchar tangos en el patio de su casa en Urquiza. Más tarde iba caminando hasta el boliche de Triunvirato y tomaba un Pinal con aceitunas negras que el gallego, dueño del “Galicia”, sabía que eran sus preferidas. Y después se prendía en un truco con los mismos de siempre: Serafín, el dueño de la zapatería; Josesito, que trabajaba de linotipista en una imprenta del centro; y Nicolini, jubilado por la reciente ley que impuso el gobierno del general. Éramos todos peronistas, pero esa es otra historia que contaré en algún momento.

Yo tenía la parada con mi cajón de lustrabotas en la puerta del boliche y muchas veces me hacían entrar, me invitaban con un café con leche o un refresco, depende de la época del año, y de esta manera, sin querer, participaba de todas las discusiones y comentarios del grupo. Vicente, antes de ir para su casa, me hacía lustrarle los zapatos, porque era un tipo muy atildado y minucioso: siempre andaba de traje con chaleco, corbata y le asomaba un pañuelo del bolsillo del saco. Yo, que lo miraba desde abajo cuando le lustraba, no le veía ni un pelito en la cara, se hacía afeitar todos los días en la peluquería de don Antonio, que tenía en la puerta un cilindro giratorio de colores. Vicente siempre me daba charla y me contaba cosas que segu-

ramente no le contaba a nadie y me decía pibe, lo que yo te cuento queda acá, ¿sabés? Y yo era una tumba. Él hacía conmigo lo que ahora llaman catarsis. Y así fue que una tarde me contó un episodio que yo jamás hubiera revelado. Pero hace justo un mes que murió Vicente y no puedo guardarlo. No lo merecen ni el episodio, ni Vicente.

Un viernes de abril —siempre salía a robar los viernes— decidió entrar a un departamento de la calle Bucarelli. Tenía estudiado que allí vivía un matrimonio que, justamente los viernes, salía a cenar y no regresaba hasta la una o dos de la mañana. Serían la diez de la noche y Vicente entró por la planta baja con la gonzúa profesional y subió por la escalera hasta el cuarto piso. No usaba el ascensor para evitar cualquier evidencia. Entró al departamento cuya puerta no le ofreció ninguna resistencia e hizo lo primero que hacía siempre: revisar prolijamente todo el departamento y esta vez, como nadie lo apuraba, tenía el tiempo y la tranquilidad del profesional que era. Sus finos guantes blancos recorrían todo el departamento con la delicadeza con la que se movería en un bazar de porcelanas. En el dormitorio vio una pequeña caja fuerte que ni se le ocurrió violentar porque el dinero, obvio, estaba en otra parte. Abrió cajones y puertas sin desordenar, dejando cada cosa como estaba, revisó estantes, separó con cuidado la ropa que estaba prolijamente colocada y no encontró nada. En un pequeño cuarto donde solo había trajes y abrigos colgados, atrás de unas cajas con polvos, maquillajes y perfumes, había un pequeño cofre de madera. Tenía cerradura para una llave pequeña que no fue problema para Vicente. Lo abrió y se encontró con una cantidad de dinero. Contó y eran veinticinco mil pesos, importante suma si se tiene en cuenta que un buen sueldo en la década del cuarenta no llegaba a los trescientos. Tomó el dinero, lo puso en un bolso que siempre llevaba a “trabajar” y dejó una nota, escrita a máquina, que decía “muchas gracias”. Cerró el cofre, lo dejó tal cual estaba y, cuando iba a cerrar la puerta del placard, vio un sobre marrón apoyado en una de las paredes laterales, lo que dificultaba verlo a primera vista. Lo tomó con sumo cuidado y cuando lo abrió se encontró con varias fotos de la mujer de la casa completamente desnuda. Se sentó, encendió una de las luces para ver mejor y quedó sorprendido: era sumamente hermosa y tenía un cuerpo que envidiaría la misma Mistinguett. No eran fotos eróticas, eran casi artísticas e imaginó que el marido las habría sacado vaya a saber

si para incentivar su libido o simplemente como un juego de pareja. Con cuidado dejó el sobre tal cual lo había encontrado y salió del departamento y del edificio como había entrado. Nadie vio ni escuchó nada. Su presencia no había existido. Sin duda Vicente sabía hacer su trabajo. La cuestión es que llegó a su casa con el botín logrado, contó los billetes, los colocó en grupos de mil pesos y los guardó en un agujero que había hecho detrás de un azulejo del baño, totalmente disimulado, por si entraban ladrones. Pero no podía dejar de pensar en la mujer y las fotos. Pasaron varios días y cada tanto su cabeza volvía a lo mismo, lo tenía como una obsesión, se encontraba pensando en esas fotos, en esa mujer. Y decidió volver otro viernes a la noche a sabiendas de que corría el

riesgo de caer en alguna trampa que pusieran los dueños del departamento luego del robo. Realizó la misma rutina de la primera vez: ganzúa en la planta baja, escalera y puerta del departamento: todo parecía estar como lo había dejado, hasta el cartelito del gracias. Seguramente no se habían percatado del robo, no se revisa todos los días el lugar donde se guarda el dinero. El sobre marrón estaba en la misma posición, lo abrió, volvió a mirar las fotos detenidamente. Algo me transmitía esa mujer, decía Vicente. Pero esta vez se quedó con una de las fotos. La colocó en su pieza pegada a la pared con dos chinchas al lado del recorte de la tapa de El Gráfico con la imagen de Tucho Méndez y la del general montado sobre un caballo blanco con manchas negras. Su maja desnuda le llegó a ser tan familiar que ya no le llamaba tanto la atención. Pero ocurrió que un día, varios meses después, en el andén del subte de Chacarita se topó con la mujer. Tenía puesta una pollera azul más abajo de la rodilla, una blusa clara y un abrigo liviano, que no dejaba siquiera sospechar el hermoso cuerpo que acostumbraba ver en la foto. A ojos indiferentes era una mujer común, a los suyos una diosa. No sabía cómo hacer para hablarle, además, ¿para qué, que podía decirle?

Sucedió entonces que la mujer se acercó a Vicente y le dijo al oído, casi susurrando:

—Yo sé quién es usted. Usted entró a robar a nuestro departamento de la calle Bucarelli y no una vez, si no dos veces y la última se llevó una foto mía, íntima.

—Señora, creo que usted está...

—Por favor, no quiera disimular ni pretenda confundirme, lo vi filmado varias veces y tengo su imagen bien grabada.

—Señora, le pido disculpas, no fue nada personal, el dinero...

—El dinero —interrumpió la mujer— no me interesa, era de mi exmarido, parte de sus negocios sucios, ocultos, de su asquerosa corrupción. Por eso no quiso que trascendiera. Ni denunció a la policía. Tenía mucho más para perder que ese dinero. Pero sepa que se salvó y no se le ocurra volver a mi casa.

Sin dejar reaccionar a Vicente, bajó en la estación Callao, la vio subir por la escalera mecánica y perderse entre la gente. Vicente se quedó pensando en cómo lo habrían filmado. Y recordó que, de acuerdo a una nota que salió en el diario El Mundo, los alemanes, al final de la guerra, habían utilizado cámaras ocultas para registrar el movimiento de sus mismos soldados. ¿Y qué tenía que ver eso con el departamento de la calle Bucarelli?, —se preguntó. Vaya saber a qué negocios “sucios, ocultos” se refería la mujer.

* * *

Hasta allí llegó a contarme Vicente porque desapareció del café. Al tiempo nos enteramos de que estaba preso en Villa Devoto. Se dijeron muchas cosas, se tejieron historias, pero nadie sabía a ciencia cierta qué había pasado. Lo extrañaba. Un domingo, después de varios meses, fui a verlo. Se sorprendió y se alegró de verme:

—¿Que hacés, pibe? ¿Trajiste el cajoncito? —preguntó riendo.

Estaba algo más delgado, se había dejado una barba pequeña bien recortada y tenía lentes, lo que le daba un aspecto de intelectual.

—¿Cómo le va, Vicente? —nunca lo tuteé.

—Bien, digamos, aquí estoy bien y... algún día tenían que agarrarme. Riesgos del oficio, que le dicen.

—Aquí le traje el último libro de Marechal, sé que a usted le gusta mucho.

—Adán Buenosayres, gracias, pibe, acá una de las cosas que hago es leer, leo todo el día. Y rezo, no para pedir, para agradecer. A Dios hay que agradecerle todos los días de estar vivo, de poder mirar la vida y de saber pensar que mañana va a ser mejor.

No lo noté ni contrariado, ni triste. Estaba como alguien que cumple su destino. Cuando le pregunté qué había pasado me dijo:

—La ambición no es una buena cosa. Yo tenía bastante plata y no debía intentar nuevos escenarios para mis aventuras, pero después me di cuenta de

que no era por la plata, era la pasión, la adrenalina, el desafiarme a mí mismo. Pensé que robar un banco podría no ser complicado si hacía el estudio adecuado. Fui al Banco Español que queda sobre Lacroze a un par de cuadras de Chacarita. Observé el movimiento, el flujo de gente a distintas horas, estudié el personal, las entradas, las salidas. Todo en dos o tres días. Y me dije el hilo se corta por lo más delgado. Una cajera rubia, gordita, con cara de buena y algo más, podía ser un blanco fácil. Oí que uno de los compañeros la llamaba Brenda y vi que era de sonrisa espontánea y aparente timidez. La esperé a la hora de salida y la seguí hasta su casa, en Palermo, en la calle Gurruchaga. Al otro día le hice el aguante desde temprano y la vi salir con una nena de tres o cuatro años. Iban de la mano, charlando y riendo hasta Soler donde la dejó en el jardín de infantes “Bichito de luz”. Luego tomó el 39 y se dirigió directamente al banco. Ya estaba el plan. Me propuse llevarlo a cabo el lunes siguiente. Entre en el banco, a eso de las once más o menos, observé el escenario y, cuando vi que había bastante gente para pasar desapercibido, fui directamente a la caja de la gordita: “Buen día, Brenda, ¿cómo está?”, me miró sorprendida, “qué hermosa nena tiene, y muy simpática. Hoy la sacamos del jardín en Soler y la tenemos muy cuidada. No va a tener problemas si pone todo el dinero de la caja en esta bolsa, disimuladamente y sin despertar sospechas. Le prometo que ni a usted ni a la nena les va a pasar nada.” Le alcancé la bolsa y rápidamente, sin decir agua va, puso un montón de billetes, me la entregó temblando y diciendo muchas gracias, Brenda, que siga usted bien, salí caminando como lo hubiera hecho cualquier cliente. Fue más fácil, pensé, de lo que creía. En eso escuché que la cajera gritó “están robando, están robando, es ese hombre de marrón”. A los diez segundos tenía dos policías que me apuntaban a la cabeza y empleados del banco que querían pegarme y hacerse los salvadores de la humanidad. Entre el remolino de gente, la policía y los curiosos, pude ver la cara de Brenda que me decía: “Mi hija se fue el fin de semana a Córdoba con mi marido a visitar a la abuela y no vuelven hasta mañana”. Me pareció que me miraba con lástima. Pensar que tenía todo estudiado, menos el viaje a Córdoba. Y me dieron seis años porque, de regalo, me endilgaron un robo en el que no tuve nada que ver. Creo que en la jerga judicial le llaman perejil. Como no portaba armas y no lastimé a nadie, quedó como un intento de robo, y fueron atenuantes para tener la posibilidad de quedar libre a los tres años y ocho meses por buena conducta.

Yo escuché callado todo el relato y se me ocurrió preguntar:

—Vicente, y la mujer de Bucarelli, la que lo reconoció en el subte.

—Ah, mi Rebeca, “la mujer inolvidable” —dijo riendo—. Cuando ella bajó en Callao, me tomé el subte de vuelta, llegué a casa, tomé los veinticinco mil pesos, fui a su departamento y los dejé en una caja de zapatos arriba de la mesa del comedor con una hoja escrita con la palabra “perdón”. Y nunca más volví por allí.

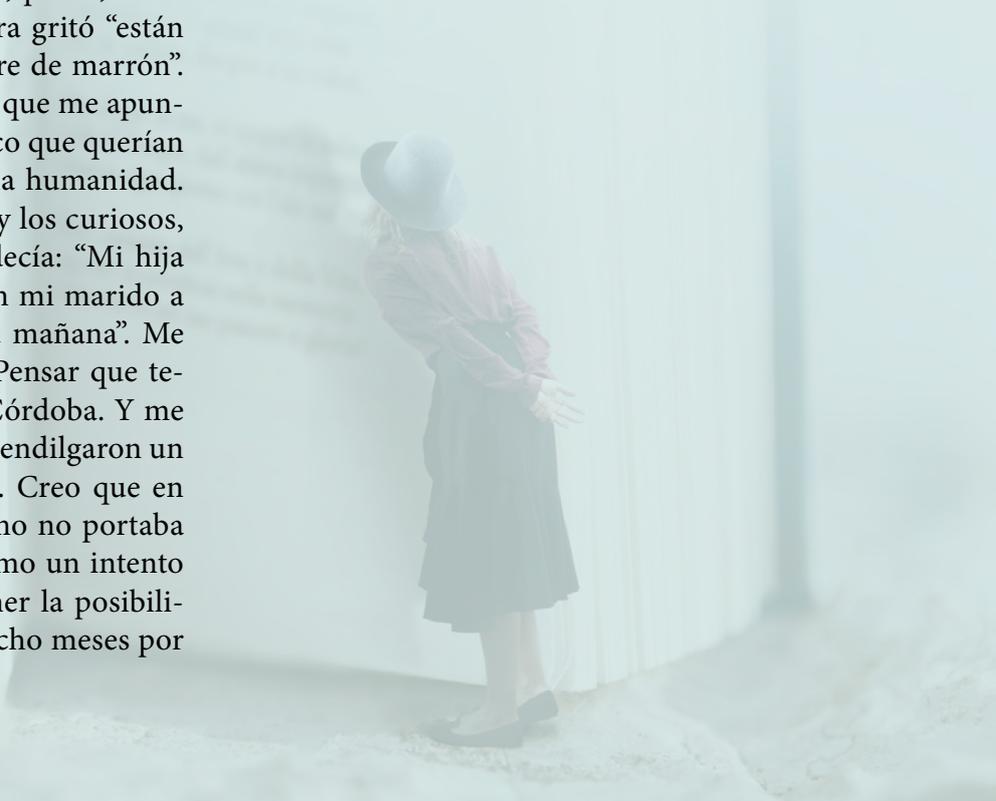
* * *

Vicente quedó libre a los tres años y ocho meses. Vino al bar del gallego, saludó a todos y me invitó a tomar un café. Me dijo: me voy al interior, pibe, a Resistencia, un primo mío tiene un restaurante y quiere que vaya trabajar con él. Nunca más volví a verlo. Pasaron algunos años. Don Serafín me llevó a trabajar a la zapatería, me hizo ir a la escuela nocturna y se convirtió en el padre que no tuve.

La semana pasada uno del bar vino con la noticia de que Vicente había muerto en el Chaco, dicen que de un infarto cuando estaba atendiendo la caja del restaurante. Debía tener sesenta años. Entre sus cosas encontraron la foto de una mujer desnuda.

Fin

© Carlos Simoes



Relato: *Drácula en La Puna*, Araceli Yada

Araceli Yada. Argentina. 46 años. Licenciada en Artes Visuales en UNA (ex Prilidiano Pueyrredón) y redactora egresada del Instituto Mallea. Luego de presentar su tesina con el tema: la construcción de la figura del detective en la literatura infantil y juvenil, sigue estudiando sobre LIJ y armando una nutrida biblioteca en esta área.

Trabaja como docente de educación especial en el área Arte y Discapacidad.

Salgo de casa temprano. Es martes y no trabajo, es raro tener libre un día de semana, pero hay desinfección en el instituto y tengo veinticuatro horas de libertad laboral. Entonces aprovecho para ir al mercado sin el apuro de una jornada común. Tengo sueño: anoche me quedé leyendo un libro que me prestó Benet y que hoy vamos a comentar, se llama “*Los misterios del mar*” y es de Bram Stoker. Me dormí y gran parte de mi sueño transcurrió en un oscuro castillo, aunque no fue una pesadilla, algo tenebroso bañaba la atmósfera. Y claro, Bram Stoker es principalmente conocido por ser el autor de *Drácula* y seguro mi inconsciente me llevó hacia allá. Ahora que pienso en esto, viene a mi mente un viejo amigo, compañero de la facultad, Damián. Compartimos cursadas y teníamos varios conocidos en común por lo que pasamos mucho tiempo juntos por aquellos años, y lo recuerdo ahora porque como a los dos nos gustaba escribir. Un tiempo después de recibirnos, nos embarcamos en la tarea de escribir una historia juntos. Suena como algo difícil, pero la verdad es que nos divertimos muchísimo. Cada uno de nosotros escribía en primera persona creando un personaje. Yo era una especie de mujer espectro y él —y acá está la razón de recordarlo ahora— era un personaje masculino muy oscuro y misterioso que vivía en un castillo lejano y trataba de atraer al personaje sobre el que yo escribía. Nos mandábamos nuestros relatos el uno a otro siguiendo unos pocos lineamientos y la consigna principal era generar un intercambio entre estos dos seres que creamos. Yo daba vida a Séfora y Damián, al señor oscuro.

El proyecto nunca llegó ni siquiera a parecerse a un libro, se agotó en un largo intercambio de mails entre Séfora y Señor Oscuro. Cada uno continuaba dónde dejaba el otro. Aunque éramos muy amigos y nunca vimos nuestro vínculo de otro modo, nuestros personajes vivían una historia de amor ardiente. Construimos párrafos enteros que expresaban una

cantidad de deseos y tensión sexual que seguramente supera a todo lo que hayamos vivido como Ana y Damián en cualquiera de nuestras relaciones románticas. Y me hizo acordar al *Drácula* de la película de Coppola. En este momento pienso en el actor que interpretó a *Drácula* en esa película, Gary Oldman, y es muy gracioso porque el parecido con mi amigo es increíble. Nunca lo había notado y ahora que lo hice, pienso también en el personaje de Oldman en la saga de *Harry Potter*: interpreta a Sirius Black, un caballero muy diferente a *Drácula* pero igualmente muy parecido a Damián. Me siento subyugada por este descubrimiento. Imagino —y me permito hacerlo porque hace años que no veo a mi antiguo compañero— que hoy en día quizá puede verse parecido a James Gordon, el personaje de Gary Oldman en *Batman*.



Entretenida en estos recuerdos y elucubraciones llego al mercado municipal de Tilcara. Qué lugar hermoso, es como estar en el pasado. Bueno, para mí —que hace no mucho hacía mis compras en un Carrefour exprés— este mercado es como ir a abastecerme de víveres a la tienda de la señora Olson en Walnut Grove, el pueblo de la familia Ingalls. Sigo buceando en los recuerdos como se puede apreciar. Desde la vereda, la entrada aparece como un hueco a mitad de cuadra, nada anuncia un mercado, uno se asoma por

pura sospecha al ver entrar y salir gente con bolsas. El lugar es un predio mitad techado y mitad a cielo abierto. Las mesas están dispuestas de tal forma, que el camino que se arma es un cambalache que va desde fruta y verdura muy fresca, pasa por juguetes, ropa, frazadas, abrigos, hasta especias, té y cacharros varios. Solo necesito un kilo de naranjas, dos choclos y algunos tomates, así que mi compra se resuelve en quince minutos. A último momento sumo unos bizcochos de quínoa y paso por mi casa para dejar las bolsas. Luego, con el libro de Bram Stoker y los bizcochos me encamino hacia la casa de Benet.

Benet vive alejado del centro, bueno, el centro es un puñado de manzanas en las que se concentra la plaza, la iglesia, la municipalidad, el Museo Terri, las peñas y el mercado. También los hoteles, los espacios típicos para turistas como los bares, y las casas más antiguas que son las más lindas, entre ellas, mi casa. Hacia el lado opuesto a la entrada a Tilcara y ya casi saliendo del pueblo, hay un camino que lleva dos horas de caminata ascendente llega a La Garganta del Diablo y es uno de los atractivos favoritos y más visitados de la Quebrada de Humahuaca. Durante el trayecto pueden verse algunas viviendas como perdidas en los cerros, muy distantes unas de otras. La casa de mi amigo es una de ellas, una pequeña construcción de adobe a la que no hace mucho no llegaba el cableado de luz eléctrica. La belleza del paisaje es abrumadora, pero la soledad es absoluta. Benet baja al pueblo no más de dos veces por semana, no por ahorrarse el viaje sino porque le gusta estar solo, o como él dice “sin gente, que no es lo mismo”. A unos metros de llegar lo veo: está sentado leyendo a la media sombra de uno de los pocos cardones que aún resisten. Un largo sweater negro y su pelo oscuro y desprolijo lo hacen lucir como un superhéroe diseñado por Tim Burton: altísimo, lánguido y misterioso. Imagino que en Buenos Aires, así vestido pasaría desapercibido entre tanto cemento, entre gente que camina apurada mirando el piso, un muchacho sin color. Una sombra más. Pero acá en La Puna es un tajo oscuro sobre la paleta cálida de los cerros.

A modo de saludo, levanta el libro que está leyendo y me señala un termo y un mate que aguardan en una mesa en la entrada de la casa:

—Compré muña muña solo por vos —me dice haciendo referencia a una hierba que yo le pongo al mate, y enseguida nos sentamos y arrancamos la mateada y la charla.

Hablamos del libro, por supuesto: prácticamente este sujeto extraño no habla de otra cosa que no sea literatura. Supe por el Negro que Benet vivió en Buenos Aires hasta hace unos diez años (y cuando llegó, fue reclutado por el fan de los porteños, obvio). Es escritor: no solo escribe como aficionado sino que es su profesión y su único interés. Por eso vive alejado de la gente. Y como si esta fuera poca fobia, firma sus libros con seudónimo, es decir que su anonimato es casi un apostolado. Reconozco que aprendo mucho de él. Nuestro intercambio comenzó conmigo creyendo que éramos dos personas que escribimos por gusto pero cuando supe su secreto, comprendí también que este vínculo es un regalo del Negro, un empujón para que me suelte a escribir.

Al quinto mate, “Los misterios del mar” ya no tiene nada maravilloso para revelarnos y de ahí saltamos a Drácula:

—Yo creo que Drácula encierra el deseo de trascendencia —me dice— una trascendencia que se apoya en el padecimiento. Como mito está muy bien, pero yo prefiero la trascendencia del artista que se sustenta en el goce de crear. En mi caso, por ejemplo, escribo para mi propio goce pero quizá también para el goce de quien me lee.

Me quedo un rato pensando en esto, en la razón de la escritura. ¿Qué es lo que nos mueve a realizar una obra, cualquiera, cuando el objetivo no es laboral, quizá ni siquiera profesional? ¿Por qué lo hacemos?

—Creo que escribo para experimentar mi libertad —me digo a mí misma, pero en voz alta.

—¿Cómo es eso?, ¿si no escribís no sos libre? —pregunto. Escucho su voz y luego una voz que es la mía, pero que sale de mi boca con independencia, como expulsada:

—Escribo para vivir más vidas, para transitar los caminos de las decisiones que no tomé. Escribo para darme el permiso de experimentar otros romances sin tener que llorar la pena de ninguno. Cuando escribo soy yo confesando un secreto que no quiero que sepa nadie y también soy yo como protagonista de todo lo que no tuve el valor de vivir realmente. Escribir es exportar de mí todos los yo que soy adentro mío. No sé si tengo algún deseo de trascendencia, creo que solo quiero —hice una pausa pensativa y luego concluí:— ser.

Se ríe. Es inusual ver reír a Benet, su cara se vuelve una mueca rarísima. Con esa mueca aún en su cara me dice:

—Entonces las palabras que yo uso como un muro, a vos te exponen. Lo que a mí me protege, a vos te libera —dice, y luego respira hondo, como rebuscando en un recuerdo reciente, y sigue:

—Tenía razón el Negro —concluyó, y esas últimas palabras me despabilan.

—¿En qué tenía razón?

—Bueno, él dijo que hay que darle una oportunidad a los intercambios porque pueden resultar enriquecedores —dijo, y por primera vez Benet me habla de algo que no es literatura.

* * *

El sol del mediodía comienza a despedirse luego de quemarnos la piel con furia. Los bizcochos de quínoa siguen sin abrirse sobre la mesa junto al termo ya vacío. El silencio, instalado ahora entre nosotros, es una compañía agradable. Oímos a lo lejos el vuelo de un cóndor.

Fin

© Araceli Yada



Relato: *El sahumero*, Gabriela Quintana Ayala



Gabriela Quintana Ayala. Narradora mexicana. Licenciada en Comercio Exterior por la Universidad Iberoamericana Puebla. Maestra en Programación Neurolingüística. Diplomada en Literatura Norteamericana por la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla buap. Máster en Literatura por la Universidad Complutense de Madrid.

El zócalo de Atlixco siempre está lleno de gente. Alrededor del quiosco situado en el centro de la explanada y frente a la iglesia, hay puestos de venta de comida, juguetes y alguna otra cosa exótica del lugar. Eufemia, una mujer morena, bajita y de cuerpo torneado, solía visitarlo los fines de semana con su esposo y su hija. Sucedió que Juan la abandonó y se sumió en una depresión que la mantuvo encerrada. Su comadre le había prevenido sobre una chica mucho más joven que ella, a la que había visto rondar con su marido. Eufemia no lo tomó en serio hasta que un día corrió la noticia en el pueblo de que habían desaparecido juntos. Juan dejó el trabajo de albañilería en un inmueble que estaban rehabilitando debido a los estragos que causó un terremoto en México. La mujer comenzó entonces a limpiar casas para sostener los gastos familiares. La niña veía pasar los días junto al llanto de su madre sin poder ayudarla, así que le sugirió reanudar las visitas al centro de Atlixco. En uno de esos paseos se toparon con un hombre que aspiraba de una larga pipa y rodeaba de humo a un chico, luego le pasaba un ramo de hierbas alrededor. En una esquina de la explanada, junto a unos verdes

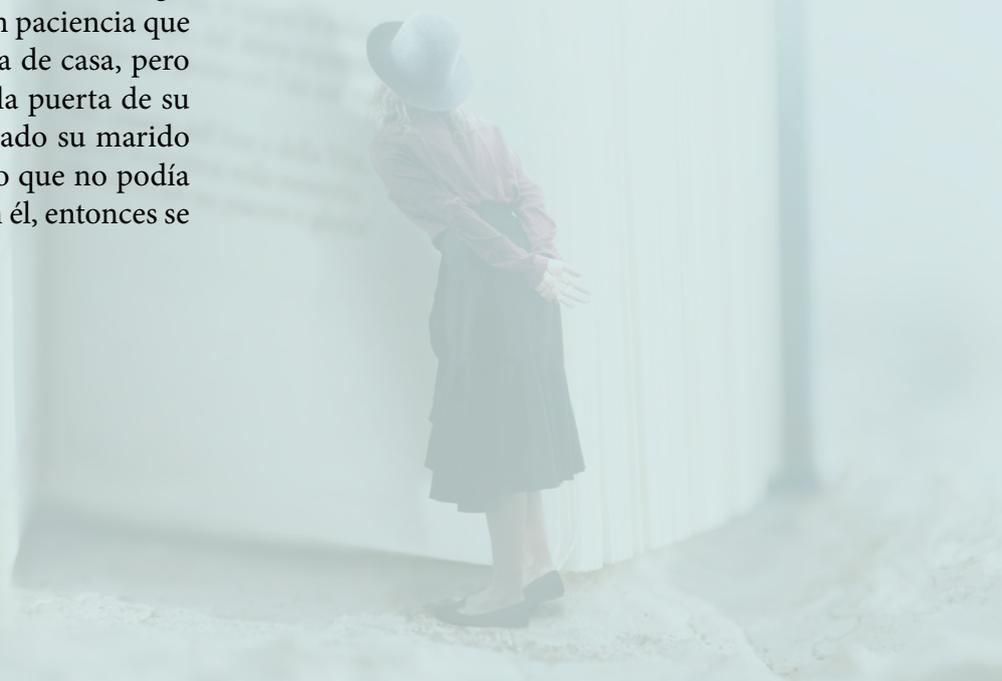
setos adornados de flores, se había reunido la gente a observar. La acompañante del chamán repartía una hoja donde este prometía expurgar a las personas de los malos espíritus, quitar amarres de cualquier tipo y también hacerlos con la persona amada para que volviese. Eufemia no dudó en gastarse parte del dinero ganado en la semana con tal de que regresase Juan. Se puso al centro del círculo y el hombre con cabellos trenzados, cubierto de collares y amuletos, comenzó a cubrirla de un denso humo que había preparado de su sahumero. En él había puesto a quemar una gran cantidad de resina de copal que podía olerse hasta la iglesia. La mujer tosía y se retorció a causa del humo, pero su semblante seguía adoptando la seriedad del evento con la firme convicción de que pronto tocaría Juan a su puerta pidiéndole disculpas. De repente, el brujo comenzó a deslizarle un huevo por todo el cuerpo. Al término lo abrió, dejándolo caer en un cazo. El interior del huevo estaba marrón, casi negro y todos los presentes exclamaron de asombro. Parecía que había eliminado a un demonio y se había quedado en el huevo. La niña casi inerte como quien ve visiones abrió los ojos como platos y se abalanzó a abrazar a su madre. El chamán la apartó con gesto de disgusto. La mujer no prestó atención y continuó como en una especie de trance dejándose invadir por un halo de misterio y purificación. Después el hombre cogió un ramo de hierbas y empezó a recorrerle nuevamente todo el cuerpo con ellas haciendo hincapié en los genitales y la cabeza. A la niña le temblaba el cuerpo mientras observaba el ritual. Vámonos, le insistía a la madre. Eufemia seguía absorta de lo que acontecía a su alrededor, sumergida solemnemente en el ceremonial sin decir palabra. De pronto unos gritos interrumpieron el ritual. Era el presbítero de la Iglesia de la Soledad, principal centro de culto de Atlixco. Este no es sitio para expulsar demonios, delante de nuestra iglesia, dijo. Señor cura, a usted le vendría bien una limpia, le contestó el chamán. Váyanse a otro sitio, replicó el sacerdote, no moleste a mis feligreses. El chamán recogió sus cosas y se dispuso a marcharse de ahí cuando advirtió que Eufemia seguía inmóvil y con los ojos cerrados. Págueme, señora, le reclamó. Mamá, despierta, le dijo la niña tomándola de la mano. La mujer salió del sopor y se sorprendió al encontrar el lugar desierto, pagó el servicio y regreso a casa con su hija. Pasaron dos semanas y la niña le seguía preguntando sobre aquel incidente tan extraño y la razón por la cual creía en él. Cuando se había cansado de intentar convencer a su hija de la eficacia del ritual, apare-

ció una noche de invierno, Juan, tocando a la puerta de casa. Le pidió disculpas a Eufemia y le dijo que la chica con la que se fugó había quedado embarazada y ahora tendría que trabajar para mantener al bebé. Ella lo aceptó de vuelta sin miramientos. Al paso del tiempo, Eufemia seguía trabajando y Juan permanecía en el hogar sin hacer nada. Tomaba dinero del que recibía su mujer e invitaba a amigos a beber cerveza en casa. No tardaron en comenzar los pleitos por la holgazanería de su marido, no obstante, la niña estaba feliz por el regreso de su padre. Tanto así que le dijo: mamá vamos con el brujo para que le saque el demonio a papá. No es mala idea, musitó Eufemia. El siguiente domingo recorrieron toda la plaza central de Atlixco y no lo encontraron. Lo buscó por todos lados, indagando con vecinos sobre su paradero. Al fin, una tarde que regresaba a casa de trabajar, se encontró en el suelo un papel sucio y pisado por transeúntes, era del chamán. Le llamó por teléfono y le pidió una cita.

El hombre la recibió en su casa, a la cual había llegado sin hacerse acompañar, ubicada en lo alto de la montaña desde donde tenía una estupenda vista hacia el centro de Atlixco. Necesito que me quite el amarre que usted me hizo con mi esposo, solicitó la mujer. Entonces funcionó como usted quería, ¿no es así?, preguntó el brujo. No, no como yo quería, y por eso deseo que me lo quite, replicó Eufemia. Señora, los hechizos que funcionan no pueden ser revertidos, solo puedo hacer hechizos nuevos, añadió el hombre. Entonces, quiero que amarre a mi marido con la mujer con la que se fugó, para que regrese con ella, pues yo ya no lo quiero en casa, replicó Eufemia. Está bien, como usted diga, contestó el chamán mientras preparaba sus materiales. Repitió el mismo ritual y pronunció una serie de plegarias en un dialecto que la mujer no entendió. Luego de un rato, se marchó feliz, imaginando el problema resuelto. Esperó con paciencia que se cumpliera el hechizo y Juan se fuera de casa, pero al cabo de dos semanas se apareció a la puerta de su hogar la chica con la que se había fugado su marido sosteniendo su bebé en brazos y le dijo que no podía vivir sin Juan y como no podía vivir sin él, entonces se mudaba con ellos.

Fin

© Gabriela Quintana Ayala



De la luz al verso

Antonio Puente Mayor



TORRE DE LIS

Poesía: *De la luz al verso*, Antonio Puente Mayor



Antonio Puente Mayor nació en el barrio de Triana (Sevilla) en octubre de 1978. Licenciado en Filología Hispánica y DEA en Literatura Española, desde muy joven ha estado ligado al mundo de las letras, el turismo y la comunicación.

Actualmente trabaja como escritor y asesor editorial, colaborando en medios como El Correo de Andalucía y COPE Sevilla.

Asimismo imparte conferencias, y en el curso 2017/2018 formó parte del Máster Universitario en Escritura Creativa de la Universidad de Sevilla.

Desde el año 2018 dirige las Jornadas de Literatura en Sevilla de la Fundación Caja Rural del Sur.

En el terreno literario lleva publicadas veinte obras entre 2011 y 2019, y en 2012 fue finalista del Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil.

Si tuviera

«Si tú no tuvieras nombre,
yo no sabría qué era,
ni cómo, ni cuándo. Nada (...)»

Pedro Salinas

Si tuviera que narrar una historia
no habría principio ni final mejor
que donde empieza y acaba tu luz.
Aquel edén eterno en que resides.

Si tuviera que escribir un poema
no habría verso ni rima más perfecta
que tu voz en el aire susurrada.
Palabras que en la noche me embelesan.

Si tuviera que escoger un lugar
no habría rincón más sereno que aquel
donde tus labios improvisan besos.
Ese que instauras cada despertar.

Si tuviera que sanar las heridas
no habría baluarte más inexpugnable
que el de tu piel cálida y receptiva.
Remanso de conciliación perpetua.

Si tuviera que divisar fronteras
no habría anteojos más irresistibles
que tus pupilas oscuras. Lábaro
de destino, revolución y celo.

© Antonio Puente Mayor



Setecientas noches

Te firmo siete noches como esta.
Mejor setenta y siete o setecientas.
Cualquier plato de cena y luego el postre.
Ese del que conoces la receta.

Te imploro mil minutos de los de hoy
a cambio de dos mil promesas mías.
El sitio, el mismo. La hora, qué más da.
Lo único que importa es el final.

Es cierto —me repito—. No es difícil.
Razones y palabras. Todo sobra.
El núcleo está aquí dentro, tras la piel.

De veras —me atormento—. Por qué no.
Quien da primero puede dar cien veces.
Tú y yo y el mundo alrededor.

© Antonio Puente Mayor



Nada ha sido en vano

De cara a la ventana pensando en lo que piensas
me estrella contra el muro de mi gran estupidez.
Pasión, llanto y orgullo azotan nuestras mentes
y el péndulo desbroza las horas sin cesar.

Qué difícil es borrar los márgenes oscuros
de nuestra creación sin volver la vista atrás.
Qué enojoso resulta reír ahora y siempre,
llorar cuando hace falta y querernos sin más.

Pero al mismo tiempo sé que nada ha sido en vano.
Que lo bueno y lo malo merecen un respeto.
Que todo lo pasado (y todo lo presente)
conforman el futuro de nuestro corazón.

© Antonio Puente Mayor



Inmune al tiempo

Mientras incendio la luz se amontonan
mil ideas en el zaguán de mi mente.
Reposa tranquilo —me digo—, pues
mañana lo que es blanco será negro
y aquello que quedó en vilo tendrá
ocasión de volver a argumentarse.

No sé qué puedo hacer para cambiar.
Tú en cambio continúas inmune al tiempo.
Te quiero de tal modo que te privo
y no sé despertar si no estás bien.
Quisiera retenerte para siempre
y hacerme un nido con tu juventud.
Pero esta noche no me lo merezco.

© Antonio Puente Mayor



Poesía: *Recitando fantasías al viento*, Luis Felipe Medina Campo



Luis Felipe Medina Campo es un joven universitario de la UPC del departamento del Cesar - Colombia. Nacido en el Valle de San José, Departamento de Santander. Tiene 21 años de edad. Desde su adolescencia sintió afición por las letras y desde entonces quiso expresarse por medio de ellas. Tiene un poemario publicado y actualmente escribe para el colectivo internacional Poesía en Órbita.



Recitando fantasías al viento

Recito fantasías,
aquí, en esta realidad
divergente a mi pasado.
Montañas de media neblina
me acarician las heridas
y un frío que me cura
con el agua que destila el cielo.

Escucho la melodía del viento,
notas que vuelan y sosiegan,
que susurran paz en mi oído
y recorren una trayectoria inverosímil.
Baila la brisa con las hojas de los árboles,
baila mi cabello con la silueta
del relieve inamovible de la lejanía.

Recito un poema más,
frente a la inmensidad
de una tierra de catarsis.
Veo mi vida resumida en
lapsos de tiempo que recurren
a mis mejores latidos.

Ahora, late, corazón,
sin penas ni perjuicios.
Late a pleno por sobre la cordillera,
por la falda de la colina,
de frente al astro rey que nace.
Esperanza de mi juventud.

Soy yo el que escribe versos,
son los versos los que forjan
las múltiples tonalidades
de este sibilino ser humano,
que siente demasiado
y camina escaso de olvidos.

Recito anhelos apresurados,
lírica pulcra y sincera,
dedicando algunos al amor que
me ha hecho sobrepasar el umbral,
aminorar las llamas enfrascadas
y encontrar la esencia verdadera
de disfrutar la realidad.



Un ser escultural,
que habita muy cerca de mi morada,
precedida por el majestuoso paisaje
que se refleja cada día en sus ojos.
Jardines a su alrededor,
flores multicolor, un girasol
que atestigua el casual encuentro
de un pueblo incrustado en la montaña
con nuestra enardecida figura.

No desfallezco ante la presión,
de las hojas que caen
al abismo del tiempo,
las flores que mueren prematuras.
Me sobra el deseo incauto,
de un nacimiento propio,
un rincón inefable para descansar,
y una propia historia hecha poesía.

Esto soy, esto y nada más.
Estela de mis antepasados,
diminuta gota de agua
que cae, se evapora y levita.
Trozo de creación viviendo
un ciclo etéreo y fugaz.

Recítame tú,
que ahora eres quien lee
este pretérito mensaje,
que escribo a retazos insonoros
del grito iracundo
de un alma que desea ser libertada
sobre esta tierra sagrada.

© Luis Felipe Medina Campo



Megan Maxwell

**Hay momentos que
deberían ser eternos**





www.consultorliterario.com